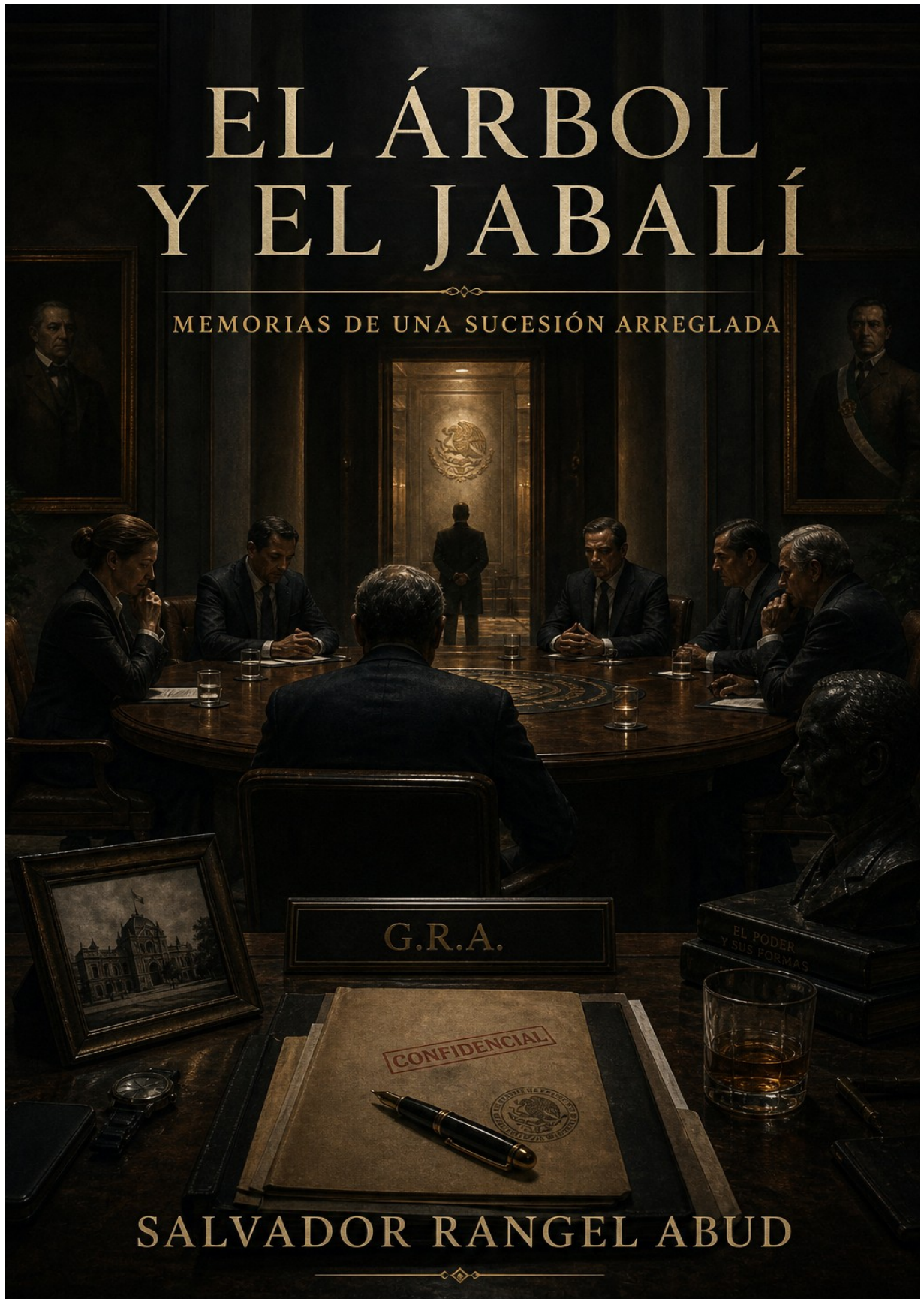


EL ÁRBOL Y EL JABALÍ

MEMORIAS DE UNA SUCESIÓN ARREGLADA



SALVADOR RANGEL ABUD

EL ÁRBOL Y EL JABALÍ

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Gilberto Romero Araujo tiene cincuenta y cinco años, es originario de Chiapas y declaraba en una habitación del Departamento de Justicia de los Estados Unidos cuando decidió contar todo. Fui involucrado en forma perversa, dijo, aprovechando mi ambición y mi torpeza política. Lo que siguió a esa frase fueron tres días de declaración que desmenuzaron, con una precisión quirúrgica y sin misericordia, el funcionamiento interno de un régimen que se presentó al país como una transformación y que en el fondo era una maquinaria de poder con la misma lógica de todos los poderes que dijo venir a reemplazar. El árbol y el jabalí es una novela política de alto voltaje construida sobre una pregunta que México se niega a formular en voz alta: ¿qué ocurre cuando el sistema que promete el cambio es exactamente el sistema que impide que el cambio ocurra? A través de seis personajes que compiten por la sucesión del Gran Arquitecto, la novela disecciona los mecanismos del poder real: la administración de las crisis, la instrumentalización de los auténticos, la memoria como arma, el silencio como complicidad y la verdad como el único recurso que no puede ser archivado ni neutralizado, solo diferido. Una novela sobre lo que se pierde cuando se elige el sistema sobre la conciencia. Y sobre el momento, tardío siempre, en que algunos deciden que ya no pueden seguir eligiendo.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene una representación explícita del funcionamiento de la corrupción política institucional, incluyendo desvío de recursos públicos, lavado de dinero, manipulación de procesos electorales internos y vínculos entre financiamiento político y el trasiego de fentanilo hacia territorio estadounidense. No hay violencia física directa, pero hay una violencia sistémica que puede resultar perturbadora para lectores que prefieran que el poder se parezca a lo que dice ser.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: El árbol y el jabalí

Subtítulo: Memorias de una sucesión arreglada

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela política / Thriller de poder / Ficción de denuncia

Extensión: ~95,000 palabras aproximadamente

Estructura: Prólogo + 14 capítulos + Epílogo

Ambientación: Ciudad de México / Nueva York

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una certeza que llevo años sosteniendo: que los sistemas que prometen transformación y terminan reproduciendo exactamente lo que prometían transformar no son una anomalía ni un accidente. Son el resultado predecible de una lógica que nadie nombra en voz alta porque nombrarla obligaría a hacer algo al respecto. Los personajes son ficticios. Los mecanismos son reales. Cualquier parecido con procesos políticos conocidos no es casualidad: es el punto.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

poder político · sucesión · corrupción · México · novela política · thriller · fentanilo · Departamento de Justicia · testigo protegido · maquinaria del poder · ficción de denuncia · novela en español · sistema · transformación · complicidad

TEMAS PRINCIPALES

La novela no trata sobre política sino sobre la anatomía del poder: cómo se construye, cómo se sostiene y cómo destruye a quienes creen que pueden habitarlo sin convertirse en parte de su mecanismo. A lo largo de sus catorce capítulos, El árbol y el jabalí explora la diferencia entre el poder que se ejerce y el poder que se es, la autenticidad como vulnerabilidad en un sistema que solo reconoce la utilidad, la memoria como el único

instrumento que el poder no puede controlar completamente, el silencio como una forma activa de complicidad y la verdad como el recurso más costoso y más necesario de todos.

CITAS DESTACADAS

"El sistema no descansa. Usted puede descansar. Yo puedo descansar. Pero el sistema no." "Un roble no se dobla ante el viento. Deja caer las hojas que tienen que caer para que el tronco permanezca." "Sabía que había cosas que no sabía. Y elegí no saber más. Que no es lo mismo que no saber." "El silencio no existe. El silencio simplemente no es nada. Y lo que no es nada no puede cambiar nada." "Fui involucrado en forma perversa, aprovechando mi ambición y mi torpeza política."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *El árbol y el jabalí* un territorio narrativo cercano, con el anclaje mexicano y político que le es propio. Arturo Pérez-Reverte (*La sombra del águila*, *El Club Dumas*): la narrativa de personajes complejos atrapados en sistemas más grandes que ellos, donde la inteligencia no garantiza la supervivencia y la lealtad es siempre condicional. John le Carré (*El topo*, *El espía que surgió del frío*): la anatomía del sistema desde adentro, narrada por alguien que perteneció a él y que pagó el precio de entenderlo demasiado bien y demasiado tarde. Mario Vargas Llosa (*Conversación en La Catedral*, *La fiesta del Chivo*): el poder latinoamericano como organismo vivo, con su propia lógica, su propia temperatura y su propia manera de consumir a quienes lo tocan.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Gilberto describe su rol en el proceso de sucesión como el de "la variable de equilibrio". ¿Qué dice eso sobre la manera en que los sistemas políticos usan a las personas que creen que están participando en ellos? Tiberio es el personaje que nunca compite y nunca pierde. ¿Es posible que el poder real en cualquier sistema sea siempre el de quien administra la memoria y no el de quien ocupa el cargo visible? Sonia admite que eligió no saber más. ¿Es esa una forma de inocencia, una forma de responsabilidad o una forma de complicidad? ¿Puede ser las tres cosas al mismo tiempo? Germán es el único personaje genuinamente auténtico, y es también el más fácilmente instrumentalizado. ¿Qué dice eso sobre la relación entre autenticidad y poder en los sistemas políticos reales? Gilberto declara no por valentía sino por agotamiento. ¿Cambia eso el valor moral de lo que hace? ¿Importa la razón cuando el resultado es el mismo?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). El árbol y el jabalí: Memorias de una sucesión arreglada. Internet Archive. <https://archive.org>

MLA: Rangel Abud, Salvador. El árbol y el jabalí: Memorias de una sucesión arreglada. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. El árbol y el jabalí: Memorias de una sucesión arreglada. Internet Archive, 2026.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de doscientas novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la comedia negra, la ciencia ficción, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista, el thriller de intriga familiar, la ficción onírica, la ciencia ficción de base científica y —como demuestra esta entrega— la novela política de denuncia con vocación de registro histórico. Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

México tiene sistemas políticos que se renuevan en su superficie y se reproducen en su fondo. Tiene ciudadanos que creyeron en promesas de transformación y que vieron esas promesas convertirse en el mismo poder que prometían transformar. Tiene funcionarios que eligieron callar cuando podían haber hablado, y algunos que hablaron cuando ya casi no les quedaba nada que perder. Esta novela es para los que eligieron callar y cargaron con ese silencio. Y para los que decidieron, tarde o temprano, que el silencio costaba más de lo que protegía. El registro existe ahora. Eso es lo único que esta novela prometía.

ÍNDICE

Prólogo:	El inventario de las sombras
Capítulo 1:	El roble en la grieta del pavimento
Capítulo 2:	El rugido ahogado del jabalí
Capítulo 3:	El archivo muerto de Tiberio
Capítulo 4:	El grito en la noria
Capítulo 5:	La promesa del monte
Capítulo 6:	La mesa sin iguales
Capítulo 7:	La emboscada del jabalí
Capítulo 8:	El teorema de Tiberio y el sacrificio de la noria
Capítulo 9:	El monte que se desmorona
Capítulo 10:	El ritual del sobre sellado
Capítulo 11:	La caída del jabalí y el incendio de la noria
Capítulo 12:	La paz de Tiberio
Capítulo 13:	La última noche de Romero Araujo
Capítulo 14:	Lo que el roble no recordará
Epílogo:	El jardín sin memoria

EL ÁRBOL Y EL JABALÍ

Memorias de una sucesión arreglada

Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

El inventario de las sombras

Nueva York, Fiscalía del Distrito Sur, invierno

En una habitación de la Fiscalía del Distrito Sur de Nueva York, un político del Partido Turquesa iniciaba su declaración.

—Soy Gilberto Romero Araujo, tengo cincuenta y cinco años y soy originario del estado de Chiapas. Formé parte del régimen político que está en el poder porque creí que representaría una transformación genuina para México. Me equivoqué en eso.

—¿A qué se refiere exactamente? —le preguntó en un español correcto y sin acento el fiscal Jackson, que lo interrogaba desde el otro lado de la mesa.

—Pertenezco a uno de los partidos aliados al mayoritario, el que fue fundado por el líder del movimiento. Fui senador de la república por representación proporcional y desde ese lugar pude observar la mayor parte de lo que ocurrió en el país durante este primer sexenio, el que se presentó ante la nación como la esperanza de México, fundamentalmente para los desposeídos.

—¿Y qué pasó?

—Yo creí en esas promesas. En ese proyecto de nación que ofrecía redención, que se comprometía a no robar, a no mentir y a no traicionar al pueblo. El lema del movimiento era "primero los pobres", y yo lo creí con toda convicción. En los primeros años del régimen, sostenido por la alianza

de tres partidos que se presentaban como de izquierda, hubo proyectos que parecían genuinamente buenos para la gente. Políticas públicas que, sin estar estructuradas con rigor técnico suficiente, parecían atender las necesidades de los sectores más desprotegidos.

—¿Y no fue así?

—Al principio así parecía. Se planteó mejorar el salario mínimo. Se amplió la cobertura de los programas sociales destinados a grupos vulnerables. Pero también empecé a ver giros que no estaban previstos en ningún programa y que conducían a situaciones que me inquietaban cada vez más. Se cancelaron obras de utilidad pública comprobada. Se redujeron los presupuestos de sectores vitales como salud y educación. Se reasignaron recursos hacia proyectos sin sustento real ni evaluación técnica. El curso del proyecto de nación que el movimiento había ofrecido al pueblo comenzó a desviarse de manera sistemática, y lo que parecía una transformación empezó a revelar su verdadero rostro.

Gilberto Romero declaraba en aquella habitación minimalista del Departamento de Justicia de los Estados Unidos, oscura y de aromas neutros, la experiencia que tuvo al participar en un régimen que se estaba derrumbando bajo el peso de las denuncias: corrupción, asociación delictuosa, desvío de recursos del erario con fines electorales, lavado de dinero y una serie de delitos mayores que las autoridades estadounidenses habían documentado en una solicitud de detención provisional con fines de extradición, dirigida contra varios funcionarios de alto nivel del movimiento.

Uno de ellos era él.

Después de cinco años en el Senado, Gilberto había pedido licencia para competir en las elecciones primarias de la coalición para la presidencia de la república. Cuando perdió ese proceso y fue testigo de irregularidades que no pudo ignorar, decidió abandonar el movimiento. Al ser imputado junto con otras diez personas por los delitos mencionados, solicitó ser considerado testigo protegido del Departamento de Justicia de los Estados Unidos, a cambio de ofrecer declaraciones que involucraban a un amplio conjunto de funcionarios en hechos delictivos que incluían, entre otros, el trasiego de fentanilo hacia territorio estadounidense, crimen que ya había causado la muerte de cientos de miles de ciudadanos norteamericanos, en su mayoría jóvenes.

—Licenciado Romero, cuéntenos todo desde el principio —dijo el fiscal Jackson, recostándose levemente en su silla—. Nos interesa saber cómo comenzó.

—Con mucho gusto les cuento todo —respondió Gilberto—, pero quiero comenzar desde el momento en que fui involucrado en los hechos por los que se me acusa, porque no fui yo quien los buscó. Fui involucrado en forma perversa, aprovechando mi ambición y mi torpeza política.

El fiscal Jackson asintió y lo animó a continuar.

—Dígame todo, licenciado. Lo escuchamos.

—Todo comenzó cuando el presidente de la república me llamó a través de su secretario particular, un jueves por la tarde para una reunión extraordinaria con varios personajes del movimiento que él encabezaba. Cuando llegué, me recibieron y me condujeron a una estancia de paredes blancas, con esa blancura que no es limpieza sino borradura, la blancura de las superficies preparadas para no guardar memoria de lo que ocurrió antes. El aire acondicionado zumbaba con una constancia que al poco tiempo dejó de ser molesta para convertirse en la única compañía real, ese sonido monocorde que recuerda que el sistema sigue funcionando aunque nadie lo observe, aunque nadie lo pida. Estando allí tuve una conversación con Tiberio Gómez Hernández, uno de los operadores más poderosos del movimiento.

—Hay algo que usted necesita entender desde el principio —me dijo Tiberio, sin levantar la vista de los documentos que revisaba con una lentitud que no era pereza sino deliberación—. El sistema no descansa. Usted puede descansar. Yo puedo descansar. El Gran Arquitecto puede tomarse un fin de semana en la costa y desaparecer del mapa. Pero el sistema no. El sistema es lo único que no necesita permiso para seguir.

—¿Y eso es bueno o malo? —le pregunté.

Tiberio levantó la vista entonces, por primera vez en toda la conversación, y me miró con una expresión que no era amabilidad ni hostilidad sino algo más difícil de nombrar: la expresión de alguien que ha dejado de hacer esas preguntas hace tanto tiempo que ya no recuerda por qué alguna vez le parecieron relevantes.

—Es —dijo simplemente—. Las cosas no son buenas ni malas. Son la condición dentro de la cual uno decide qué hacer. Conviene no confundirlas con otra cosa.

Asentí en silencio, observando cómo la luz entraba por la ventana en ese ángulo oblicuo del invierno que hace que todo parezca más serio de lo que es, cuando el teléfono sonó con el prefijo que todos en ese entorno aprendíamos a reconocer antes de contestar: no porque el número fuera especial, sino porque la velocidad con que uno respondía formaba parte de una evaluación permanente que nadie había declarado pero que todos conocíamos.

—Gilberto —dijo la voz, sin preámbulo, sin la cortesía introductoria que se reservaba para quienes no importaban—. Necesito que estés disponible la próxima semana. Vamos a hacer un anuncio importante y quiero que formes parte de él.

—Por supuesto —respondí, con la velocidad adecuada.

—Va a ser un proceso abierto —continuó el Gran Arquitecto, y en su voz había algo que sonaba a convicción genuina, aunque escuchado desde la

distancia del tiempo sonara a otra cosa—. Quiero que el país entienda que hay opciones reales. Que no hay nada decidido de antemano.

—Entendido.

—Bien. Te llamaré Brambila con los detalles.

La llamada duró cuatro minutos. Gilberto colgó y se quedó mirando la luz oblicua del invierno con la sensación de que algo importante acababa de ocurrir, aunque no supiera precisar qué. Lo que no pudo ver entonces, lo que tardaría meses en comprender y años en aceptar, era que en esos cuatro minutos no había sido convocado sino asignado. No era un contendiente. Era el sexto elemento de una escenografía que necesitaba exactamente seis para resultar creíble, la variable de equilibrio, el rostro que le otorgaba humanidad a lo que en el fondo era una geometría ya trazada en lugares a los que él no tenía acceso.

"Corcholatas", los llamarían después. Un nombre de cosa, no de persona. Un nombre que trivializaba para proteger lo que no podía decirse en voz alta.

Los otros cinco eran distintos entre sí en casi todo, pero compartían algo que Gilberto tardó en identificar y que cuando lo hizo ya era demasiado tarde para saber qué hacer con esa información: cada uno creía, con mayor o menor intensidad, que tenía una posibilidad real.

Sonia Roble Bueno lo creía con la serenidad de quien no necesita creer porque sabe. Mariano Jabalí Valiente lo creía con la energía de quien ha construido toda su trayectoria sobre esa posibilidad y no puede permitirse dudar sin que todo lo demás se derrumbe. Tiberio Gómez Hernández no lo creía ni lo dejaba de creer, porque Tiberio operaba en un registro diferente, en esa zona donde la creencia es irrelevante y solo importa la utilidad. Germán Hernández de la Noria lo creía con la pasión genuina y peligrosa de quien confunde la intensidad de su deseo con una señal del destino. Renato Monte Real lo creía con la racionalidad fría de quien ha calculado todas las variables y concluido que los números le favorecen, sin advertir que alguien más ha calculado las mismas variables con información adicional que él no posee.

Y Gilberto lo creía porque necesitaba creerlo, que es la forma más frágil y más humana de todas.

La primera reunión formal del grupo ocurrió un lunes de febrero en la sala de juntas del tercer piso, la que tenía la mesa redonda que el equipo de comunicación mencionaba en cada entrevista como símbolo de horizontalidad y que en la práctica era un dispositivo de vigilancia mutua: desde cualquier punto se veía a todos los demás, ningún gesto escapaba al campo visual colectivo, ninguna expresión podía ocultarse detrás de la geometría.

Sonia llegó diez minutos antes y abrió su libreta sobre la mesa. Tiberio llegó exactamente a la hora y se sentó sin saludar a nadie en particular. Mariano

llegó dos minutos tarde y se ajustó los puños de la camisa antes de sentarse. Germán llegó con tres asistentes que tuvo que dejar fuera y entró solo con una expresión que mezclaba la incomodidad del espacio cerrado con la energía contenida de quien está acostumbrado a las multitudes y no sabe qué hacer con el silencio. Renato llegó el último, saludó a cada uno por su nombre con la precisión de quien ha estudiado el protocolo y lo aplica como si fuera instinto.

Gilberto los observó a todos antes de que comenzara la reunión y pensó, sin saber todavía cuánta razón tenía, que estaba viendo no a cinco personas sino a cinco funciones.

El Gran Arquitecto entró sin anunciarse, como entraba a todos los lugares, con esa naturalidad que en los hombres de poder no es modestia sino la forma más sofisticada de la autoridad: la que no necesita ceremonia porque ya está en todas partes antes de que el cuerpo llegue.

—Bien —dijo, mirando la mesa con una satisfacción que podría haber sido genuina o podría haber sido parte del mismo dispositivo escénico que todo lo demás—. Están todos. Eso ya es más de lo que suele ocurrir en este país cuando se convoca a algo importante.

Hubo una risa general, breve y calibrada, la risa que se produce en esos entornos no porque algo sea gracioso sino porque reírse es una señal de pertenencia y no reírse es una señal de distancia, y nadie en esa mesa quería señalar distancia en ese momento.

—Voy a ser directo —continuó el Gran Arquitecto, sentándose en el único lugar de la mesa que sin que nadie lo hubiera establecido explícitamente funcionaba como cabecera—. Lo que empieza hoy es un proceso que le pertenece al movimiento y al país. No me pertenece a mí. Mi papel es abrirlo y garantizar que sea limpio. Lo que ocurra después depende de cada uno de ustedes y de la gente que decida acompañarlos.

Sonó a verdad. Sonó tan convincentemente a verdad que Gilberto, revisando esa escena desde la habitación de la Fiscalía con años de distancia, todavía no podía determinar con certeza si el Gran Arquitecto mentía o si simplemente describía una realidad paralela que él mismo había terminado por creer, que es una distinción que en política tiene consecuencias enormes pero no tiene respuesta sencilla.

Sonia anotó algo en su libreta. Mariano asintió con la cabeza inclinada hacia adelante, el gesto de quien escucha con el cuerpo entero. Tiberio no hizo nada. Germán tamborileó los dedos una sola vez sobre la mesa y los detuvo. Renato cruzó los brazos y los descruzó casi de inmediato, como si hubiera advertido que el gesto podía leerse como defensivo.

Gilberto los miró a cada uno y comprendió algo que no supo formular en ese momento pero que ahora podía decir con precisión: ninguno de los cinco estaba pensando en el país. Cada uno estaba pensando en sí mismo, en lo que esa mesa significaba para su trayectoria, en lo que el proceso podía darle o quitarle.

Él también estaba pensando en sí mismo.

Eso, comprendería después, era exactamente lo que el sistema necesitaba.

Gilberto hizo una pausa. Miró al fiscal Jackson con la serenidad extraña de quien ha dejado de tener miedo porque ya no le queda nada que perder.

—¿Sigo? —preguntó.

—Por favor —dijo Jackson, inclinándose levemente hacia adelante—. Siga usted.

CAPÍTULO 1

El roble en la grieta del pavimento

Ciudad de México, invierno

El fiscal Jackson tomó un sorbo de su café, que ya debía estar frío, y esperó. Era bueno esperando. Tenía esa paciencia particular de los hombres que han aprendido que el silencio, bien administrado, produce más información que cualquier pregunta. Gilberto lo conocía bien ese truco. Lo había usado él mismo muchas veces en sus años de senador, en esas reuniones donde quien habla primero después del silencio revela más de lo que pretende. Pero ahora era él quien estaba del otro lado, y el silencio de Jackson pesaba de una manera distinta porque no era político sino judicial, y las consecuencias de llenarlo mal eran de otra naturaleza.

—El capítulo uno de esta historia —dijo Gilberto finalmente— comienza con una tragedia. No con una intriga, no con una negociación en lo oscuro. Con una tragedia real, con muertos reales, con familias destrozadas que nunca supieron del todo qué había pasado ni por qué. Y lo que ocurrió alrededor de esa tragedia es lo que me abrió los ojos por primera vez sobre la verdadera naturaleza de lo que yo había decidido servir.

—¿De qué tragedia habla? —preguntó Jackson.

—Del colapso de la Línea Elevada. Una mañana de invierno, un tramo del metro elevado de la ciudad cedió durante la hora pico. Cayeron dos vagones. Murieron veintiséis personas. Hubo más de ochenta heridos. Fue una catástrofe que sacudió a la ciudad entera y que durante varios días ocupó todas las pantallas, todos los titulares, todas las conversaciones.

Jackson anotó algo en su libreta sin dejar de escuchar, con esa habilidad de los interrogadores expertos de registrar sin interrumpir.

—¿Y qué tiene que ver eso con el movimiento?

—Todo —dijo Gilberto—. Absolutamente todo. Porque la respuesta que el movimiento dio a esa tragedia fue la primera demostración clara, al menos para mí, de que lo que yo había creído que era un proyecto de transformación era en realidad una maquinaria de administración del poder. Y que esa maquinaria no tenía escrúpulos. No tenía límites. Y tenía, eso sí, una eficiencia que francamente me dejó sin palabras.

Se recostó levemente en su silla, miró un punto fijo en la pared y comenzó a narrar.

El tramo colapsó a las siete con diecisiete minutos de un martes. En ese momento, Sonia Roble Bueno estaba en la mesa de guerra del Palacio revisando los números de una encuesta de aprobación que acababan de llegar. Eran buenos números. Llevaba tres semanas de tendencia ascendente y el equipo estaba de buen humor, ese humor levemente eufórico que produce la certeza de estar ganando cuando todavía no se ha ganado nada.

El teléfono de Brambila, el jefe de comunicación, fue el primero en sonar. Luego el de Palomares. Luego el de todos los demás casi simultáneamente, con esa sincronía de los desastres que hace que en un instante todos sepan que algo ocurrió aunque nadie sepa todavía exactamente qué.

Sonia no tocó su teléfono. Esperó.

—¿Qué pasó? —preguntó, con una voz que no tenía urgencia sino precisión, la voz de quien no pregunta para calmarse sino para saber.

—El tramo cuatro —dijo Brambila, con una palidez que le transformó el rostro en algo que Gilberto no le había visto antes—. Colapsó. Hay vagones caídos. No sabemos todavía cuántos muertos.

Hubo un silencio de tres segundos que Gilberto recordaría durante mucho tiempo, no por lo que se dijo en él sino por lo que ocurrió en el rostro de Sonia durante esos tres segundos: absolutamente nada. No hubo contracción, no hubo parpadeo, no hubo el instante de horror que en cualquier ser humano normal precede al procesamiento de una noticia como esa. Lo que hubo fue una especie de reconfiguración interna, invisible pero perceptible para quien la observara de cerca, como si los engranajes de una maquinaria hubieran cambiado de velocidad sin detenerse.

—Necesito tres cosas ahora mismo —dijo Sonia—. El número exacto de víctimas en cuanto lo haya. El nombre del funcionario responsable del mantenimiento del tramo. Y una sala donde podamos trabajar sin interrupciones. Todo lo demás puede esperar.

—¿No deberíamos ir al lugar? —preguntó Palomares.

—Brambila va al lugar —respondió Sonia, sin discutir—. Presencia y acompañamiento, sin declaraciones, sin cifras, sin señalamientos. Solo presencia. Nosotros trabajamos desde aquí.

—¿Y la prensa? —insistió Palomares.

—La prensa puede esperar dos horas. En dos horas tenemos más información y hablamos con más solidez. Una declaración prematura con datos incorrectos nos cuesta más que el silencio.

Nadie discutió. Eso también era parte de lo que Gilberto recordaría: que nadie discutió. No porque todos estuvieran de acuerdo, sino porque en la presencia de Sonia la discusión requería un esfuerzo adicional que en ese momento ninguno estaba dispuesto a hacer.

—¿Y usted qué pensó en ese momento? —interrumpió Jackson desde el otro lado de la mesa.

Gilberto lo miró. Pensó en la respuesta honesta y decidió darla, que era lo que había prometido cuando firmó el acuerdo de cooperación.

—Pensé que era eficiente —dijo—. Le juro que eso fue lo primero que pensé. No pensé en los muertos, no pensé en las familias, no pensé en la injusticia. Pensé que era impresionantemente eficiente. Y eso, fiscal, me dice más sobre lo que yo me había convertido que cualquier otra cosa que pueda contarle.

Jackson asintió sin juzgar, que era otra de sus habilidades.

—Continúe.

La reunión de crisis duró cuarenta y dos minutos. Gilberto los cronometró después, revisando sus notas, con la precisión de quien busca algo que sospecha haber perdido. En cuarenta y dos minutos de discusión sobre cómo responder a la muerte de veintiséis personas, la palabra responsabilidad no apareció una sola vez. Circularon otras: gestión, narrativa, contención, acompañamiento, perspectiva, protocolo. Palabras que no negaban lo ocurrido pero que lo reencuadraban en un registro donde la institución no era el sujeto de una falla sino el agente de una respuesta.

El nombre que apareció fue el de Rodrigo Salinas Vega, director de infraestructura urbana del área, cuya firma aparecía en los últimos tres dictámenes de mantenimiento del tramo colapsado. Dictámenes que certificaban condiciones adecuadas de operación en fechas que ahora resultaban imposibles de sostener frente a los escombros y las imágenes.

—¿Salinas Vega era culpable? —preguntó Jackson.

—Salinas Vega había firmado lo que le pusieron enfrente —respondió Gilberto—. Era un funcionario competente y leal que operaba dentro de los límites que el presupuesto le imponía, límites que no había fijado él sino personas que estaban varios escalones más arriba en el organigrama. Los memorandos en que él solicitaba recursos adicionales para el mantenimiento del tramo existían. Estaban archivados. Nunca recibieron respuesta. Pero esos memorandos no llegaron a los titulares. Lo que llegó fue su nombre.

—¿Y quién tomó esa decisión?

Gilberto tardó un momento antes de responder.

—Sonia —dijo—. Sonia tomó esa decisión con la misma naturalidad con que tomaba todas sus decisiones: sin dramatismo, sin vacilación y con una lógica que, escuchada en ese momento, sonaba razonable. Siempre sonaba razonable.

Cinco días después del colapso, cuando los titulares habían comenzado a sedimentarse y el nombre de Salinas Vega había aparecido ya en dos comunicados oficiales como el funcionario responsable del área durante el

período en cuestión, Sonia convocó a Gilberto a una cena. No era una invitación, aunque tuviera la forma de una. En ese entorno, las convocatorias de Sonia no eran invitaciones.

El restaurante no tenía nombre visible en la fachada. O si lo tenía estaba colocado de una manera que disuadía la lectura casual, que era exactamente el tipo de establecimiento que frecuentaba Sonia: lugares que existían para quienes ya sabían que existían. La mesa era al fondo, en un rincón donde la luz llegaba en ángulo oblicuo y donde las conversaciones de las mesas vecinas se disolvían antes de alcanzar la suya.

Sonia llegó puntual, como siempre. Se sentó, acomodó el abrigo sobre el respaldo, tomó la carta sin abrirla y la dejó sobre la mesa.

—¿Comiste algo hoy? —le preguntó a Gilberto.

—Algo —respondió él.

—Yo tampoco —dijo ella, sin dramatismo, como dato, como parte del inventario cotidiano de lo que había y lo que no había habido tiempo de hacer.

Pidieron sin leer la carta. Comieron durante un rato en silencio, un silencio que no era incómodo sino funcional, el silencio de dos personas que han pasado cinco días en la misma tormenta y que han aprendido que no todas las pausas necesitan llenarse con palabras.

Fue Gilberto quien habló primero.

—¿Cómo está Salinas Vega?

Sonia terminó de masticar antes de responder. Limpió la comisura de los labios con la servilleta con un gesto preciso.

—Está en el proceso que corresponde —dijo.

—Eso no responde mi pregunta.

—Responde la pregunta que debiste hacer —dijo Sonia, sin dureza, con la neutralidad de quien corrige una imprecisión técnica—. La pregunta correcta no es cómo está él. La pregunta correcta es qué garantiza que el sistema responda de manera que el daño no se extienda. Y la respuesta a esa pregunta es un proceso ordenado con responsables identificados.

—¿Y él es el responsable identificado?

—Él es el responsable del área. Eso es un hecho administrativo.

—Es un hecho administrativo conveniente —dijo Gilberto.

Sonia lo miró con algo que podría haber sido paciencia o condescendencia, probablemente las dos en una proporción que ella misma no habría podido precisar.

—Gilberto —dijo—, llevas suficiente tiempo en esto como para saber que la conveniencia y la exactitud no se excluyen. Un hecho puede ser conveniente y verdadero al mismo tiempo. Salinas Vega firmó los

dictámenes. Eso es verdad. Que esa verdad sea también conveniente no la hace menos verdad.

—Hay otras verdades en esos expedientes.

—Las hay —admitió Sonia, sin pausa, sin defensiva—. Y están en los expedientes. Que estén ahí no significa que deban estar en los titulares esta semana. Hay un tiempo para cada cosa.

—¿Y ese tiempo llega?

—A veces —dijo ella.

La honestidad de esa respuesta desarmó a Gilberto más que cualquier argumento elaborado. A veces. No siempre, no nunca. Una admisión que no era cinismo sino descripción, y que por ser descripción resultaba más difícil de rebatir que cualquier principio.

Bebieron en silencio durante un momento. Afuera, a través del vidrio emplomado que separaba el interior del restaurante de la calle, pasaban personas que no sabían que estaban pasando frente a ese lugar, que llevaban en sus cuerpos la normalidad intacta de quienes no han tenido que elegir todavía entre la conveniencia y la exactitud.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Gilberto.

—Ya lo estás haciendo.

—¿Cuándo fue la última vez que algo de esto te pesó?

Sonia no respondió de inmediato. Sostuvo su copa sin beber, la miró como si la respuesta estuviera en el fondo del vino y hubiera que esperar a que subiera.

—Me pesa ahora —dijo finalmente—. Solo que el peso no tiene la forma que tú crees que tiene. No es culpa. Es responsabilidad. Y la responsabilidad no se lleva bien con la parálisis.

—¿Y con el sueño?

—Con el sueño tampoco —admitió, y por primera vez en toda la noche algo asomó en su expresión que no era el mecanismo, algo más pequeño y más humano que apareció un instante y se retiró antes de que pudiera nombrarse—. Pero uno aprende a dormir de todas formas. Porque si no duermes no funcionas, y si no funcionas los que dependen de ti tampoco funcionan, y entonces el daño se multiplica. El sueño también es una decisión política.

Hubo una pausa. Sonia giró la copa entre los dedos con un movimiento lento, casi meditativo.

—Un roble —dijo— no se dobla ante el viento. Deja caer las hojas que tienen que caer para que el tronco permanezca. No porque las hojas no importen. Sino porque si cae el tronco no queda nada, ni las hojas ni la raíz ni la sombra que el árbol daba a quienes se cobijaban bajo él.

—¿Y Salinas Vega es una hoja? —preguntó Gilberto.

—Salinas Vega es parte del árbol —dijo Sonia—. Una parte que en este momento no puede sostenerse en su lugar sin comprometer la estabilidad del conjunto. Eso no es un juicio sobre él. Es una evaluación estructural.

—Él no lo vivirá como una evaluación estructural.

—No —concedió Sonia—. Lo vivirá como lo viven todos. Pero eso no cambia lo que es.

Llamó al mesero con un gesto mínimo, pidió la cuenta, sacó su billetera antes de que Gilberto pudiera sacar la suya. Lo hizo con la naturalidad de quien no convierte el gesto en declaración sino simplemente en acto. Pagó, guardó la billetera, se puso el abrigo.

—¿Puedo preguntarte yo algo? —dijo, ya de pie.

—Adelante.

—¿Cuánto tiempo llevas en esto?

—Once años —respondió Gilberto.

—Once años —repitió Sonia, como si el número tuviera un peso específico que valía la pena sostener un momento—. Y todavía te preguntas si el tronco vale las hojas.

No era una crítica. Tampoco era del todo un cumplido. Era una observación calibrada cuya función exacta era difícil de determinar y cuyo efecto era imposible de ignorar.

—Todavía me lo pregunto —confirmó Gilberto.

—Bien —dijo Sonia, y sonrió por primera vez en toda la noche, una sonrisa breve y sin calidez pero tampoco sin humanidad, la sonrisa de alguien que encuentra genuinamente interesante lo que acaba de escuchar—. Cuando dejes de preguntártelo, avísame.

Salió sin esperar respuesta.

Gilberto se quedó un momento más en la mesa, frente a las dos copas vacías y el mantel blanco y la cuenta ya pagada, escuchando el sonido suave del restaurante que seguía funcionando a su alrededor con la indiferencia serena de los lugares que han visto muchas conversaciones como esa y seguirán viéndolas mucho después de que quienes las sostienen hayan dejado de importar.

En la habitación de la Fiscalía del Distrito Sur, Jackson dejó su pluma sobre la libreta y miró a Gilberto.

—¿Y usted qué concluyó de esa cena? —preguntó.

—Que Sonia Roble Bueno no aspiraba al poder en el sentido en que los demás aspiraban al poder —respondió Gilberto—. No lo deseaba, no lo perseguía, no lo negociaba. Lo era. O estaba en proceso de serlo, con la misma inevitabilidad silenciosa con que un árbol es el árbol y no otra cosa. Con que una raíz encuentra el agua aunque haya metros de pavimento entre ella y la superficie.

—¿Y eso le pareció admirable o le pareció peligroso?

Gilberto pensó en la respuesta durante un momento que se extendió más de lo que esperaba.

—Me pareció inevitable —dijo finalmente—. Y en ese momento todavía no entendía que inevitable y peligroso son, muy frecuentemente, la misma cosa.

CAPÍTULO 2

El rugido ahogado del jabalí

Europa, invierno

Jackson se levantó por un momento, caminó hacia la ventana y miró hacia la calle sin decir nada. Era un gesto que Gilberto ya había aprendido a leer: no era distracción ni indiferencia, era procesamiento. El fiscal ordenaba lo que acababa de escuchar antes de pedir más. Regresó a su silla, acomodó la libreta, tomó la pluma.

—Hábleme de Mariano Jabalí Valiente —dijo.

Gilberto asintió lentamente, como quien acepta una carga que sabía que llegaría.

—Mariano es el personaje más difícil de contar —dijo—. No porque sea complicado. Sino porque es trágico en el sentido clásico de la palabra. Un hombre capaz, preparado, con una trayectoria real, que fue destruido no por sus debilidades sino por sus fortalezas. Porque lo que lo hacía valioso en otro contexto era exactamente lo que lo hacía vulnerable en ese.

—¿En qué sentido?

—Mariano creía en las reglas —dijo Gilberto—. Creía que el mundo podía negociarse, que los acuerdos se cumplían, que la experiencia y la competencia tenían un peso real en las decisiones. Había pasado veinte años construyendo esa creencia con resultados concretos. Y esa creencia era cierta, fiscal. En cualquier otro entorno habría sido cierta. El problema es que el entorno en el que estábamos ya no operaba con esas reglas, y nadie se lo dijo.

—¿Usted lo sabía?

—Lo sospechaba. Pero tampoco lo dije.

Hubo una pausa breve. Jackson no la llenó.

—La gira europea —continuó Gilberto— fue el momento en que Mariano creyó que podía cambiar el curso de las cosas. Había construido durante años una red de contactos internacionales que ninguno de los otros cinco tenía. Embajadores, empresarios, funcionarios de organismos multilaterales que lo respetaban genuinamente, que atendían sus llamadas, que abrían sus puertas cuando él llegaba. En Europa era otro hombre. Más seguro, más

fluido, más él mismo que en el Palacio, donde el aire tenía una densidad que lo comprimía sin que él terminara de advertirlo.

Yo lo acompañé en parte de esa gira. Y lo que vi fue algo que tardé en nombrar pero que ahora puedo describir con precisión: vi a un hombre que recuperaba su idioma al alejarse del país. Que en Madrid, en Bruselas, en Berlín, hablaba con una soltura que en Ciudad de México ya no tenía, porque en Ciudad de México el idioma había cambiado sin que nadie publicara el nuevo diccionario.

La primera señal llegó en Bruselas, en una cena con funcionarios de la Comisión Europea que Mariano había organizado con meses de anticipación. Era una mesa larga, con ese protocolo discreto y eficiente de los europeos que saben recibir sin hacer del recibimiento un espectáculo. Mariano estaba en su elemento. Hablaba francés con el comisario de su izquierda y cambiaba al inglés con la directora general de su derecha sin que la transición produjera ninguna fricción visible. Gilberto lo observaba desde su lugar, tres sillas más abajo, y pensaba que si alguien hubiera entrado en ese comedor sin conocer a ninguno de los presentes, habría señalado a Mariano como el hombre más poderoso de la mesa.

Esa era exactamente la naturaleza del problema.

—En algún momento de esa cena —le dijo Gilberto a Jackson—, Mariano planteó la posibilidad de construir una alianza de centroizquierda moderada que tuviera respaldo internacional. Una propuesta articulada, con argumentos sólidos, con nombres concretos y con una lógica que en cualquier foro académico o diplomático habría generado al menos interés.

—¿Y qué ocurrió?

—Que los europeos lo escucharon con la cortesía de los que saben que algo no va a funcionar pero no tienen ningún incentivo para decirlo. Asintieron, tomaron notas, prometieron seguimiento. Y al día siguiente ninguno respondió los mensajes.

—¿Y Mariano lo advirtió?

—Mariano advirtió que no respondían —dijo Gilberto—. Lo que no advirtió fue por qué. Creyó que era un problema de timing, que necesitaba más tiempo, mejores argumentos, el momento correcto. Lo que no vio, o no quiso ver, era que el problema no era de forma sino de fondo: que quienes decidían ya habían decidido, y que su propuesta, por sólida que fuera, llegaba a una puerta que ya estaba cerrada desde adentro.

La noche que Mariano bajó la guardia fue en Berlín, en la habitación de un hotel que combinaba lujo con anonimato, esa clase de hotel donde los pasillos son silenciosos a cualquier hora y donde el servicio a cuartos llega sin que nadie haya tocado la puerta. Gilberto había ido a verlo para revisar la agenda del día siguiente. Encontró la puerta entreabierta, lo que en Mariano era inusual, porque Mariano era un hombre de puertas cerradas.

Entró. Mariano estaba sentado frente a la ventana con un vaso de whisky en la mano, mirando las luces de la ciudad con la expresión de alguien que ve algo que los demás no pueden ver y que no está seguro de si eso es una ventaja o una maldición.

—Siéntate —dijo, sin voltear.

Gilberto se sentó en el sillón que estaba junto a la ventana. Durante un rato ninguno de los dos habló. Las luces de Berlín parpadeaban abajo con esa indiferencia de las ciudades grandes que siguen siendo ciudades grandes independientemente de lo que ocurra en cualquier habitación de cualquier hotel.

—¿Cuánto tiempo crees que me queda? —preguntó Mariano finalmente.

Gilberto consideró la pregunta. Era una de esas preguntas que en apariencia admiten varias interpretaciones pero que en el fondo solo tienen una, y todos lo saben.

—No lo sé —respondió.

—Sí lo sabes —dijo Mariano, con una tranquilidad que era más perturbadora que cualquier agitación—. Todos lo saben. Yo también lo sé. Lo que no entiendo es cuándo ocurrió. En qué momento dejé de ser un contendiente real para convertirme en un elemento decorativo. Porque hubo un momento en que era real, Gilberto. Hubo un momento en que las llamadas se respondían en el mismo día y las reuniones no necesitaban tres semanas de gestión previa. ¿Cuándo cambió eso?

—No cambió de golpe —dijo Gilberto—. Cambió poco a poco, y por eso es tan difícil de precisar.

—¿Y tú cuándo lo viste?

Gilberto pensó en la respuesta honesta, que era la que Mariano merecía aunque no fuera la que quería escuchar.

—Hace varios meses —admitió.

Mariano asintió, como si la respuesta confirmara algo que ya sabía.

—¿Y no dijiste nada?

—No —dijo Gilberto—. No dije nada.

Hubo otro silencio. Mariano bebió un trago de whisky y volvió a mirar las luces de la ciudad.

—¿Sabes qué es lo más extraño? —dijo—. Que no me enoja. Debería enojarme, ¿verdad? Debería estar furioso. Veinte años, Gilberto. Veinte años construyendo algo que resulta que no era lo que yo creía que era. Y no estoy furioso. Estoy cansado.

—El enojo viene después —dijo Gilberto.

—O no viene —respondió Mariano—. Quizás hay personas para quienes el enojo también es un lujo que el sistema administra.

Guardó silencio un momento y luego dijo algo que Gilberto recordaría durante mucho tiempo, no porque fuera extraordinariamente profundo sino porque era extraordinariamente exacto.

—Yo creía que el poder se ganaba —dijo Mariano—. Que había una lógica de méritos, de resultados, de confianza acumulada. Que si hacías bien las cosas durante suficiente tiempo, eso pesaba. Que pesaba de verdad, no como discurso sino como realidad. Y puede ser que en algún momento haya sido así. O puede ser que nunca lo haya sido y que yo simplemente me lo haya creído porque me convenía creerlo. No lo sé. Y ya no tengo forma de saberlo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Gilberto.

Mariano giró el vaso entre los dedos, lo miró, lo dejó sobre la mesita.

—Voy a intentar una última cosa —dijo—. Tengo información que puede cambiar el equilibrio. Documentos que demuestran movimientos de recursos que nadie debería haber hecho y que sin embargo se hicieron. Si eso sale, cambia el escenario.

Gilberto sintió algo que no supo nombrar en ese momento: no era miedo exactamente, ni tampoco presentimiento. Era más bien la sensación de estar viendo a alguien caminar hacia un precipicio y no tener suficiente certeza de que fuera un precipicio para decírselo.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—No —dijo Mariano—. Pero ya no me queda nada que perder estando seguro.

En la habitación de la Fiscalía, Jackson interrumpió.

—¿De qué documentos hablaba?

—De un expediente que involucraba desvíos de recursos del erario hacia cuentas vinculadas al financiamiento de la campaña del movimiento —dijo Gilberto—. Era material real. Verificable. Con nombres, fechas y montos. El problema no era la veracidad del expediente.

—¿Cuál era el problema?

—Que Tiberio ya lo sabía. Tiberio sabía que Mariano tenía ese expediente desde antes de que Mariano decidiera usarlo. Y lo había dejado tenerlo, fiscal. Lo había dejado tenerlo precisamente porque sabía que en algún momento Mariano lo usaría, y que cuando lo hiciera, la trampa se cerraría sola.

Jackson dejó la pluma sobre la libreta.

—¿Cómo supo usted eso?

—Porque Tiberio me lo dijo —respondió Gilberto—. No en ese momento. Después. Cuando ya no importaba ocultarlo porque el resultado ya era irreversible. Me lo dijo con esa tranquilidad suya que era más inquietante que cualquier amenaza, como quien describe el funcionamiento de un mecanismo que no necesita justificarse porque simplemente funciona.

La revelación llegó una semana después del regreso de Europa, en una llamada que Mariano recibió a las once de la noche en su oficina. Gilberto no estaba ahí, pero Mariano se lo contó al día siguiente con la expresión de quien ha comprendido demasiadas cosas al mismo tiempo y no sabe cuál procesar primero.

—Me llamó alguien del equipo de seguridad —le dijo Mariano—. Anónimo. Para decirme que mis movimientos en Europa habían sido seguidos. Cada reunión, cada conversación, cada llamada. Y que el expediente que yo tenía era conocido por personas que yo creía que no lo conocían.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Gilberto.

—Lo que tenía planeado —respondió Mariano, con una convicción que en ese momento sonaba a valentía y que en retrospectiva sonaba a otra cosa—. Si ya lo saben, filtrar el expediente no me pone en más riesgo. Al contrario.

—Mariano —dijo Gilberto—, si ya lo saben y no han hecho nada, es porque están esperando que lo uses.

Mariano lo miró durante un momento largo.

—O porque no pueden detenerme —dijo.

Gilberto no respondió. Pensó en Tiberio, en su oficina con olor a café recalentado, en su manera de dejar la carpeta abierta sobre el escritorio y salir exactamente tres minutos. Pensó en lo que había aprendido sobre ese hombre en los meses anteriores: que no bloqueaba lo que podía convertir en trampa, que no detenía lo que podía dejar fluir en la dirección correcta, que no confrontaba cuando podía simplemente esperar.

Pero no dijo nada de eso.

Y eso, comprendería después desde la habitación de la Fiscalía del Distrito Sur de Nueva York, era su propia complicidad. Pequeña, silenciosa, construida de omisiones. Pero complicidad al fin.

—¿Y qué pasó cuando filtró el expediente? —preguntó Jackson.

—Lo que Tiberio había calculado que pasaría —dijo Gilberto—. El periodista que lo recibió publicó una versión parcial que, sin el contexto completo, resultaba más comprometedor para Mariano que para quienes él intentaba exponer. La narrativa que se instaló no fue la del funcionario que denuncia irregularidades. Fue la del contendiente desesperado que recurre a la guerra sucia cuando ve que pierde.

—¿Y Mariano?

Gilberto pensó en la última vez que lo había visto antes de que todo se derrumbara del todo. En un pasillo del Palacio, tres días después de la filtración, con el traje que solía usar para las reuniones importantes y una expresión que no era derrota sino algo anterior a la derrota: la expresión de quien acaba de comprender que el terreno en que está parado no era lo

que creía, y que esa comprensión llega demasiado tarde para cambiar de lugar.

—Mariano salió por la puerta de atrás —dijo Gilberto—. Literalmente. El día del anuncio final, cuando Sonia ya estaba en el estrado recibiendo adhesiones, Mariano salió por la puerta de servicio del Palacio, bajo la lluvia, sin el acompañamiento que durante años lo había rodeado. Solo. Con un paraguas que no alcanzaba a cubrirlo del todo. Yo lo vi desde una ventana del tercer piso.

Hizo una pausa.

—El jabalí —continuó— es un animal de una fuerza extraordinaria. Puede embestir con una violencia que muy pocas cosas resisten. Pero si embiste en el momento equivocado, en el terreno equivocado, contra algo que no es lo que parece, esa misma fuerza se convierte en su perdición. No porque el animal sea débil. Sino porque la fuerza sin orientación correcta no es poder. Es vulnerabilidad disfrazada de poder.

Jackson lo miró en silencio durante un momento.

—¿Usted lo advirtió? —preguntó.

—Lo vi —dijo Gilberto—. No lo advertí. Hay una diferencia entre ver y advertir que en ese entorno yo todavía no había terminado de aprender. Y esa diferencia también es parte de lo que estoy aquí contándole.

CAPÍTULO 3

El archivo muerto de Tiberio

Ciudad de México, otoño

Jackson había pedido más café. Lo trajo una asistente joven que entró sin hacer ruido, dejó la taza sobre la mesa y salió con la misma discreción con que había llegado, como si hubiera sido entrenada para no existir durante el tiempo que durara su presencia en esa habitación. Gilberto la siguió con la mirada y pensó que ese tipo de invisibilidad también era una habilidad que el sistema cultivaba, aunque en niveles distintos y con propósitos distintos.

—Tiberio —dijo Jackson, soplando el café antes de beberlo.

—Tiberio —repitió Gilberto, como si el nombre solo ya contuviera suficiente información para llenar una tarde entera.

Guardó silencio un momento. No era un silencio de duda sino de selección, el silencio de quien tiene demasiado que decir y necesita decidir por dónde empezar.

—Fiscal, hay personas que ejercen el poder y personas que son el poder. La diferencia no es de grado sino de naturaleza. Mariano ejercía el poder, o intentaba ejercerlo, lo que significa que el poder estaba fuera de él y él lo tomaba, lo usaba, lo negociaba. Sonia estaba en proceso de convertirse en poder, lo que es distinto y más permanente. Pero Tiberio Gómez Hernández

era otra cosa completamente. Tiberio era la memoria del poder. Y la memoria, como usted sabe, es lo más difícil de combatir porque no necesita estar presente para ser eficaz. Opera desde el pasado, desde los registros, desde lo que sabe de cada quien y que cada quien preferiría que no se supiera.

—¿Lo conocía bien? —preguntó Jackson.

—Lo conocía lo suficiente para saber que no lo conocía —respondió Gilberto—. Que era exactamente lo que él quería.

La primera vez que Gilberto entró a la oficina de Tiberio pensó que había entrado en el lugar equivocado. No porque el espacio fuera inadecuado para un hombre de su posición, sino porque era inadecuado para el momento. En un edificio donde todo lo demás había sido renovado con la obsesión modernizadora que caracterizaba las primeras etapas de cualquier régimen que llega prometiendo transformación, la oficina de Tiberio era un anacronismo deliberado y perfectamente conservado.

Las carpetas de piel café alineadas en los estantes, con etiquetas escritas a mano con una caligrafía que ya nadie usaba. Los teléfonos de línea fija, dos de ellos, en colores distintos, sin que nadie hubiera explicado nunca cuál era la diferencia entre uno y el otro. El escritorio de madera oscura que debía pesar lo que pesa una decisión irreversible. Y el olor, sobre todo el olor: café recalentado y papel viejo, una combinación que en ese espacio no era descuido sino atmósfera, la atmósfera de un lugar que ha decidido que el tiempo no le aplica de la misma manera que al resto del edificio.

Tiberio estaba sentado detrás del escritorio cuando Gilberto entró. No levantó la vista de inmediato. Terminó de leer lo que estaba leyendo, colocó la hoja sobre la pila de las revisadas con un gesto preciso, y solo entonces lo miró, con esa expresión que no era amabilidad ni hostilidad sino algo más difícil de nombrar: la expresión de alguien que ya sabe lo que va a ocurrir en la conversación y está simplemente esperando que ocurra.

—Siéntese, licenciado —dijo.

Gilberto se sentó. Esperó.

—¿Sabe por qué lo cité? —preguntó Tiberio.

—No exactamente —admitió Gilberto.

—Bien —dijo Tiberio, y en esa sola palabra había algo que podía interpretarse como aprobación o como otra cosa—. Los que llegan diciendo que sí saben generalmente mienten. Los que dicen que no saben generalmente tampoco saben, pero al menos tienen la honestidad de admitirlo, que es una base más sólida para trabajar.

Se levantó, fue hacia la ventana, miró hacia la calle con las manos cruzadas detrás de la espalda. Era un hombre de movimientos lentos y deliberados, como si cada gesto hubiera sido pensado antes de ejecutarse, no por afectación sino por economía: no desperdiciar energía en nada que no fuera necesario.

—El movimiento tiene un problema —dijo, sin voltear—. No es un problema nuevo ni es un problema urgente, pero es un problema real. Hay demasiadas voluntades que creen que el proceso de sucesión es genuinamente abierto. Y esa creencia, aunque sea errónea, produce comportamientos que pueden desestabilizar lo que ya está decidido si no se administran correctamente.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo? —preguntó Gilberto.

Tiberio se giró entonces y lo miró con algo que en otro hombre habría parecido una sonrisa.

—Usted es uno de esos comportamientos —dijo—. No el más peligroso, no el más urgente. Pero uno de ellos. Y necesito saber si es administrable.

Gilberto procesó esa frase durante un momento.

—¿Administrable en qué sentido?

—En el sentido de que entienda lo que es y lo que no es —respondió Tiberio—. Lo que puede obtener dentro de este proceso y lo que no puede obtener. Y que esa comprensión lo lleve a tomar decisiones que sean útiles para todos, incluyéndolo a usted.

—¿Y si no soy administrable?

Tiberio regresó a su escritorio, se sentó, tomó otra hoja de la pila de los pendientes.

—Todos son administrables —dijo, sin énfasis, sin amenaza, con la neutralidad de quien enuncia una verdad geográfica—. La diferencia está en el costo. Hay personas que son administrables a bajo costo y personas que son administrables a alto costo. Las primeras tienen mejores perspectivas.

En la habitación de la Fiscalía, Jackson interrumpió.

—¿Lo estaba amenazando?

—No —dijo Gilberto—. Eso es exactamente lo más inquietante. No era una amenaza. Era una descripción. Tiberio no amenazaba porque las amenazas son una forma de negociación, y él ya había decidido que no había nada que negociar. Lo que hacía era informar. Informarle a cada quien cuál era su situación real, sin adornos, sin cortesía innecesaria, sin la brutalidad de quien quiere asustar. Con la precisión de quien quiere que el otro entienda. Y esa precisión, fiscal, era mucho más eficaz que cualquier amenaza.

Jackson asintió y le indicó que continuara.

El operativo contra la huelga minera ocurrió tres semanas después de esa primera reunión. Gilberto se enteró de él de manera lateral, por una conversación que escuchó a medias en un pasillo y que al principio no entendió pero que después, cuando los resultados se hicieron públicos, encajó con una claridad que lo perturbó durante días.

Los mineros del norte llevaban seis semanas en huelga. Era una huelga legítima, con pliegos petitorios documentados, con líderes sindicales

reconocidos, con el respaldo de organismos internacionales de trabajo que habían certificado las condiciones laborales como inadecuadas. Era, en términos políticos, exactamente el tipo de conflicto que un régimen que se proclamaba de izquierda y prometía primero a los pobres no podía resolver con métodos de derecha sin pagar un costo de imagen considerable.

Tiberio lo resolvió en cuarenta y ocho horas sin movilizar un solo elemento de fuerza visible.

Gilberto supo cómo cuando Tiberio se lo contó, semanas después, en esa misma oficina que olía a café recalentado y papel viejo.

—¿Cómo lo hizo? —le preguntó Gilberto, porque para entonces ya había aprendido que Tiberio era uno de esos hombres que en ocasiones, muy específicas y calculadas, decidían explicar sus métodos. No por vanidad sino por pedagogía. Porque explicar era también una forma de demostrar.

—Información —dijo Tiberio, con la brevedad de quien resume un proceso complejo sin perder ningún elemento esencial—. El líder de la huelga tenía una situación personal que prefería mantener privada. No era ilegal. No era escandalosa. Era simplemente privada. Y cuando esa situación llegó a sus manos, en los términos y en el momento correctos, el líder comprendió que sus prioridades podían reorganizarse.

—¿Lo extorsionó?

Tiberio lo miró con algo que podría haber sido paciencia.

—La extorsión implica una amenaza explícita —dijo—. Yo no amenacé. Informé. Le hice saber que cierta información existía y que yo la tenía. Lo que él hizo con esa información fue una decisión enteramente suya.

—Eso es una distinción muy fina —dijo Gilberto.

—Las distinciones finas son las que sostienen los sistemas —respondió Tiberio—. Las distinciones gruesas las puede hacer cualquiera. Las finas requieren práctica.

Regresó a sus documentos como si la conversación hubiera terminado, aunque ninguno de los dos lo hubiera declarado. Gilberto permaneció sentado, procesando lo que acababa de escuchar, con la incomodidad específica de quien comprende algo que preferiría no haber comprendido.

Fue en esa misma oficina, en una visita posterior, donde ocurrió el episodio de la carpeta.

Tiberio lo había citado para hablar de los números de las encuestas internas, que en ese momento mostraban un comportamiento que preocupaba a algunos miembros del equipo aunque Tiberio no parecía preocupado por nada de manera visible. Habían estado hablando durante veinte minutos cuando Tiberio se excusó para atender una llamada en el cuarto contiguo, algo que Gilberto nunca le había visto hacer antes porque Tiberio era un hombre que tomaba sus llamadas donde estuviera, sin importar quién estuviera presente.

Sobre el escritorio, abierta en la primera página, había quedado una carpeta.

Gilberto la vio desde su silla. No podía leer el contenido desde donde estaba, pero podía ver su nombre en la portada. Su nombre completo, con el cargo y las fechas, el formato que usaban las carpetas de seguimiento que el área de inteligencia del movimiento generaba sobre los perfiles de interés.

Se levantó. Se acercó al escritorio. Miró la carpeta.

La primera página era un resumen de su trayectoria política que no contenía nada que él no supiera. La segunda página comenzaba con una sección titulada Vínculos y asociaciones que él no alcanzó a leer porque en ese momento escuchó los pasos de Tiberio regresando del cuarto contiguo.

Cerró la carpeta. Regresó a su silla. Se sentó.

Tiberio entró, miró el escritorio, miró a Gilberto, y no dijo nada. Se sentó, colocó la carpeta en el cajón superior del escritorio con el mismo gesto preciso con que hacía todo, y retomó la conversación sobre las encuestas como si no hubiera ocurrido ninguna interrupción.

—¿Estaba abierta adrede? —preguntó Jackson.

—Sí —dijo Gilberto—. Lo entendí mientras caminaba de regreso a mi oficina. No fue un descuido. Fue una prueba. Tiberio quería saber si yo abría la carpeta cuando él no estaba. Si la curiosidad o el miedo eran más fuertes que el autocontrol. Y quería saber qué hacía yo con lo que veía: si lo mencionaba, si fingía que no había ocurrido, si reaccionaba de alguna manera que le diera información útil sobre mi carácter.

—¿Y qué concluyó él?

—No lo sé con certeza —dijo Gilberto—. Pero sí sé lo que me dijo en la siguiente reunión, que fue la última que tuvimos antes de que todo comenzara a derrumbarse.

Esa reunión ocurrió un miércoles por la mañana. Sin agenda previa, sin convocatoria formal: simplemente un mensaje de una sola línea enviado por el asistente de Tiberio que decía que el licenciado Gómez Hernández lo esperaba a las nueve.

Gilberto llegó puntual. Tiberio estaba de pie junto a la ventana, en la misma postura de la primera vez, con las manos cruzadas detrás de la espalda y la mirada hacia la calle.

—¿Sabe cuál es la diferencia entre un archivo activo y un archivo muerto? —preguntó, sin voltear, sin preámbulo.

—El archivo activo contiene información que todavía se usa —respondió Gilberto.

—Exacto —dijo Tiberio—. Y el archivo muerto contiene información que ya no se necesita porque las decisiones que dependían de ella ya fueron tomadas. —Hizo una pausa—. Usted va a pasar al archivo muerto,

licenciado. No porque haya hecho algo mal. Sino porque el proceso llegó al punto en que su perfil ya no es útil para lo que viene. Eso no es un castigo. Es una clasificación.

—¿Y qué implica esa clasificación?

Tiberio se giró y lo miró con esa expresión que no era amabilidad ni hostilidad.

—Implica que tiene usted la oportunidad de salir de manera ordenada —dijo—. Con su trayectoria intacta, con sus vínculos intactos, con la posibilidad de continuar en otros espacios donde su perfil sí sea útil. Esa oportunidad existe ahora. No sé cuánto tiempo seguirá existiendo.

—¿Es una advertencia?

—Es una descripción —dijo Tiberio—. Ya le dije que no amenazo.

En la habitación de la Fiscalía, Gilberto se detuvo. Bebió un poco de agua. Jackson esperó.

—¿Y usted qué hizo? —preguntó el fiscal finalmente.

—Lo que hace la mayoría cuando se enfrenta a una verdad que no quiere escuchar —dijo Gilberto—. La escuché, asentí, y salí de esa oficina diciéndome que todavía había opciones. Que todavía había algo que podía hacerse. Que Tiberio era poderoso pero no omnisciente. Que la partida no estaba terminada.

—¿Y lo estaba?

Gilberto miró al fiscal con la serenidad de quien ya no tiene nada que defender.

—La partida estaba terminada desde antes de que comenzara —dijo—. Tiberio lo sabía. Sonia lo sabía. El Gran Arquitecto lo sabía. Yo era el único en esa sala que todavía creía que estaba jugando, cuando en realidad llevaba meses siendo una pieza que alguien más movía en un tablero que yo nunca terminé de ver completo.

Hizo una pausa.

—El archivo muerto —dijo— no es un lugar al que uno va. Es un lugar en el que uno descubre que ya estaba desde hace tiempo. Y esa es la parte más difícil de aceptar: no el final sino el momento en que se entiende que el final ya había ocurrido sin que uno se diera cuenta.

CAPÍTULO 4

El grito en la noria

Ciudad de México y zona periférica, primavera

Jackson había soltado la pluma y la dejado rodar hasta el borde de la libreta. Era un gesto pequeño pero Gilberto lo registró porque era la primera vez en toda la mañana que el fiscal abandonaba el instrumento, como si

hubiera decidido que lo que venía no necesitaba ser anotado sino simplemente escuchado.

—Germán Hernández de la Noria —dijo Jackson.

—Germán —repitió Gilberto, y algo en su tono cambió levemente, una inflexión que no era exactamente afecto pero que tampoco era la neutralidad clínica con que había hablado de Tiberio o la ambivalencia contenida con que había hablado de Mariano. Era algo más cercano a la compasión, aunque Gilberto no habría usado esa palabra—. Germán es el único de los cinco sobre el que no tengo claridad moral. Con los demás sé lo que pienso. Con Germán todavía no.

—¿Por qué?

—Porque Germán era genuino —dijo Gilberto—. En un entorno donde la autenticidad era una táctica más, donde cada gesto había sido calculado y cada palabra había sido medida, Germán era genuino. Y eso lo hacía al mismo tiempo el más humano y el más peligroso de todos. El más humano porque no actuaba. El más peligroso porque un hombre que no actúa es impredecible, y el sistema no tolera lo impredecible.

Se recostó en la silla y miró el techo un momento antes de continuar.

Lo vi por primera vez en una reunión del grupo donde todos llegamos con nuestros equipos, nuestras carpetas, nuestros argumentos preparados. Germán llegó solo. Sin asistentes, sin carpeta, con una libreta rayada de esas que se compran en cualquier papelería de barrio y una pluma que tenía la tapa mordida, lo que en ese entorno era casi una declaración política. Se sentó, saludó a cada uno con el nombre de pila sin el protocolo de los apellidos, y cuando el Gran Arquitecto preguntó si alguien quería comenzar con una presentación de su propuesta de campaña territorial, Germán levantó la mano como lo hacen los estudiantes en las aulas, con el brazo extendido y la palma abierta, y dijo:

—Yo, pero no tengo presentación. Tengo una pregunta.

Hubo un silencio breve.

—¿Cuál es la pregunta? —dijo el Gran Arquitecto.

—¿Cuántos de los que estamos en esta sala hemos dormido en los últimos seis meses en una comunidad que no tenga agua potable garantizada?

El silencio que siguió fue de una naturaleza distinta al anterior. No era el silencio de la sorpresa sino el silencio de la incomodidad, que es más largo y más difícil de llenar.

—La pregunta tiene un propósito —continuó Germán, sin esperar respuesta porque ya sabía cuál sería—. No es retórica. Es metodológica. Yo llevo cuatro meses recorriendo comunidades en cinco estados y lo que veo no está en ninguna de las encuestas que hemos revisado esta mañana, porque las encuestas miden lo que la gente dice cuando alguien con una tableta se para en la puerta de su casa. Yo mido lo que la gente dice cuando ya llevan dos horas hablando y se olvidan de que hay alguien escuchando.

Sonia anotó algo en su libreta. Tiberio no hizo nada. Mariano frunció el ceño con la expresión de quien evalúa si lo que acaba de escuchar es brillante o inapropiado y no ha decidido todavía. Renato cruzó los brazos.

Gilberto, en cambio, pensó que era la primera cosa genuinamente interesante que había escuchado en semanas.

En la habitación de la Fiscalía, Jackson había recogido la pluma.

—¿Y era efectivo? —preguntó—. ¿Esa aproximación le daba resultados reales?

—Le daba resultados que ninguno de los otros cinco podía replicar —dijo Gilberto—. Germán tenía una capacidad de conexión con la gente que no era carisma en el sentido convencional. No era el orador brillante, no era el hombre de frases perfectas. Era el hombre que escuchaba. Y en un país donde la gente lleva décadas hablando con políticos que en realidad no escuchan, alguien que escucha de verdad produce un efecto que ninguna cantidad de dinero ni de infraestructura de campaña puede comprar.

Lo acompañé una vez a una gira que no estaba en ningún itinerario oficial. Me llamó a las seis de la mañana de un miércoles, lo que ya era inusual porque Germán no llamaba a las seis de la mañana, Germán aparecía a las seis de la mañana en el lugar donde necesitaba estar y esperaba que los demás se enteraran por sus propios medios.

—¿Puede acompañarme hoy? —me preguntó.

—¿A dónde?

—A un lugar que no sale en los mapas del movimiento —dijo—. Precisamente por eso.

Tomamos una camioneta sin logos, sin escolta, sin el aparato que normalmente acompañaba cualquier movimiento de los seis. Manejamos dos horas hacia el oriente de la ciudad, por carreteras que iban reduciendo sus carriles y su calidad en proporción directa con la distancia al centro, hasta que llegamos a una colonia que tenía el aspecto de los lugares que han sido prometidos muchas veces y cumplidos nunca: calles trazadas con la geometría de un plan urbano que alguien diseñó en una oficina y que en el terreno real había sido doblado y retorcido por la geografía, la necesidad y la improvisación.

Había una cancha de tierra con las porterías oxidadas y las líneas borradas. Unas doscientas personas esperaban, no con la energía de los mítines sino con la energía distinta y más densa de quien ha venido a escuchar porque necesita escuchar, no porque alguien le haya dicho que aplaudiera.

Germán no subió a ningún estrado porque no había estrado. Se paró en el borde de la cancha, con el sol de frente, y comenzó a hablar sin micrófono con una voz que no intentaba llenar el espacio sino alcanzarlo, que es una diferencia técnica menor y una diferencia humana enorme.

—Vine a escucharlos —dijo, para empezar—. Ya sé lo que yo pienso. Lo que no sé es lo que ustedes piensan. Y necesito saberlo antes de poder decirles algo que valga la pena.

Lo que siguió durante las dos horas siguientes fue algo que Gilberto no había visto antes en ningún evento político y que no volvería a ver después: Germán escuchando. No el escuchar performático de los políticos que asienten con la cabeza y miran el reloj, sino el escuchar real, con el cuerpo inclinado hacia adelante, repitiendo los nombres de las personas que hablaban, haciendo preguntas de seguimiento que demostraban que había procesado lo que acababa de escuchar y quería saber más.

Un hombre de unos cincuenta años, con las manos del que trabaja con herramientas, habló de los tres años que llevaba esperando la regularización de su terreno.

—¿Tres años con papeles en trámite? —preguntó Germán.

—Tres años —confirmó el hombre.

—¿Qué oficina?

—La delegación primero. Luego me mandaron al registro. Luego de regreso a la delegación. Es un círculo.

—¿Tiene usted los acuses de todos los trámites?

—Los tengo.

—Tráigamelos —dijo Germán—. No le prometo que se resuelva. Le prometo que alguien los va a leer de verdad.

Una mujer joven habló del centro de salud que llevaba ocho meses sin médico de tiempo completo. Una madre habló de su hijo que había dejado la escuela a los catorce porque el transporte para llegar a la preparatoria costaba más de lo que la familia podía pagar cada semana. Un anciano habló del pozo de agua que se había contaminado dos años atrás y sobre el que nadie había dado respuesta oficial todavía.

Germán escuchó todo. Anotó en su libreta rayada con una concentración que excluía cualquier otra cosa. No prometió nada que no pudiera cumplir. No usó ninguna de las frases prefabricadas que circulaban en los talleres de campaña. Habló poco y cuando habló fue para hacer preguntas.

En el autobús de regreso, mientras el equipo que los había acompañado dormitaba o miraba el teléfono, Germán siguió anotando. Gilberto lo observó desde el asiento de atrás sin que Germán lo advirtiera, y lo que vio no fueron datos políticos ni estrategias de campaña. Eran nombres. El del hombre de los terrenos, la mujer del centro de salud, la madre del muchacho que había dejado la escuela, el anciano del pozo contaminado. Nombres con detalles. Nombres que Germán iba a recordar no porque fueran útiles para una encuesta sino porque eran personas.

En la habitación de la Fiscalía, Gilberto hizo una pausa.

—¿Sabe qué pensé en ese momento, fiscal?

—¿Qué pensó?

—Pensé que Germán era el único de los seis que en realidad merecía ganar —dijo Gilberto—. Y pensé inmediatamente después que eso era exactamente la razón por la que no iba a ganar. Porque el sistema no premia a quien merece. El sistema premia a quien es útil. Y Germán, con toda su autenticidad, con toda su capacidad de escucha, con toda su conexión real con la gente, era un elemento que el sistema no sabía cómo controlar. Y lo que el sistema no puede controlar lo elimina. No siempre con violencia. A veces con algo más sofisticado: lo usa.

—¿Lo usaron?

—Tiberio lo usó —dijo Gilberto—. Con una elegancia que todavía me resulta perturbadora cuando la recuerdo. No lo obligó a nada. No lo coaccionó. Le ofreció exactamente lo que Germán ya quería: recursos para llegar a más comunidades, estructura para organizar las giras, visibilidad en los territorios donde su presencia había crecido de manera orgánica. Todo lo que Germán necesitaba para hacer más de lo que ya hacía.

—¿Y cuál era el costo?

—El costo no se dijo nunca en voz alta —respondió Gilberto—. Ese era el refinamiento. A medida que Germán recibía más recursos y más estructura, su discurso se fue endureciendo de manera gradual. Empezó a atacar a los otros contendientes con una intensidad que antes no tenía. Empezó a ocupar un espacio en el mapa político que hacía que Sonia, por contraste, pareciera la opción moderada y razonable. Germán creía que estaba siendo más él mismo. En realidad estaba siendo construido para un propósito que no era el suyo.

—¿Él lo sabía?

—Una tarde quedamos solos en un pasillo del Palacio y se lo dije —dijo Gilberto—. No con esas palabras, pero se lo dije.

—¿Qué le dijo exactamente?

—Le pregunté si había notado que los recursos que recibía venían siempre acompañados de sugerencias sobre el tono de su discurso. Que las giras que le financiaban eran siempre a los territorios donde su radicalización era más visible. Que la estructura que le habían dado respondía a criterios que él no había fijado.

—¿Y él qué respondió?

—Me miró —dijo Gilberto— con esa mirada suya que era directa hasta el punto de resultar incómoda, y me dijo: Yo sé lo que hago, Gilberto. Nadie me está moviendo. Yo decido a dónde voy y qué digo.

—¿Y usted le creyó?

—Le creí que lo creía —dijo Gilberto—. Que es diferente. Germán estaba convencido de su propia autonomía. Y esa convicción era real. Lo que no

podía ver era que su autonomía había sido diseñada desde afuera con suficiente cuidado como para parecer completamente suya.

Hizo una pausa y bebió un poco de agua.

—El día en que el nombre de Germán fue tachado de la lista operativa nadie lo anunció —continuó—. No hubo una reunión, no hubo una comunicación formal, no hubo ningún gesto que marcara el momento. Simplemente los recursos dejaron de llegar con la misma fluidez. Las sugerencias sobre las giras se volvieron menos frecuentes. Las llamadas del equipo de Tiberio espaciaron su ritmo. Y Germán, que había estado girando con la energía de una noria impulsada por una corriente externa, siguió girando por inercia durante un tiempo, levantando polvo, convocando a gente, hablando con esa voz suya que llegaba antes que el micrófono. Pero la corriente ya no lo empujaba.

—¿Y él lo advirtió?

—Demasiado tarde —dijo Gilberto—. Para cuando Germán entendió lo que había ocurrido, el proceso de sucesión estaba en su fase final y no había nada que hacer. La noria seguía girando, pero ya no extraía agua. Giraba sobre sí misma, sobre el eje de su propia energía, sin producir nada que no fuera el ruido de algo que alguna vez había funcionado y que ahora solo recordaba que había funcionado.

Jackson tomó la taza de café, descubrió que estaba vacía, la dejó sobre la mesa.

—¿Y usted? —preguntó—. ¿Usted le dijo lo que sabía cuándo todavía había tiempo?

Gilberto lo miró.

—No —dijo—. Y esa es una de las respuestas de esta declaración que más me cuesta dar. Porque no es que no lo supiera. Es que lo supe y no lo dije. Y la única razón honesta que puedo darle es que en ese momento todavía estaba calculando mis propias posibilidades, y advertir a Germán habría complicado esos cálculos. Eso es lo que hice. Calculé. Y mientras calculaba, Germán seguía girando sin saber que ya nadie lo necesitaba girar.

Se quedó en silencio un momento.

—La noria —dijo finalmente— es una máquina que solo tiene sentido cuando hay agua que extraer. Cuando el pozo se seca, la noria sigue siendo una noria. Pero es una noria inútil. Y lo más cruel de ese mecanismo es que la noria no lo sabe. Sigue girando de todas formas, con la misma dedicación, con el mismo esfuerzo, convencida de que en algún momento el agua volverá.

Levantó la vista hacia Jackson.

—Germán era la noria más honesta que he conocido —dijo—. Y eso no le sirvió de nada.

CAPÍTULO 5

La promesa del monte

Ciudad de México, primavera tardía

Jackson había pedido que le trajeran un sándwich. Lo comió sin ceremonias, con la practicidad de quien ha aprendido que las jornadas largas no esperan el hambre sino que la incorporan. Gilberto no comió nada. Bebió agua y observó al fiscal con la atención discreta de quien ha pasado años leyendo personas y no ha podido desprenderse del hábito aunque ya no le sirva para nada útil.

—Renato Monte Real —dijo Jackson, limpiándose la comisura de los labios con una servilleta de papel.

—Renato —dijo Gilberto, y en su tono había algo que no era exactamente respeto pero que se le parecía, el reconocimiento específico que se le da a un adversario que fue formidable aunque haya perdido—. Renato es el más difícil de explicar porque es el más fácil de malentender. La gente que lo conocía superficialmente lo veía como un tecnócrata frío, un hombre de números y procedimientos sin sustancia política real. Eso era un error. Renato tenía más sustancia política que cualquiera de los otros cinco. Lo que no tenía era el tipo correcto de sustancia para el momento que le tocó.

—¿Cuál era su tipo de sustancia?

—Institucional —dijo Gilberto—. Renato creía en las instituciones con la convicción de quien ha visto funcionar los mecanismos desde adentro y ha concluido que, con todos sus defectos, son lo único que separa el ejercicio del poder de su abuso puro. Creía en los contrapesos, en los procedimientos, en la legitimidad construida a través del proceso correcto. En otro momento histórico habría sido exactamente lo que el país necesitaba.

—¿Y en ese momento no lo era?

—En ese momento —dijo Gilberto— el sistema que él quería usar para llegar al poder ya había sido capturado por quienes controlaban ese poder. Las instituciones en las que confiaba seguían existiendo, tenían sus edificios, sus funcionarios, sus procedimientos. Pero sus resultados ya estaban determinados antes de que los procedimientos comenzaran. Renato lo sabía intelectualmente. Lo que no podía hacer era aceptarlo, porque aceptarlo significaba aceptar que todo lo que había construido durante veinte años descansaba sobre una base que ya no era lo que él creía que era.

Se levantó, fue hacia la ventana, miró hacia la calle un momento y regresó a su silla. Era un gesto que había adoptado sin darse cuenta, el mismo que hacía Jackson cuando procesaba información, y que ahora él mismo usaba para ordenar lo que iba a decir.

Lo conocí bien en la primera reunión del grupo, pero lo entendí en una tarde de mayo en el despacho de un senador afín cuyo nombre prefiero no

mentonar todavía. Era un despacho de los que huelen a papel impreso y a café de máquina, con los diplomas enmarcados en la pared y la bandera en el rincón, ese decorado universal de los espacios donde la política se ejerce sin que nadie lo llame por su nombre.

Renato llegó con una carpeta bajo el brazo y la actitud de quien viene a presentar resultados, no a pedir favores. Se paró frente al escritorio sin sentarse, como si la posición de pie le diera una ventaja que la silla le quitaría, y comenzó a exponer con la voz calibrada de quien ha aprendido que la convicción se transmite también a través del ritmo y la cadencia, no solo del contenido.

—El problema de la encuesta —dijo— no es el resultado. El problema es el diseño. Un proceso de selección interna que depende de una sola medición, aplicada en un solo momento, con una metodología que no ha sido auditada de manera independiente, no es un proceso. Es una apariencia de proceso. Y la diferencia entre las dos cosas no es semántica. Es jurídica.

El senador lo escuchaba con esa expresión que Gilberto había aprendido a identificar en los años anteriores: la expresión de quien procesa lo que escucha en dos niveles simultáneos, el nivel del contenido y el nivel del cálculo, y que en algún punto del discurso ha decidido en el nivel del cálculo y ya solo escucha el contenido por cortesía.

—¿Cuál sería la alternativa? —preguntó el senador.

—Una comisión de verificación independiente —dijo Renato—. Con representación de los seis equipos y con la facultad de auditar la metodología antes de que se aplique. No es una exigencia radical. Es un estándar mínimo de cualquier proceso que quiera llamarse democrático.

—¿Y los otros cinco están de acuerdo?

—Los que importan están considerándolo —dijo Renato, con una ambigüedad que era en sí misma una respuesta.

El senador asintió, prometió estudiarlo, dijo que era una propuesta interesante que merecía reflexión. Renato salió de ese despacho con la expresión de quien ha plantado una semilla en terreno que todavía no sabe si es fértil o estéril.

Afuera lo esperaba Gilberto, que lo había acompañado como parte de una coordinación que en ese momento todavía tenía sentido para ambos.

—¿Cómo te fue? —le preguntó Gilberto.

—Bien —dijo Renato—. No dijo que no.

—Tampoco dijo que sí.

—El que no dice que no deja una puerta abierta —respondió Renato—. Y mientras haya puertas abiertas, hay posibilidad.

Gilberto no respondió. Pensó que la diferencia entre él y Renato en ese momento era que él ya no creía en las puertas abiertas porque había aprendido que en ese sistema las puertas podían parecer abiertas y estar

cerradas desde adentro, y que la única manera de saberlo era intentar cruzarlas y descubrir la pared.

Pero no lo dijo.

En los pasillos del Senado, Renato era otra persona. No una persona diferente, sino la misma pero en su hábitat natural, en el entorno donde sus instrumentos tenían sentido y donde el idioma que hablaba era el idioma que todos entendían. Caminaba con una seguridad que no era arrogancia sino pertenencia, saludando a cada quien por su nombre con la precisión de un hombre que había cultivado esas relaciones durante años, que sabía el nombre de los asistentes y de los asistentes de los asistentes, que recordaba los cumpleaños y los aniversarios y los asuntos pendientes de las conversaciones anteriores.

—¿Cuándo entendió usted que el esfuerzo de Renato no iba a funcionar? —preguntó Jackson.

—Hubo un momento específico —dijo Gilberto—. Una tarde en que lo acompañé a una serie de reuniones en el Senado que él había organizado durante semanas con una meticulosidad que yo no le había visto antes, como si supiera que era su última oportunidad de mover el tablero y quisiera no dejar ningún detalle al azar.

Fueron cuatro reuniones en un mismo día. La primera, con un grupo de senadores del ala moderada del movimiento que Renato creía tener asegurados. La segunda, con dos senadores de un partido aliado que habían expresado en privado sus dudas sobre el proceso de selección. La tercera, con el titular de la comisión de gobernación, que tenía facultades para solicitar una revisión del procedimiento si un número suficiente de legisladores lo respaldaba. La cuarta, con un exfuncionario electoral que podía darle legitimidad técnica a la propuesta si decidía respaldarla públicamente.

Gilberto lo acompañó a las tres primeras. En las tres ocurrió lo mismo, con variaciones de forma pero no de fondo: los interlocutores escucharon, asintieron, expresaron simpatía con los argumentos, prometieron considerarlo con seriedad, y en ningún caso se comprometieron con nada concreto.

Después de la tercera reunión, en un pasillo donde la luz de la tarde entraba por unas ventanas altas y producía esa atmósfera dorada que hace que los edificios viejos parezcan más solemnes de lo que son, Renato se detuvo.

—¿Qué estás viendo que yo no estoy viendo? —le preguntó a Gilberto, sin voltear, mirando la luz en el suelo.

Gilberto dudó.

—¿A qué te refieres?

—Llevas todo el día con una expresión que no es de alguien que cree que esto va a funcionar —dijo Renato—. Y tú eres de los que ocultan bien lo que piensan. Si yo lo veo, es porque es muy evidente.

Gilberto pensó en la respuesta honesta. Pensó en lo que le debía a Renato y en lo que le debía a sus propios cálculos. Pensó en Tiberio y en lo que Tiberio le había dicho sobre el archivo muerto. Pensó en Sonia y en la sonrisa que había visto esa noche en el restaurante sin nombre.

—Creo que las puertas que estás tocando ya están cerradas —dijo finalmente.

Renato lo miró.

—¿Desde cuándo?

—Desde antes de que empezaras a tocarlas.

Hubo un silencio que se extendió más de lo que ninguno de los dos esperaba. Afuera, en el patio interior del Senado, alguien cruzaba con pasos que resonaban en la piedra con esa claridad de los espacios donde el sonido viaja sin obstáculos.

—¿Y me lo dices ahora? —dijo Renato, con una voz que no era acusatoria sino genuinamente inquisitiva, la voz de quien quiere entender más que reprochar.

—Te lo digo ahora porque me lo preguntaste —respondió Gilberto—. Antes no me lo preguntaste.

—¿Lo habrías dicho si te lo hubiera preguntado antes?

Gilberto consideró la pregunta con la honestidad que se había prometido a sí mismo cuando firmó el acuerdo de cooperación.

—No lo sé —dijo—. Probablemente no.

Renato asintió lentamente, como quien incorpora una información que confirma algo que ya sospechaba.

—¿Qué tan cerradas están? —preguntó.

—Lo suficiente como para que ninguna de las reuniones de hoy cambie nada.

—¿Y la de mañana?

—Tampoco.

Renato guardó silencio durante un momento largo. Luego dijo algo que Gilberto recordaría con precisión porque era la frase más honesta que le había escuchado en todos los meses que llevaban en ese proceso.

—Sabes cuál es el problema de creer en las instituciones —dijo—. Que cuando las instituciones fallan, no tienes otro marco de referencia. No tienes la calle, como Germán. No tienes el pragmatismo puro, como Tiberio. No tienes la estructura de poder, como Sonia. Solo tienes los procedimientos. Y cuando los procedimientos están capturados, te quedas sin nada.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Gilberto.

—Lo que corresponde —dijo Renato, y en esa frase había algo que sonaba a resignación pero que en realidad era otra cosa: era la respuesta de un hombre que había construido toda su identidad sobre la idea de hacer lo correcto dentro del marco existente, y que seguía creyendo en ese principio aunque el marco ya no funcionara—. Voy a seguir hasta el final del proceso. Con o sin posibilidades reales. Porque si me retiro antes, le doy la razón a quienes dicen que el proceso es una farsa. Y si participo hasta el final, al menos queda registro de que alguien intentó hacerlo bien.

—¿Aunque no cambie nada?

—Aunque no cambie nada —confirmó Renato—. El registro importa. No ahora. Quizás nunca. Pero importa de todas formas.

En la habitación de la Fiscalía, Jackson dejó de escribir y miró a Gilberto con una expresión que era difícil de interpretar.

—¿Usted respeta eso? —preguntó.

—Lo respeto —dijo Gilberto—. Y al mismo tiempo entiendo que fue exactamente esa convicción la que lo dejó solo en el momento decisivo. La noche de la votación sobre la comisión de verificación, los senadores que le habían prometido su apoyo no aparecieron. No enviaron mensajes, no explicaron su ausencia, no ofrecieron ninguna disculpa posterior. Simplemente no estuvieron. Y Renato esperó en su curul hasta que fue evidente que el quórum no se iba a completar, y luego salió del Senado con la misma dignidad con que había entrado, que era lo único que nadie le podía quitar porque era lo único que no dependía de los demás.

Lo encontré esa noche en un pasillo oscuro del edificio, después de que la mayoría ya había salido. Estaba parado frente a una ventana que daba al estacionamiento, mirando los autos que salían uno a uno, con la expresión de alguien que ha llegado al final de un argumento y descubre que el argumento era sólido pero la premisa era falsa.

—¿Sabías que no iban a venir? —me preguntó, sin voltear.

—Lo sospechaba —admití.

—¿Y no dijiste nada?

—Ya habíamos tenido esa conversación en el pasillo —dije—. No tenía nada nuevo que agregar.

Renato asintió sin decir nada más. Siguió mirando el estacionamiento. Gilberto se quedó un momento a su lado, en ese silencio que no necesitaba llenarse porque ya contenía todo lo que los dos sabían y ninguno necesitaba decir.

Luego Gilberto se fue.

Y Renato se quedó.

En la habitación de la Fiscalía, Jackson cerró la libreta por primera vez en toda la mañana.

—¿Qué fue de él después? —preguntó.

—Renato participó en el proceso hasta el final —dijo Gilberto—. Con una corrección que nadie le reconoció y que quizás no merecía reconocimiento porque en ese contexto la corrección era casi un lujo, pero que de todas formas estuvo ahí, visible para quien quisiera verla. Cuando se anunció el resultado y quedó claro que Sonia era la elegida, Renato fue el primero de los cinco en enviarle una nota de reconocimiento. Formal, breve, sin adornos. La nota de alguien que ha perdido y sabe que ha perdido y decide que eso no lo autoriza a comportarse de manera distinta a como siempre se ha comportado.

—¿Y eso le parece admirable?

—Me parece humano —dijo Gilberto—. En el mejor sentido de la palabra. Que es también, en ese entorno, el sentido más inútil.

Hizo una pausa y miró sus manos sobre la mesa.

—El monte que Renato intentó construir —dijo— era real. Tenía cimientos, tenía estructura, tenía una lógica que en otro terreno habría sostenido lo que él quería construir. El problema es que lo construyó sobre un suelo que ya estaba cediendo antes de que pusiera la primera piedra. Y los montes que se construyen sobre suelo que cede no caen de golpe. Se desmoronan. Despacio, silenciosamente, sin el dramatismo de los derrumbes espectaculares. Y cuando terminas de ver que ya no queda nada en pie, ya pasó tanto tiempo que nadie recuerda cómo era antes de que empezara a derrumbarse.

—¿Usted lo recuerda?

Gilberto lo miró.

—Por eso estoy aquí contándolo —dijo.

CAPÍTULO 6

La mesa sin iguales

Ciudad de México, verano

Jackson había reabierto la libreta. Era ya la tercera que usaba desde que comenzó la declaración, y Gilberto había observado con una atención que no podía evitar cómo el fiscal llenaba las páginas con una escritura pequeña y regular que no miraba mientras escribía, como si sus manos y sus ojos operaran en circuitos independientes. Era una habilidad que Gilberto reconocía. La había visto en Sonia, con su libreta impecable. La diferencia era que Jackson escribía para construir un caso y Sonia escribía para construir poder, y esa diferencia, aunque pareciera menor, lo cambiaba todo.

—La cena —dijo Gilberto, antes de que Jackson lo preguntara.

—La cena —confirmó Jackson.

—La cena en la residencia oficial fue el momento en que entendí que el proceso había terminado antes de terminar. No porque ocurriera algo dramático. Sino precisamente porque no ocurrió nada dramático, y esa ausencia de dramatismo era la señal más clara de que todo estaba decidido.

La invitación llegó un martes por la tarde, firmada por el secretario particular del Gran Arquitecto, con el membrete oficial y el tono de las comunicaciones que no son invitaciones sino convocatorias disfrazadas de invitaciones. Decía cena de trabajo en la residencia, viernes a las nueve, atuendo formal, confirmación requerida antes del jueves al mediodía. Los seis confirmaron. Era impensable no confirmar.

Gilberto llegó puntual. El portón de la residencia estaba abierto con esa apertura controlada de los lugares que reciben con protocolo, donde cada persona que entra es registrada, evaluada y conducida al lugar que le corresponde sin que ninguno de esos procesos sea visible para quien los experimenta. Un asistente lo esperaba en la entrada, lo llamó por su nombre sin preguntárselo, y lo condujo por un corredor que olía a cera y a flores frescas hacia el salón principal.

Los otros ya estaban llegando. Sonia fue la primera, como siempre, y ya estaba en una esquina del salón conversando con la esposa del Gran Arquitecto con esa naturalidad de quien ha estado en ese espacio muchas veces y sabe exactamente qué hacer con el cuerpo y con la voz en cada rincón.

Mariano llegó casi al mismo tiempo que Gilberto, se ajustó los puños de la camisa en el umbral, respiró una vez antes de entrar, ese gesto que Gilberto ya conocía y que significaba que Mariano estaba preparándose para una actuación que le costaba más de lo que parecía.

Germán llegó con cinco minutos de retraso, lo que en ese entorno era una declaración aunque probablemente no fuera intencional, y entró con la incomodidad específica de quien lleva traje formal sin haberlo elegido, como si la ropa le perteneciera a otro y él la estuviera usando prestada.

Tiberio llegó exactamente en el momento en que el asistente anunció que el Gran Arquitecto bajaría en diez minutos, como si hubiera calculado su entrada para coincidir con ese anuncio, lo que probablemente era exactamente lo que había hecho. Renato llegó el último, saludó a cada uno con la precisión de siempre, y ocupó su lugar con la serenidad de quien ha decidido de antemano qué actitud va a sostener durante toda la noche.

El salón era grande sin ser ostentoso, con esa elegancia funcional de los espacios oficiales que necesitan impresionar sin parecer que lo intentan. La mesa estaba dispuesta para doce, aunque solo eran ocho incluyendo al Gran Arquitecto y a dos funcionarios de su círculo más cercano cuya presencia no había sido mencionada en la invitación y que se sentaron en lugares que claramente les habían sido asignados con anterioridad.

—¿Quiénes eran esos dos funcionarios? —interrumpió Jackson.

—Uno era el coordinador de la campaña del movimiento —dijo Gilberto—. El otro era el responsable de las finanzas de la coalición. Su presencia en esa mesa, sin previo aviso, fue la primera señal de la noche. No eran parte del proceso de selección. Eran parte de lo que venía después del proceso de selección. Y su presencia significaba que alguien ya había decidido que lo que venía después ya podía comenzar a organizarse.

La disposición de los lugares no era casual. Nunca lo era en ese entorno. Sonia quedó a la derecha del Gran Arquitecto, el lugar que en cualquier mesa formal del mundo significa lo que significa sin que nadie necesite explicarlo. Mariano quedó en el extremo opuesto, más lejos del centro de lo que la geometría de la mesa requería, como si la distancia física fuera un recordatorio de otra distancia que todos percibían pero nadie nombraba. Tiberio quedó en un lugar lateral, no en la periferia pero sí fuera del eje principal, desde donde podía ver a todos sin que nadie lo tuviera directamente en el campo visual. Gilberto quedó entre Germán y Renato, que era exactamente el lugar de quien no es ni el más relevante ni el más irrelevante, el lugar del que observa sin ser observado.

—¿Y el menú? —preguntó Jackson, con una ligera ironía que Gilberto no esperaba del fiscal.

—El menú era absurdamente elaborado —dijo Gilberto, con algo que en otro contexto habría sido una sonrisa—. Ese tipo de cena donde hay cinco cubiertos por lugar y tres copas distintas y los platillos llegan en un orden que nadie había pedido pero que alguien había diseñado con una atención al detalle que resultaba casi obscena considerando para qué servía esa mesa en realidad. Nadie comió de verdad. Todos interpretaron comer. Hay una diferencia.

El Gran Arquitecto llegó a las nueve y veintitrés. No a las nueve, que era la hora de la convocatoria, sino a las nueve y veintitrés, que era exactamente el tiempo suficiente para que todos hubieran estado esperando el tiempo suficiente. Entró sin anunciarse, como siempre, y recorrió la mesa con una mirada que no era revisión sino confirmación: todos estaban donde debían estar.

—Gracias por venir —dijo, sentándose, con el tono de quien agradece genuinamente aunque todos en la mesa supieran que no había otra opción que venir—. Esta noche no es una reunión de trabajo. Es una cena. Que disfrutemos.

Y durante la primera hora, efectivamente, fue una cena. Conversación ligera, anécdotas, el tipo de humor que circula en esos ambientes y que siempre es gracioso en la medida exacta en que el hombre más poderoso de la mesa lo encuentra gracioso. El Gran Arquitecto era buen anfitrión. Sabía cuándo hablar y cuándo escuchar, cuándo incluir a cada quien y cuándo dejar que la conversación fluyera sin intervención. Era una habilidad que Gilberto había admirado desde el principio y que ahora,

desde la distancia de la Fiscalía de Nueva York, reconocía como parte del mismo mecanismo que todo lo demás.

Fue hacia el tercer platillo cuando el Gran Arquitecto hizo la pregunta.

—¿Qué piensan que le falta al movimiento para consolidarse en el siguiente sexenio?

Era una pregunta abierta, formulada con la ligereza de la sobremesa, pero que nadie en esa mesa procesó como una pregunta de sobremesa. Era una prueba. No de conocimiento sino de posicionamiento. La respuesta que cada uno diera diría más sobre cómo se veían a sí mismos en relación con lo que venía que sobre su diagnóstico real del movimiento.

Sonia respondió primero, sin que nadie le cediera el turno explícitamente.

—Continuidad con ajuste —dijo—. Lo que funciona debe consolidarse. Lo que no funciona debe reformarse sin abandonar los principios. El movimiento tiene una base social real que no se construyó en un sexenio y que no puede perderse por cambios de rumbo que la gente perciba como traición.

Era una respuesta perfecta en su ambigüedad. Decía todo y no comprometía nada. Gilberto observó que el Gran Arquitecto asintió con una expresión que no era de acuerdo sino de reconocimiento, la expresión de quien escucha lo que esperaba escuchar.

Mariano respondió después.

—Institucionalización —dijo—. El movimiento necesita dejar de depender de liderazgos individuales y construir estructuras que funcionen independientemente de quién esté al frente. Eso es lo único que garantiza que lo que hemos construido sobreviva más allá de las personas.

Era también una buena respuesta. Técnicamente sólida, políticamente razonable. Y completamente equivocada para ese momento, porque lo que Mariano estaba proponiendo era exactamente lo contrario de lo que el Gran Arquitecto había construido durante años: un sistema que dependía de manera deliberada del liderazgo personal porque esa dependencia era la fuente de su control.

El Gran Arquitecto asintió con la misma expresión. Gilberto notó que era la misma expresión para las dos respuestas. Lo que significaba que no era una expresión de evaluación sino de cortesía.

Germán tardó en responder. Se limpió la boca con la servilleta, la colocó sobre la mesa, y dijo:

—Hambre.

Hubo un silencio.

—¿Perdón? —dijo el coordinador de campaña.

—Hambre —repitió Germán—. Lo que le falta al movimiento es no olvidar el hambre. No la hambre como concepto o como estadística. El hambre real, la que tiene nombre y dirección y lleva tres años esperando que alguien le

responda un trámite. Mientras sigamos hablando del movimiento como si fuera un proyecto político y no una deuda con la gente que confió en nosotros, vamos a seguir perdiendo lo único que nos hizo ganar: la confianza de los que no tienen nada más que confiar.

El silencio que siguió fue de una naturaleza distinta al anterior. No era el silencio de la sorpresa sino el silencio de la incomodidad que produce alguien que introduce en una mesa elegante una realidad que esa mesa ha sido diseñada para mantener afuera.

El Gran Arquitecto miró a Germán durante un momento que se extendió más de lo que la cortesía recomendaba.

—Bien dicho —dijo finalmente, con un tono que era imposible de descifrar.

Renato respondió con la precisión de siempre, hablando de marcos normativos y contrapesos institucionales, y Gilberto respondió con algo tan cuidadosamente neutro que al día siguiente ya no recordaba exactamente qué había dicho, lo que probablemente era el indicador más honesto de su situación real en esa mesa.

Después de los postres, cuando las cámaras que habían registrado parte de la cena para los archivos del movimiento fueron retiradas discretamente, la residencia cambió de naturaleza. Es algo que Gilberto había observado en otros eventos de ese tipo: el momento en que las cámaras desaparecen produce una relajación visible en los cuerpos, como si todos hubieran estado sosteniendo algo que ahora pueden soltar. Los espacios de tránsito adquieren otra densidad. Las conversaciones en los pasillos, en el jardín, junto a la fuente que esa noche funcionaba, se liberan de la vigilancia directa aunque no de sus consecuencias.

Fue en el jardín donde Renato encontró a Gilberto.

—Necesito hablar contigo —dijo, con una urgencia que contrastaba con el tono que había sostenido durante toda la cena.

Se alejaron hacia un rincón donde los arbustos formaban una especie de paréntesis natural que los separaba del resto del grupo.

—Hay una posibilidad —dijo Renato, en voz baja—. Si los dos nos coordinamos en los próximos días, si presentamos una propuesta conjunta sobre el proceso de verificación que tenga respaldo de al menos cuatro senadores, podemos forzar una revisión antes de que la encuesta se aplique. No es suficiente para cambiar el resultado si ya está decidido, pero crea un precedente y deja constancia de que el proceso fue cuestionado.

—¿Para qué sirve eso? —preguntó Gilberto.

—Sirve para el futuro —dijo Renato—. Sirve para que cuando todo esto termine y la gente empiece a preguntarse cómo ocurrió, haya un registro de que no todos lo aceptamos sin cuestionarlo.

Gilberto lo miró. Pensó en Tiberio y en la conversación sobre el archivo muerto. Pensó en Sonia y en la sonrisa de la cena del restaurante sin nombre. Pensó en sus propias posibilidades, que para ese momento ya eran

tan escasas que la diferencia entre apoyar a Renato o no apoyarlo era casi irrelevante en términos prácticos.

—Voy a pensarlo —dijo.

—No hay mucho tiempo para pensar —respondió Renato.

—Lo sé —dijo Gilberto.

No lo apoyó. Lo pensó durante tres días y al final no lo apoyó, y esa decisión es una de las que carga con más peso desde que firmó el acuerdo de cooperación, no porque hubiera cambiado el resultado sino porque era la última oportunidad que tuvo de elegir algo distinto a lo que el sistema esperaba que eligiera, y eligió lo que el sistema esperaba.

De regreso al salón, Gilberto encontró al Gran Arquitecto parado solo en el balcón, mirando el jardín con las manos apoyadas en el barandal. Era un momento inusual, el Gran Arquitecto solo era una imagen que raramente se producía, y Gilberto dudó si acercarse o no.

Se acercó.

—¿Cómo lo ve? —le preguntó Gilberto, sin precisar el objeto de la pregunta porque en ese contexto el objeto era obvio.

El Gran Arquitecto lo miró de costado, sin voltearse completamente.

—Lo veo como siempre lo he visto —dijo—. Con claridad.

—¿Y qué ve con claridad?

—Que los procesos tienen una lógica propia —dijo el Gran Arquitecto—. Que uno puede guiarlos pero no controlarlos del todo. Que siempre hay un momento en que el proceso decide por sí mismo.

—¿Y este proceso ya decidió?

El Gran Arquitecto lo miró entonces de frente, con esa mirada que era directa sin ser confrontacional, la mirada de alguien que ha respondido esa pregunta muchas veces en muchos formatos y que sabe exactamente cuánto revelar y cuánto guardar.

—Los procesos siempre deciden —dijo—. La pregunta es si uno está del lado correcto cuando deciden.

Volvió a mirar el jardín. Gilberto entendió que la conversación había terminado aunque ninguno de los dos lo hubiera declarado.

Regresó al salón. Buscó a Germán, que estaba en un rincón con la corbata ligeramente aflojada, el único gesto de incomodidad que se había permitido en toda la noche, hablando con uno de los asistentes de la residencia sobre algo que Gilberto no alcanzó a escuchar pero que hizo que el asistente sonriera con una naturalidad que contrastaba con la rigidez protocolar que había mantenido durante toda la velada.

Eso también era Germán, pensó Gilberto. El único de los seis que al final de la noche estaba hablando con el asistente y no con el anfitrión.

En la habitación de la Fiscalía, Jackson había llenado varias páginas sin pausa.

—¿Qué ocurrió al final de la cena? —preguntó.

—Nos despedimos con la cordialidad de rigor —dijo Gilberto—. Handshakes, palabras amables, promesas de seguimiento que nadie iba a cumplir. El Gran Arquitecto despidió a cada uno con la misma calidez, lo que era también una señal: cuando alguien trata a todos exactamente igual en una situación donde no todos son iguales, esa igualdad es una forma de decir que la diferencia ya no importa porque ya fue resuelta en otra parte.

—¿Y las sillas vacías?

—¿Perdón?

—Usted mencionó antes que las sillas vacías al final de la noche anticipaban algo.

Gilberto lo miró. Había olvidado que eso estaba en el capitulado original, en la versión que él mismo había escrito en algún momento anterior a todo esto.

—Los lugares de Mariano y Germán estaban vacíos cuando el Gran Arquitecto hizo el brindis final —dijo—. Mariano había salido antes con el pretexto de una llamada urgente que todos sabíamos que no era urgente. Germán simplemente había desaparecido en algún momento de la noche sin que nadie pudiera precisar exactamente cuándo. Sus sillas vacías en el momento del brindis no eran un accidente. Eran una imagen. Y las imágenes en ese entorno siempre son información.

—¿Información para quién?

—Para todos los que estaban mirando —dijo Gilberto—. Y en esa mesa, todos estaban mirando todo el tiempo. Esa es la única actividad que se realiza sin interrupción en una cena como esa: mirar. Comer es opcional. Hablar es estratégico. Pero mirar es constante. Y lo que se vio esa noche, con Sonia a la derecha del Gran Arquitecto y dos sillas vacías en el lado opuesto de la mesa, era suficientemente claro para quien quisiera verlo.

Hizo una pausa.

—Yo lo vi —dijo—. Y lo anoté mentalmente con la precisión de quien sabe que está viendo algo que va a necesitar recordar. Lo que no hice fue actuar en consecuencia. Porque actuar en consecuencia habría requerido una valentía que esa noche no tuve, y que probablemente nunca tuve en la medida que la situación requería.

—¿Qué habría requerido esa valentía?

Gilberto pensó en la respuesta durante un momento.

—Levantarme de esa mesa —dijo—. Decirle al Gran Arquitecto, frente a todos, que lo que estaba ocurriendo no era un proceso sino una coronación, y que yo no iba a seguir siendo parte de la escenografía. Eso habría requerido esa valentía.

—¿Y no lo hizo.

—No lo hice —confirmó Gilberto—. Me quedé. Brindé. Aplaudí en el momento correcto. Salí por la puerta principal con los demás. Y en el trayecto de regreso a mi casa, mirando por la ventana del auto las calles vacías de la madrugada, pensé que todavía había tiempo. Que el proceso no había terminado. Que todavía había algo que hacer.

Miró a Jackson.

—No había nada que hacer —dijo—. Y lo sabía. Pero es más fácil vivir con una mentira pequeña que con una verdad que exige algo que uno no está dispuesto a dar.

CAPÍTULO 7

La emboscada del jabalí

Ciudad de México, verano tardío

La asistente entró con una jarra de agua fresca y la dejó sobre la mesa sin decir nada. Jackson le hizo un gesto de agradecimiento que ella no vio porque ya había salido. Gilberto llenó su vaso, bebió, dejó el vaso sobre la mesa y lo giró lentamente entre los dedos como si en ese movimiento circular pudiera ordenar lo que iba a decir a continuación.

—Este capítulo me cuesta más que los anteriores —dijo.

—¿Por qué?

—Porque en los anteriores yo era testigo. En este soy participante. Y hay una diferencia moral entre ver lo que ocurre y ser parte de lo que ocurre que no se resuelve con el tiempo ni con la distancia.

Jackson no dijo nada. Esperó.

—La filtración del expediente —dijo Gilberto— no fue una decisión de Mariano solamente. Yo estuve involucrado. No en el centro, no como autor principal, pero estuve. Ayudé a verificar parte de la información, facilité un contacto con el periodista, no dije nada cuando debí haber dicho que era una trampa. Eso me convierte en parte de lo que ocurrió, y eso es lo que más me costó escribir cuando preparé esta declaración.

—¿Por qué no lo detuvo?

Gilberto lo miró.

—Porque en ese momento todavía creía que podía funcionar —dijo—. O quizás porque quería creer que podía funcionar. Que es diferente y es peor. Querer creer es una forma de autoengaño que resulta conveniente mientras dura y devastador cuando termina.

Mariano lo llamó un domingo por la mañana, que ya era inusual porque Mariano respetaba los domingos con la rigidez de quien sabe que sin ese límite el trabajo se expande hasta ocuparlo todo. Gilberto estaba desayunando cuando sonó el teléfono, y algo en el tono de la llamada,

antes de que Mariano dijera una sola palabra, le dijo que el domingo había terminado.

—Necesito verte hoy —dijo Mariano.

—¿Qué pasó?

—Nada todavía. Pero va a pasar. Y necesito que estés informado antes de que pase.

Se encontraron en el departamento de Mariano, que era un lugar que Gilberto había visitado pocas veces y que siempre le había parecido revelador: ordenado con la precisión de quien controla su entorno porque no puede controlar todo lo demás, con libros organizados por tema y por tamaño, con los documentos de trabajo en carpetas etiquetadas con una claridad que contrastaba con el caos que en ese momento dominaba el proceso político en el que ambos estaban inmersos.

Mariano lo esperaba en la sala con tres carpetas sobre la mesa de centro y una expresión que Gilberto no le había visto antes: no era la expresión del hombre seguro de sí mismo que negociaba en Europa con embajadores y empresarios, ni la del hombre cansado de la noche en el hotel de Berlín. Era algo anterior a las dos: la expresión del hombre que ha tomado una decisión y todavía no sabe si es la correcta pero sabe que ya no puede no tomarla.

—Siéntate —dijo.

Gilberto se sentó. Miró las carpetas sin tocarlas.

—¿Qué es eso?

—Es la razón por la que voy a ganar o la razón por la que me van a destruir —dijo Mariano—. Todavía no sé cuál de las dos.

Abrió la primera carpeta y la deslizó sobre la mesa hacia Gilberto. Era un conjunto de transferencias bancarias, con fechas, montos y cuentas de destino. Los montos eran considerables. Las fechas coincidían con los períodos previos a las dos últimas elecciones en que el movimiento había participado. Las cuentas de destino llevaban a estructuras societarias que, con el trabajo de rastreo que alguien había hecho y que estaba documentado en las páginas siguientes, terminaban vinculadas a personas muy específicas dentro del círculo más cercano al Gran Arquitecto.

—¿De dónde salió esto? —preguntó Gilberto.

—De alguien que ya no está en el movimiento y que tiene razones muy concretas para querer que esto salga a la luz —dijo Mariano—. No te voy a dar el nombre. Pero te digo que la fuente es verificable y que los documentos son auténticos. Los hice revisar por dos personas independientes.

—¿Auténticos cómo?

—Auténticos en el sentido de que no fueron fabricados —dijo Mariano—. Las transferencias ocurrieron. Las cuentas existen. Los vínculos son rastreables.

Lo que alguien podría cuestionar es la interpretación, pero la interpretación también está documentada.

Gilberto hojeó las páginas con la atención de quien lee buscando el error, el detalle que no cuadra, la inconsistencia que delatara una fabricación. No encontró ninguno. Lo que encontró fue exactamente lo que Mariano describía: documentación sólida, meticulosamente organizada, de algo que claramente había ocurrido y que claramente nadie quería que se supiera.

—¿Qué vas a hacer con esto? —preguntó.

—Filtrarlo —dijo Mariano, con la simplicidad de quien ha agotado ya todas las alternativas—. A un periodista que conozco, que tiene reputación, que va a verificar todo antes de publicar y que no va a ceder a ninguna presión para no publicar. Lo he hablado con él. Está de acuerdo.

—¿Cuándo?

—Esta semana. Antes de que la encuesta se aplique.

Gilberto colocó la carpeta sobre la mesa. Miró a Mariano. Pensó en Tiberio. Pensó en la manera en que Tiberio había descrito su propio método: no bloquear, no confrontar, dejar fluir. Pensó en que un expediente de ese tipo, si Tiberio lo conocía, podía haber sido dejado existir precisamente para que llegara a ese momento.

—¿Estás seguro de que nadie más sabe que tienes esto? —preguntó.

—La fuente es confiable —dijo Mariano.

—No te pregunté si la fuente es confiable. Te pregunté si estás seguro de que nadie más sabe que tienes esto.

Mariano lo miró durante un momento.

—No puedo estar seguro de eso —admitió.

—Entonces hay una posibilidad de que esto sea una trampa —dijo Gilberto.

—Hay una posibilidad de que todo sea una trampa —respondió Mariano—. Eso no es un argumento para no hacer nada. Si esperamos la certeza absoluta de que no es una trampa, no hacemos nada nunca, y el resultado es exactamente el mismo que si caemos en la trampa.

Era un argumento sólido. Era también, Gilberto lo entendería después, exactamente el tipo de argumento que una trampa bien diseñada produce: uno que suena irrefutable porque sus premisas son reales aunque su conclusión sea falsa.

—¿Qué necesitas de mí? —preguntó Gilberto.

—Necesito que verifiques dos de los vínculos societarios —dijo Mariano—. Tienes acceso a registros que yo no tengo. Y necesito el contacto directo con el periodista, porque si el primer acercamiento viene de mí hay demasiada huella.

Gilberto debió decir que no. Lo sabe ahora con la claridad de quien tiene el beneficio de la retrospectiva y el peso de lo que ocurrió después. Debió

decir que no, salir del departamento de Mariano, llamar a nadie, y dedicar el resto del domingo a cualquier cosa que no fuera lo que estaba a punto de hacer.

No lo hizo.

—Dame hasta mañana para revisar los vínculos —dijo.

Mariano asintió.

—El contacto con el periodista —continuó Gilberto— lo manejo a través de un intermediario. Sin que mi nombre aparezca en ningún momento.

—De acuerdo.

—Y Mariano —dijo Gilberto, y esperó a que el otro lo mirara de frente—. Si esto sale mal, yo no estuve aquí.

Mariano lo miró durante un momento con una expresión que no era reproche sino reconocimiento, el reconocimiento de quien entiende exactamente lo que está escuchando y decide aceptarlo porque no tiene otra opción.

—Entendido —dijo.

En la habitación de la Fiscalía, Jackson había dejado de escribir.

—¿Y los vínculos que verifiqué? —preguntó.

—Eran reales —dijo Gilberto—. Eso fue lo que me convenció de seguir adelante. Que todo era verificable, que los documentos eran sólidos, que el periodista era serio. Todo apuntaba a que era una operación legítima con posibilidades reales de cambiar el escenario.

—¿Y Tiberio?

—Tiberio sabía —dijo Gilberto—. Eso lo entendí después, cuando ya no había nada que hacer. Tiberio sabía desde el principio que Mariano tenía el expediente. Sabía que la fuente que se lo había entregado era alguien que él mismo había posicionado estratégicamente para que llegara a Mariano en el momento correcto. El expediente era real, fiscal. Eso es lo que hacía la operación brillante y perversa al mismo tiempo. No era una falsificación. Era información auténtica, entregada en el momento correcto, a la persona correcta, para que hiciera con ella exactamente lo que hizo.

—¿Para qué servía que Mariano filtrara información real?

—Porque la narrativa importa más que los hechos —dijo Gilberto—. Mariano filtró información real sobre irregularidades reales. Pero la narrativa que se instaló no fue la del funcionario que expone la corrupción. Fue la del candidato desesperado que usa la guerra sucia porque ve que pierde. Y esa narrativa, una vez instalada, era imposible de desmontar. Porque la gente no recuerda los detalles. Recuerda la imagen. Y la imagen de Mariano después de la filtración no era la del hombre de principios. Era la del hombre que había roto las reglas del proceso.

—¿Y la información? ¿Las transferencias, los vínculos?

—Quedaron en los archivos del periodista —dijo Gilberto—. El periodista publicó, pero publicó la versión que resultaba más comprometedor para Mariano que para los que Mariano intentaba exponer. No porque el periodista fuera deshonesto. Sino porque alguien, antes de que el artículo se publicara, había provisto al mismo periodista de información adicional que reencuadraba todo el expediente en una dirección distinta.

—¿Tiberio.

—Tiberio —confirmó Gilberto—. Nunca lo pude demostrar entonces. Ahora lo puedo demostrar, y parte de lo que estoy aquí declarando son los detalles de cómo ocurrió. Pero en ese momento lo único que vi fue el resultado: el artículo salió, Mariano quedó expuesto, y la referencia del Gran Arquitecto a las ambiciones vulgares en una reunión de otro tipo tres días después no necesitó nombres para que todos supieran a quién se refería.

—¿Y usted?

—Yo no existí en ninguna parte de ese proceso —dijo Gilberto—. El intermediario funcionó. Mi nombre no apareció. Y eso que en el momento me pareció una precaución razonable ahora me parece exactamente lo que era: cobardía administrada con eficiencia.

La caída de Mariano no fue un derrumbe espectacular sino una erosión. Lenta, silenciosa, construida de pequeñas retiradas: las llamadas que tardaban más en responderse, las reuniones que se postergaban sin re-agendarse, los saludos en los pasillos del Palacio que se volvían más breves y más formales hasta que dejaron de ser saludos y pasaron a ser reconocimientos, y luego dejaron de ser reconocimientos y pasaron a ser nada.

Gilberto lo vio tres semanas después de la filtración, en un café que quedaba a dos cuadras del Senado y que ninguno de los dos frecuentaba, lo que probablemente era la razón por la que Mariano lo había elegido. Llegó puntual, con el traje que usaba para las reuniones importantes y una expresión que no era derrota sino algo anterior a la derrota: la conciencia de que la derrota ya ocurrió y que el cuerpo todavía no ha procesado del todo lo que eso significa.

Pidió agua. No café, no nada más. Agua.

—¿Sabías que era una trampa? —le preguntó a Gilberto, sin preámbulo, sin hostilidad, con la voz de quien hace una pregunta porque necesita la respuesta y no porque quiera confirmar una acusación.

—Lo sospeché —dijo Gilberto.

—¿Y no me lo dijiste.

—Te dije que había una posibilidad de que fuera una trampa.

—Me dijiste que había una posibilidad —repitió Mariano—. No me dijiste que era probable. No me dijiste que Tiberio ya lo sabía. No me dijiste que si lo hacía iba a quedar peor que si no lo hacía.

—No tenía certeza de nada de eso en ese momento.

—¿Pero lo sospechabas?

Gilberto miró el vaso de agua que tenía frente a él. Pensó en la respuesta honesta, que era la única que Mariano merecía aunque ya no le sirviera para nada.

—Lo sospechaba —dijo.

Mariano asintió lentamente. Tomó su vaso de agua, bebió, lo dejó sobre la mesa con un gesto que era casi idéntico al de Gilberto: el gesto de quien sostiene algo frágil con más cuidado del necesario porque en ese momento es lo único que puede controlar.

—¿Sabes qué es lo más extraño? —dijo—. Que no estoy enojado contigo. Debería estarlo. Tengo todos los motivos para estarlo. Pero no lo estoy. Estoy enojado con el sistema, que es más abstracto y más difícil de sostener, y cansado de mí mismo, que es lo más difícil de todo. Porque al final la decisión fue mía. Tú me advertiste que podía ser una trampa y yo decidí seguir adelante. Eso es mío. No puedo ponérselo a nadie más.

—Yo debí haberte dicho más claramente que no lo hicieras.

—Sí —dijo Mariano—. Debiste. Pero yo también debí escucharte más claramente cuando me lo dijiste. Los dos fallamos en lo mismo: en decir lo que sabíamos cuando todavía había tiempo de que importara.

Se quedaron en silencio durante un momento. Afuera, por el vidrio del café, pasaba la ciudad con su normalidad intacta, sus personas que no sabían lo que se hablaba adentro, sus taxis y sus vendedores y sus semáforos que cambiaban de color con la indiferencia de los mecanismos que no necesitan audiencia para funcionar.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Gilberto.

—Lo que me queda —dijo Mariano—. Participar en el proceso hasta el final con la dignidad que me sea posible sostener. No subir al estrado cuando anuncien el resultado si el resultado es el que creo que va a ser. Y después de eso, no sé. Todavía no llegué a ese punto.

—¿Y el expediente?

—El expediente existe —dijo Mariano—. En algún momento va a importar. Quizás no ahora. Quizás no en este país. Pero en algún momento.

En la habitación de la Fiscalía, Gilberto miró a Jackson con una expresión que el fiscal no había visto antes en toda la mañana: algo que se parecía al alivio, aunque no fuera exactamente eso.

—El expediente —dijo Gilberto— es parte de lo que estoy declarando hoy. Los documentos que Mariano tenía, y los documentos adicionales que yo conseguí después, cuando ya no había ninguna razón para seguir callando, son parte del material que entregué al Departamento de Justicia cuando firmé el acuerdo de cooperación. Eso es lo que hace que esta declaración

sea posible y lo que hace que la declaración importe más allá de mi historia personal.

—¿Y Mariano? —preguntó Jackson—. ¿Sabe usted que también está siendo investigado?

—Lo sé —dijo Gilberto—. Y si hay algo que puedo hacer para que su situación sea considerada con el contexto completo, con toda la información sobre cómo fue usado y sobre los mecanismos que lo condujeron adonde fue conducido, espero que esta declaración sirva para eso también. No porque sea inocente de todo. Sino porque su culpa, si la tiene, es menor y distinta a la de quienes diseñaron el proceso que lo destruyó.

Jackson anotó algo. Luego dejó la pluma y miró a Gilberto durante un momento.

—¿Usted se arrepiente? —preguntó.

—Me arrepiento de lo que hice —dijo Gilberto—. Y me arrepiento de lo que no hice, que es más. El jabalí embistió porque era su naturaleza embestir, y porque el terreno en el que lo pusieron estaba diseñado para que embistiera en la dirección equivocada. Eso no lo absuelve. Pero lo explica. Y la diferencia entre explicar y absolver es exactamente la diferencia que espero que este tribunal sea capaz de ver.

CAPÍTULO 8

El teorema de Tiberio y el sacrificio de la noria

Ciudad de México, otoño

Jackson había pedido que suspendieran la sesión veinte minutos. Gilberto aprovechó para ir al baño, lavarse la cara con agua fría, mirarse en el espejo durante un momento más del necesario. El hombre que le devolvía la mirada tenía cincuenta y cinco años y la expresión de alguien que ha estado diciendo la verdad durante horas y ha descubierto que la verdad, cuando se dice completa, pesa más que la mentira, no menos.

Regresó a la habitación. Jackson ya estaba en su lugar, con una libreta nueva, la cuarta de la jornada.

—El teorema de Tiberio —dijo Gilberto, antes de que el fiscal preguntara, porque ya había aprendido el ritmo de la declaración y prefería llevar él mismo el hilo cuando podía—. Así lo llamé en mis propias notas cuando empecé a entender lo que había ocurrido. No es un nombre que Tiberio usara nunca. Es el nombre que yo le di a la operación cuando pude verla completa, desde afuera, con el beneficio de lo que vino después.

—¿En qué consistía?

—En una idea muy simple —dijo Gilberto—. Que la mejor manera de hacer inevitable lo que ya estaba decidido no es eliminar a los que pueden amenazarlo. Es usarlos. Dejarlos existir, dejarlos moverse, en algunos casos

incluso fortalecerlos, pero en una dirección que produzca el efecto contrario al que ellos creen estar produciendo. Germán es el ejemplo más claro. Pero el teorema se aplicó a todos, en distintos grados y con distintos mecanismos.

—¿También a usted?

—También a mí —dijo Gilberto—. Aunque en mi caso el mecanismo fue más simple: me mantuvieron lo suficientemente cerca para que creyera que importaba y lo suficientemente lejos para que no pudiera hacer nada que realmente importara. Eso también es parte del teorema.

La reunión que Gilberto llamaba la reunión clandestina no ocurrió en ningún lugar dramático. No fue en un sótano ni en un edificio abandonado ni en ninguno de los escenarios que la imaginación popular asocia con las operaciones de ese tipo. Ocurrió en una sala de juntas del cuarto piso de un edificio de oficinas en la colonia Nápoles, un edificio sin nombre visible en la fachada que era propiedad de una empresa de consultoría cuya relación con el movimiento no estaba documentada en ningún registro público pero que era conocida por quienes necesitaban conocerla.

La sala tenía una mesa para ocho personas y estaban sentadas tres: Tiberio, Germán, y un hombre al que Gilberto conocía como el Contador, que no era contador sino el responsable de la distribución de recursos del movimiento en los territorios y cuyo nombre real Gilberto no supo hasta mucho después.

Gilberto no estaba sentado en esa mesa. Estaba en una sala de espera contigua, separada de la sala de juntas por una puerta que no cerraba del todo, esperando una reunión con Tiberio que comenzaría cuando la otra terminara. Escuchó lo que escuchó sin haberlo buscado y sin poder dejar de escucharlo, que es una de las formas más comunes en que la gente aprende cosas que hubiera preferido no saber.

—El problema con Germán —decía Tiberio, con esa voz suya que nunca subía de volumen porque nunca necesitaba subir— no es su discurso. Su discurso es útil. El problema es su autonomía. Un hombre que no necesita recursos externos para moverse es un hombre que puede moverse en cualquier dirección. Eso hay que corregirlo.

—¿Cómo? —preguntó el Contador.

—Dándole recursos —dijo Tiberio.

Hubo una pausa breve.

—¿Dándole recursos —repitió el Contador, como si necesitara escuchar la frase de nuevo para asegurarse de que la había entendido correctamente.

—Los recursos crean dependencia —dijo Tiberio—. Un hombre que recibe no puede moverse con la misma libertad que un hombre que no recibe, porque moverse significa arriesgar lo que recibe. Y además, los recursos vienen con estructura. Y la estructura viene con dirección. Y la dirección, si se diseña correctamente, produce exactamente el resultado que necesitamos.

—¿Y si Germán lo advierte?

—Germán no lo va a advertir —dijo Tiberio, con una certeza que no era arrogancia sino evaluación—. Porque lo que vamos a darle es exactamente lo que quiere. No vamos a pedirle que cambie nada. Solo vamos a financiar lo que ya hace, en los territorios donde ya opera, con la metodología que ya tiene. La única diferencia es que vamos a sugerirle, de manera muy suave y muy gradual, que incluya ciertos temas en su discurso y que enfatice ciertos aspectos de su propuesta. Nada que le parezca ajeno. Nada que contradiga lo que ya cree. Solo un énfasis. Y ese énfasis, acumulado durante meses, va a producir una imagen pública de Germán que va a hacer que Sonia parezca, por contraste, exactamente lo que necesitamos que parezca.

—¿Moderada —dijo Germán desde su lado de la mesa, y en su voz había algo que no era exactamente entusiasmo pero que tampoco era resistencia.

—Razonable —corrigió Tiberio—. Moderada tiene connotaciones. Razonable es lo que la gente elige cuando tiene miedo.

Gilberto escuchó esa frase desde la sala de espera y pensó que era la frase más honesta que había escuchado en todo el proceso. No porque fuera admirable. Sino porque describía con una precisión quirúrgica exactamente cómo funcionaba el mecanismo que los tenía a todos atrapados.

—¿Y Germán aceptó? —preguntó Jackson.

—Germán aceptó —dijo Gilberto—. Aunque aceptar no es exactamente la palabra correcta, porque aceptar implica una decisión consciente entre alternativas claramente definidas. Lo que hizo Germán fue reconocer que lo que Tiberio le ofrecía era lo que él ya quería, y decir que sí a algo que le parecía completamente coherente con sus propios objetivos. Eso es lo que hacía el teorema difícil de resistir: no pedía que nadie traicionara sus principios. Pedía que los ejerciera en la dirección correcta.

Lo que siguió en los meses posteriores fue exactamente lo que Tiberio había descrito. Los recursos llegaron a Germán a través de canales que parecían independientes del movimiento central: organizaciones civiles afines, redes de apoyo territorial, estructuras que en el papel no tenían ninguna relación con la campaña de Sonia pero que en la práctica respondían a la misma fuente. Las giras se multiplicaron. La presencia de Germán creció en territorios donde antes llegaba solo, sin infraestructura. Las convocatorias reunían más gente.

Y el discurso fue cambiando. No de golpe, no de manera que Germán lo advirtiera, sino con la gradualidad de los cambios que ocurren tan despacio que quien los experimenta no puede percibir la diferencia entre el antes y el ahora porque nunca hubo un momento de ruptura visible.

Gilberto lo siguió de cerca, con la incomodidad específica de quien sabe lo que está viendo y no puede decirlo sin revelar cómo lo sabe.

Una tarde, en un pasillo del Palacio, encontró a Germán con esa energía característica suya que parecía no agotarse nunca, esa capacidad de moverse como si el cuerpo generara su propia electricidad.

—¿Cómo van las giras? —le preguntó Gilberto.

—Mejor que nunca —dijo Germán—. Estamos llegando a lugares donde el movimiento nunca había llegado de verdad. No con discursos. Con presencia real.

—¿Y el financiamiento?

—Hay apoyos —dijo Germán, con la naturalidad de quien no ve ningún problema en lo que está diciendo—. Gente que cree en el proyecto y que quiere que llegue más lejos. Eso es normal.

—¿Sabes de dónde vienen esos apoyos?

Germán lo miró con una expresión que mezclaba la impaciencia del hombre que no tiene tiempo para preguntas que le parecen irrelevantes con algo más difícil de nombrar, algo que podría haber sido una duda que prefería no examinar.

—Vienen de gente que apoya el proyecto —dijo—. No tengo por qué desconfiar de eso.

—¿Y las sugerencias sobre los temas de tu discurso?

—No son sugerencias —dijo Germán—. Son conversaciones. Yo decido qué digo.

—¿Siempre?

Germán lo miró durante un momento.

—Siempre —dijo, con una convicción que Gilberto reconoció como genuina y que por eso mismo era más perturbadora que cualquier duda.

—Yo sé lo que hago, Gilberto —dijo Germán—. Nadie me está moviendo. Y si en algún momento sintiera que me están moviendo, lo sabría. No soy nuevo en esto.

Gilberto asintió. No dijo nada más. Y esa omisión, como todas sus omisiones, quedó registrada en el inventario de lo que no hizo cuando todavía podía haber hecho algo.

En la habitación de la Fiscalía, Jackson frunció el ceño levemente.

—¿Usted no le dijo lo que había escuchado en esa sala de juntas?

—No —dijo Gilberto.

—¿Por qué?

—Porque decírselo habría requerido explicar cómo lo sabía —respondió Gilberto—. Y explicar cómo lo sabía habría generado preguntas sobre por qué había esperado para decírselo. Y esas preguntas no tenían respuestas que me favorecieran. Así que callé. Por protegerme a mí mismo. No a él.

Jackson anotó algo.

—¿En qué momento el nombre de Germán fue tachado de la lista operativa? —preguntó.

—No hubo un momento preciso —dijo Gilberto—. Fue un proceso, como todo en ese sistema. Los recursos empezaron a llegar con menos fluidez. Las sugerencias sobre el discurso se espaciaron. Las estructuras que habían aparecido para apoyar sus giras comenzaron a tener otras prioridades. Y Germán, que había estado operando con el impulso de todo ese respaldo, siguió moviéndose con la misma energía porque no había aprendido a moverse de otra manera.

Fue Gilberto quien escuchó la conversación en la que Tiberio le comunicó al Contador que la fase de Germán había concluido. No en la sala de juntas de la colonia Nápoles esta vez sino en el pasillo de un hotel donde ambos habían coincidido sin haberlo planeado, o sin que Gilberto lo hubiera planeado, que en el caso de Tiberio la distinción entre lo planeado y lo casual era siempre difícil de establecer.

—¿Ya? —dijo el Contador.

—Ya —dijo Tiberio—. El perfil que necesitábamos está instalado. Seguir alimentándolo ahora produciría rendimientos decrecientes y riesgos crecientes. Es el momento correcto.

—¿Y si Germán reacciona?

—Germán va a reaccionar —dijo Tiberio, con la tranquilidad de quien describe el comportamiento predecible de un mecanismo conocido—. Va a hacer exactamente lo que hace siempre: va a hablar. Va a convocar. Va a indignarse en público con esa indignación suya que es tan genuina y tan inútil al mismo tiempo. Y eso va a reforzar exactamente la imagen que necesitamos que tenga. La de alguien que no puede controlar sus reacciones. Que es lo contrario de lo que la gente quiere en quien va a gobernar.

—¿Lo sabe él?

—No —dijo Tiberio—. Y eso es lo más eficiente del mecanismo. No necesita saberlo para que funcione.

Gilberto escuchó esa conversación desde el otro extremo del pasillo, fingiendo revisar su teléfono, con la incomodidad de quien es testigo de algo que no debería estar viendo y que no puede dejar de ver. Pensó en Germán en esa cancha de tierra, con las doscientas personas bajo el sol, anotando nombres en su libreta rayada. Pensó en la autenticidad de ese hombre, en la genuinidad de su escucha, en la manera en que había sido la única persona en todo ese proceso que realmente había mirado a la gente a los ojos sin calcular primero qué ganaba con esa mirada.

Y pensó que eso no había servido de nada. Que la autenticidad, sin la capacidad de ver los mecanismos que la rodean, no es una virtud política sino una vulnerabilidad. Que el sistema no distingue entre el honesto y el

deshonesto: distingue entre el útil y el inútil, y cuando algo deja de ser útil lo archiva con la misma eficiencia con que había decidido usarlo.

En la habitación de la Fiscalía, Gilberto hizo una pausa larga.

—¿Hay algo más sobre Germán? —preguntó Jackson.

—Una cosa —dijo Gilberto—. Cuando el resultado del proceso fue anunciado y Germán reaccionó con esa indignación que Tiberio había predicho con tanta precisión, yo estaba en una sala donde varios miembros del equipo observaban las reacciones en tiempo real. Alguien dijo algo sobre Germán, algo despectivo, con la ligereza de quien se refiere a un instrumento que ya cumplió su función y que ahora resulta estorbo.

—¿Qué dijo?

—Dijo: ahí está la noria, girando todavía. Y se rio. Y nadie en la sala dijo nada. Nadie lo corrigió, nadie expresó ninguna incomodidad. Yo tampoco dije nada.

Hizo una pausa.

—Eso —dijo— es lo que más me avergüenza de todo lo que viví en ese proceso. No las cosas que hice. Sino ese momento en que alguien se rio de Germán con una crueldad casual y yo no dije nada. Porque Germán, con todas sus limitaciones, con toda la ingenuidad que lo hizo vulnerable, era el único de los seis que en realidad estaba ahí por las razones que todos decíamos que estábamos ahí. Y lo usamos. Lo usé. Y luego me quedé callado mientras alguien se reía de él.

Miró a Jackson.

—Eso también quiero que quede en el registro —dijo—. No porque cambie nada jurídicamente. Sino porque el registro sin eso estaría incompleto. Y un registro incompleto es otra forma de mentira.

CAPÍTULO 9

El monte que se desmorona

Ciudad de México, otoño tardío

La luz en la habitación había cambiado. Ya no era la luz blanca y neutra de la mañana sino algo más cálido y más oblicuo que entraba por la ventana en un ángulo que hacía que las sombras de los objetos sobre la mesa se extendieran hacia el lado equivocado, como si el día hubiera decidido en algún momento de la tarde invertir su lógica sin avisar. Jackson lo advirtió, miró su reloj, y por primera vez en toda la jornada pareció sorprendido por algo que no tenía que ver con lo que Gilberto estaba contando.

—Son las cuatro y diecisiete —dijo.

—¿Quiere suspender? —preguntó Gilberto.

—No —dijo Jackson—. Quiero terminar Renato hoy. Lo demás puede esperar hasta mañana.

Gilberto asintió. Bebió agua. Acomodó las manos sobre la mesa con el gesto de quien se prepara para un esfuerzo que sabe que va a costarle.

—Renato es el capítulo que más me cuesta narrar —dijo— porque es el que más se parece a lo que yo quería ser. No en los detalles, no en la trayectoria específica, sino en la convicción de fondo: que las instituciones importan, que los procedimientos tienen valor, que hay una manera correcta de hacer las cosas aunque hacerlas de la manera correcta cueste más que hacerlas de cualquier otra manera. Yo quise creer eso. Renato lo creyó de verdad. Y la diferencia entre querer creer algo y creerlo de verdad es exactamente la diferencia entre los dos, y es una diferencia que en ese proceso resultó igualmente irrelevante.

—¿Por qué irrelevante?

—Porque los dos perdimos —dijo Gilberto—. Por razones distintas y con consecuencias distintas, pero los dos perdimos. El sistema no distingue entre el que cree y el que quiere creer. Solo distingue entre el que sirve y el que no sirve.

Lo que ocurrió con Renato en las semanas previas al anuncio final fue una de las cosas más meticulosas y más crueles que Gilberto observó en todo el proceso. No porque alguien lo hubiera planeado con crueldad, que era lo que hacía más difícil resistirlo moralmente: sino porque la crueldad era un efecto secundario de una operación que en sí misma era puramente funcional. Nadie se propuso destruir a Renato. Simplemente nadie se propuso no destruirlo, que en ese sistema era exactamente lo mismo.

Renato había construido durante meses una operación legislativa para forzar una revisión del proceso de encuesta. Reunión por reunión, senador por senador, había tejido una red de compromisos que en el papel sumaban suficiente respaldo para que la solicitud de revisión prosperara en comisión. No era una operación espectacular. Era exactamente el tipo de operación que Renato sabía construir: paciente, meticulosa, construida sobre la lógica de que los compromisos institucionales tienen un peso propio que los hace difíciles de romper sin costo.

Lo que no había calculado era que en ese sistema los compromisos institucionales no tenían peso propio. Tenían el peso que alguien decidía darles. Y alguien había decidido que esos compromisos no pesaban nada.

Gilberto lo acompañó el día que Renato fue a hacer el último recorrido de verificación antes de presentar formalmente la solicitud. Visitaron cuatro despachos en un mismo día. En los cuatro recibieron la misma atención, la misma cortesía, las mismas palabras de apoyo formuladas con suficiente precisión para no comprometer nada concreto pero con suficiente calidez para que Renato saliera de cada reunión creyendo que el respaldo era real.

Era un martes de octubre. El edificio del Senado tenía esa atmósfera particular de los días en que algo importante está a punto de ocurrir y nadie sabe exactamente qué: los pasillos más transitados de lo habitual, las

conversaciones más bajas, las miradas más rápidas al desplazarse de un lugar a otro.

Después de la tercera reunión, en un corredor donde la luz de la tarde entraba por unas ventanas altas y producía esa atmósfera dorada que hace que los edificios históricos parezcan más solemnes de lo que son, Renato se detuvo frente a una de las ventanas y se quedó mirando el patio interior durante un momento que se extendió más de lo que ninguno de los dos había previsto.

—¿Qué estás viendo? —le preguntó Gilberto.

—Estoy contando —dijo Renato.

—¿Qué cuentas?

—Cuántos de los que acaban de hablar conmigo van a aparecer mañana cuando los necesite —dijo Renato, sin apartar la vista del patio—. Y cuántos van a tener una urgencia imprevista, o una enfermedad, o un compromiso anterior que de alguna manera no recordaban cuando les pregunté si tenían compromisos anteriores.

—¿Y cuántos crees que van a aparecer?

Renato se giró y lo miró con una expresión que era difícil de interpretar porque mezclaba cosas que normalmente no se mezclan: lucidez y esperanza, que son dos estados que en circunstancias normales se excluyen mutuamente pero que en ese momento coexistían en su mirada con una tensión que Gilberto encontró casi insoportable de sostener.

—Los suficientes —dijo Renato—. O no los suficientes. No lo sé. Pero voy a seguir como si fueran los suficientes, porque la alternativa es no seguir, y no seguir es exactamente lo que alguien quiere que haga.

—¿Sabes quién quiere que no sigas?

—Tengo una idea bastante precisa —dijo Renato—. Lo que no sé es cómo lo están haciendo. Porque no hay ninguna presión visible. No hay nadie que me haya dicho que deje de intentarlo. No hay amenazas, no hay advertencias explícitas. Solo hay esta sensación de que estoy hablando con personas que ya tomaron una decisión antes de que yo llegara a su despacho y que están siendo muy amables al escucharme de todas formas.

—¿Y eso no te dice algo?

—Me dice todo —dijo Renato—. Pero saber y poder hacer algo con lo que sabes son cosas distintas. Yo sé lo que está ocurriendo. No puedo demostrarlo. Y en el mundo en que he vivido toda mi vida, lo que no puede demostrarse no puede usarse.

Continuaron hacia el cuarto despacho. La reunión fue idéntica a las anteriores en todos los aspectos relevantes. El senador los recibió con calidez, escuchó la propuesta con atención visible, hizo preguntas inteligentes que demostraban que había leído el material que Renato le

había enviado con anterioridad, y al final dijo que lo estudiaría con cuidado y que antes del miércoles le haría saber su posición definitiva.

Salieron del edificio del Senado a las siete de la tarde. La calle estaba encendida con esa actividad de las tardes de entre semana en el centro de la ciudad, vendedores y oficinistas y estudiantes y el ruido acumulado de una ciudad que no sabe que en algún edificio de sus entrañas acaban de tener lugar cuatro conversaciones que van a terminar sin consecuencias.

—¿Cenas conmigo? —le preguntó Renato.

—No puedo esta noche —dijo Gilberto.

Era mentira. Podía. Pero la perspectiva de pasar la noche sosteniendo la conversación que vendría, respondiendo preguntas con las medias verdades que eran lo único que en ese momento podía ofrecer, le resultaba superior a sus posibilidades.

—Está bien —dijo Renato, sin insistir, con la dignidad de quien no pide lo que no se le ofrece.

Se despidieron en la esquina. Renato caminó hacia su auto con ese paso suyo que era siempre igual, sin apresurarse, sin la urgencia que habría sido comprensible en ese momento. Gilberto lo siguió con la mirada hasta que dobló en la esquina y desapareció, y pensó que era la imagen más solitaria que había visto en todo ese proceso: un hombre que había hecho todo lo correcto de la manera correcta y que caminaba solo hacia su auto en una ciudad que no sabía que existía.

La noche de la votación, Gilberto no fue al Senado.

Se enteró de lo que ocurrió por los mensajes que fueron llegando a lo largo de la noche con la regularidad de los informes de batalla: primero la ausencia del primer senador que había prometido su respaldo, luego la del segundo, luego la llamada de Renato diciendo que el quórum no se iba a completar, con una voz que no tenía dramatismo sino esa serenidad específica de quien ha llegado al final de algo y ha decidido de antemano cómo va a estar cuando llegue.

—¿Cómo lo tomó? —preguntó Jackson.

—Con una dignidad que me resultó casi incomprensible —dijo Gilberto—. Lo fui a buscar al Senado cerca de la medianoche. Lo encontré en un pasillo oscuro del edificio, parado frente a una ventana que daba al estacionamiento, mirando los autos que salían. No estaba furioso. No estaba abatido en el sentido convencional. Estaba en ese estado particular de los hombres que han agotado todas sus opciones y han llegado a un punto de quietud que no es resignación sino algo diferente: la aceptación de que lo que podía hacerse ya fue hecho, y que lo que no se pudo cambiar no se pudo cambiar, y que eso no invalida el intento.

—¿Habló con usted?

—Sí —dijo Gilberto—. Me preguntó si sabía que los senadores no iban a venir. Le dije que lo sospechaba. Me preguntó desde cuándo lo sospechaba.

Le dije que desde hacía varios días. Me preguntó por qué no se lo había dicho.

—¿Y qué respondió?

—Le dije que lo había pensado y que había decidido no decirlo porque no tenía certeza suficiente y porque no quería interferir en su proceso. Que era una justificación parcialmente honesta y parcialmente cobarde, y que la parte cobarde era mayor que la parte honesta.

—¿Y él qué dijo?

—Dijo que lo entendía —respondió Gilberto, y en su voz había algo que no era exactamente vergüenza pero que se le parecía—. Eso fue lo más difícil. Que no me reclamó. Que dijo que lo entendía. Porque que alguien te entienda cuando mereces un reclamo es más difícil de cargar que el reclamo.

Estuvieron en silencio un rato, los dos frente a la ventana, mirando el estacionamiento que se vaciaba. Afuera, la ciudad seguía siendo la ciudad: indiferente, ruidosa, sin ningún registro de lo que acababa de no ocurrir en ese edificio.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó Gilberto.

—Lo mismo que siempre —dijo Renato—. Lo que corresponde. Voy a participar en el proceso hasta el final con la misma actitud con que empecé. Voy a reconocer el resultado cuando se anuncie. Voy a enviar una nota de reconocimiento a quien gane. Y después de eso voy a ver qué queda.

—¿No estás enojado?

Renato pensó en la pregunta durante un momento genuino, no el momento performático de quien finge reflexionar sino el momento real de quien está examinando su propio estado interior con honestidad.

—Estoy decepcionado —dijo—. Que es diferente. El enojo lo produce la sorpresa. La decepción la produce haber esperado algo que en el fondo sabías que podía no llegar. Yo esperé. Sabía que podía no llegar. Llegó la decepción. Es coherente.

—¿Y el sistema?

—El sistema es lo que es —dijo Renato—. Yo no lo voy a cambiar yo solo ni en este proceso. Quizás nunca. Pero si alguien en algún momento quiere saber que hubo al menos una persona que lo intentó de la manera correcta, que lo intentó de verdad y no solo como táctica, ese registro va a existir. Eso es lo único que puedo controlar.

—¿Te importa ese registro?

—Me importa más que cualquier otra cosa —dijo Renato, y lo dijo con una convicción que Gilberto no pudo cuestionar porque era absolutamente genuina—. Porque el poder pasa. Los cargos pasan. Las victorias y las derrotas pasan. Lo único que no pasa es lo que uno realmente fue. Y yo

quiero que lo que realmente fui sea reconocible para quien quiera verlo, aunque sean muy pocos los que quieran verlo.

Se despidieron en ese mismo pasillo oscuro. Renato se fue primero, con ese paso suyo regular e invariable. Gilberto se quedó un momento más, mirando la ventana que daba al estacionamiento, que ya estaba casi vacío.

Cuando Sonia apareció al día siguiente rodeada de los mismos senadores que la noche anterior habían estado ausentes, sus presencias sonaban a otra cosa: no a traición, porque la traición implica lealtad previa, sino a la migración instintiva de los cuerpos que se orientan siempre hacia la fuente de calor, independientemente de dónde estuvieran un momento antes.

Gilberto lo observó desde un corredor del Palacio y pensó en el monte que Renato había intentado construir: real en sus cimientos, sólido en su lógica, honesto en su propósito. Y completamente incapaz de sostenerse en un suelo que cedía bajo él no por mala ingeniería sino porque alguien había decidido que cediera.

En la habitación de la Fiscalía, Jackson cerró la libreta por segunda vez en el día.

—Una pregunta final sobre Renato —dijo—. ¿Sabe dónde está ahora?

—Está en una embajada —dijo Gilberto—. En un país europeo que prefiero no nombrar todavía porque ese detalle tiene relevancia para otra parte de la declaración. Le ofrecieron el cargo tres semanas después del anuncio final. Lo aceptó. No porque fuera lo que quería sino porque era lo que quedaba dentro de los límites de lo que podía aceptar sin comprometer lo que le quedaba de sí mismo.

—¿Y está bien?

Gilberto consideró la pregunta durante un momento.

—Está entero —dijo finalmente—. Que en ese contexto es más de lo que la mayoría puede decir. Renato salió del proceso exactamente igual a como entró: sin haber traicionado nada de lo que dijo que creía, sin haber hecho nada que no pudiera defender con argumentos que él mismo reconociera como propios. Eso no lo convirtió en ganador. Pero lo convirtió en algo que es más difícil de encontrar en ese entorno: en alguien coherente.

Hizo una pausa.

—El monte se desmoronó —dijo—. Pero lo que estaba construido sobre el monte todavía está en pie. Y eso, en ese mundo, es una forma de victoria que nadie va a celebrar pero que nadie tampoco va a poder quitarle.

Jackson asintió. Recogió sus libretas, las apiló con cuidado sobre la mesa, y miró a Gilberto con la expresión de alguien que ha escuchado durante horas y ha procesado más de lo que su expresión revela.

—Mañana continuamos —dijo—. Lo que queda es lo más importante para el caso.

—Lo sé —dijo Gilberto.

—¿Está usted bien para continuar?

Gilberto lo miró. Pensó en la pregunta con la honestidad que le había prometido al sistema judicial de un país que no era el suyo pero que era el único que en ese momento estaba dispuesto a escucharlo.

—Estoy bien para continuar —dijo—. Estoy bien para continuar porque no tengo otra manera de terminar esto que no sea terminarlo. Y terminar esto es lo único que me queda que valga la pena hacer.

CAPÍTULO 10

El ritual del sobre sellado

Ciudad de México, invierno

Era el segundo día de declaración. Jackson llegó puntual, con una taza de café que esta vez sí estaba caliente, y ocupó su lugar con la actitud de quien retoma una conversación que no ha terminado aunque hayan pasado horas desde la última palabra. Gilberto ya estaba en la habitación cuando el fiscal entró, sentado en la misma silla de siempre, con las manos sobre la mesa y la expresión de quien ha pasado la noche repasando lo que falta por decir y ha llegado a la conclusión de que no hay manera de hacerlo más fácil que simplemente diciéndolo.

—Buenos días —dijo Jackson.

—Buenos días —dijo Gilberto.

—¿Durmió?

—Algo.

—¿Está listo?

—Estoy aquí —dijo Gilberto, que era una forma de responder que no era exactamente lo mismo pero que Jackson aceptó sin comentario.

Abrió la libreta nueva, la quinta, tomó la pluma.

—El hotel —dijo.

—El hotel —repitió Gilberto—. El hotel es donde todo terminó de la manera en que terminó. No donde se tomó la decisión, porque la decisión ya estaba tomada desde mucho antes. Sino donde se formalizó, que en ese sistema era casi más importante que la decisión misma, porque la formalización producía el registro, y el registro producía la realidad, y la realidad producía la narrativa, y la narrativa era lo único que en ese mundo tenía existencia duradera.

Bebió un sorbo de agua y comenzó.

El hotel no tenía el nombre de los grandes hoteles del centro. Era un establecimiento discreto en una colonia residencial, del tipo que tiene más pisos de los que sugiere su fachada y un silencio en los pasillos que no es abandono sino control. Lo eligió el equipo de Tiberio, lo que ya era información suficiente sobre su propósito: no era un lugar para descansar

sino un lugar para contener. Para que los seis estuvieran en un espacio donde pudieran ser observados, donde sus comunicaciones pudieran ser monitoreadas con la plausibilidad de que nadie lo haría, y donde la sensación de confinamiento voluntario produjera el efecto psicológico que el sistema necesitaba que produjera en cada uno.

La convocatoria llegó el miércoles por la tarde. Decía que el Gran Arquitecto había decidido que los seis se concentraran en ese hotel a partir del jueves en la mañana, en un período de reflexión previo al anuncio del resultado de la encuesta, que se haría público el domingo. La concentración era voluntaria, decía el comunicado. Nadie en el grupo creyó que fuera voluntaria.

Gilberto llegó el jueves a las nueve. Ya estaban Tiberio, Sonia y Renato. Germán llegó a las diez con una mochila que parecía demasiado pequeña para varios días, como si hubiera empacado con la esperanza de que la estancia fuera más corta de lo anunciado. Mariano llegó el último, cerca del mediodía, con una maleta que en cambio era demasiado grande, lo que también era información, aunque de signo contrario.

Las habitaciones eran cómodas hasta el punto en que la comodidad se convierte en una forma de control: cuando el entorno es demasiado agradable para quejarse pero insuficientemente neutro para ignorar que alguien lo diseñó para que estuvieras ahí y no en otro lugar. Las camas eran buenas, el servicio a cuartos funcionaba sin demoras, había flores frescas en cada mesa. Y sin embargo el aire tenía algo que Gilberto tardó en nombrar y que finalmente nombró como la temperatura del encierro voluntario: esa cualidad específica del espacio que sabe que lo estás eligiendo aunque no lo hayas elegido del todo.

—¿Había vigilancia explícita? —preguntó Jackson.

—No explícita —dijo Gilberto—. Había presencia. Personas del equipo de seguridad en los pasillos, siempre con una razón plausible para estar ahí. El gerente del hotel que aparecía con una frecuencia que era levemente superior a la que un gerente normal dedicaría a seis huéspedes normales. Y una sutileza que tardé en advertir: las señales de los teléfonos dentro de las habitaciones eran consistentemente débiles, no inexistentes, sino lo suficientemente débiles como para que las llamadas se cortaran con una frecuencia que obligaba a salir al pasillo o bajar al lobby para hablar con fluidez, lo que por supuesto significaba hablar en espacios donde la privacidad era menor.

—¿Y la convivencia entre los seis?

Gilberto hizo una pausa antes de responder.

—La convivencia era la parte más extraña —dijo—. Éramos seis personas que habían pasado meses compitiendo en el mismo proceso, que se conocían demasiado bien para fingir normalidad y demasiado poco para prescindir del fingimiento. Las comidas eran juntas, porque el comedor privado que el hotel había dispuesto para ellos así lo requería, y en esas

comidas ocurría algo que Gilberto solo podía describir como la actuación del grupo: cada uno interpretaba la versión de sí mismo que quería que los otros vieran en ese momento, que en algunos casos era la serenidad, en otros la confianza, y en otros simplemente la neutralidad de quien no quiere revelar nada.

—¿Y usted qué interpretaba?

—La indiferencia —dijo Gilberto—. Que era la interpretación más difícil de sostener porque requería suprimir exactamente lo que más tenía: la ansiedad de quien sabe que el resultado ya está decidido y no sabe con certeza en qué dirección, aunque lo sospeche.

Sonia desayunaba a las siete, antes de que cualquiera de los otros bajara, y cuando los demás llegaban al comedor ella ya había comido y estaba revisando documentos con su libreta abierta sobre la mesa, en una postura que podía interpretarse como trabajo o como una demostración de que ella era la única que todavía tenía trabajo que hacer en ese espacio. Tiberio bajaba a las ocho exactas, comía con la eficiencia de quien no come para disfrutar sino para funcionar, y desaparecía de regreso a su habitación con el maletín que nunca abandonaba, ese objeto que se había convertido en el símbolo más visible de la asimetría del grupo: él era el único que claramente tenía algo que los demás no tenían acceso a ver.

Mariano pasaba las mañanas en su habitación y aparecía cerca del mediodía con una expresión que cada día se parecía menos a la del hombre que Gilberto había conocido. No era derrota todavía. Era el estado previo a la derrota: la conciencia de que algo se acerca sin que uno pueda precisar exactamente cuándo llegará.

Germán era el único que parecía genuinamente incómodo con el encierro. Bajaba a todas horas, intentaba entablar conversaciones con el personal del hotel que claramente había recibido instrucciones de mantener un trato cordial pero distante, y en algún momento del segundo día Gilberto lo encontró en el jardín interior hablando por teléfono en voz alta, con ese volumen que no es descuido sino la expresión de alguien que ha dejado de calcular porque el cálculo ya no le parece relevante.

—¿Con quién hablaba? —preguntó Jackson.

—Con alguien de su red territorial —dijo Gilberto—. Estaba coordinando una convocatoria para la semana siguiente, en una comunidad del estado de Hidalgo, como si el proceso en el que estaban inmersos fuera una interrupción temporal de su trabajo real y no el momento culminante del año. Cuando lo vio, Germán no interrumpió la llamada. Le hizo un gesto de saludo con la mano y siguió hablando. Eso también era Germán: el único de los seis para quien ese hotel y ese proceso no eran el centro de su mundo, aunque fueran el centro del mundo de todos los demás.

Renato pasaba las tardes revisando documentos que ya no tenían relevancia operativa pero que él seguía revisando con la concentración de quien se aferra a la lógica de la tarea cuando la lógica del entorno ha

dejado de ser comprensible. Gilberto lo veía desde la mesa contigua en el comedor, con sus carpetas y su café, y pensaba que había algo casi hermoso en esa obstinación, aunque no pudiera nombrar exactamente qué.

El incidente de Mariano ocurrió el sábado por la noche, menos de doce horas antes de que se anunciara el resultado.

Gilberto no lo presencié directamente. Estaba en su habitación cuando escuché pasos rápidos en el pasillo, luego voces bajas pero con una urgencia que era audible a través de la puerta, luego el silencio específico que produce una situación que ha sido contenida. Al día siguiente, en el desayuno, uno de los miembros del equipo de seguridad le confirmó en pocas palabras lo que había ocurrido: Mariano había ido a la habitación de Sonia. No sabía qué pretendía. El equipo de seguridad había intervenido antes de que llegara a la puerta.

—¿Y Sonia? —preguntó Jackson.

—Sonia bajó al desayuno del domingo con la misma expresión de siempre —dijo Gilberto—. Como si nada hubiera ocurrido la noche anterior. Lo que podía significar dos cosas: que no sabía lo que había ocurrido, que era posible, o que lo sabía y había decidido que no merecía ninguna reacción visible, que era más probable y más revelador. Mariano no bajó al desayuno.

Tiberio apareció esa mañana con el maletín, como siempre, y recorrió los espacios del hotel con la misma tranquilidad de siempre, lo que en ese contexto era la señal más clara de todas: que quien tiene el resultado no necesita esperar con ansiedad a que llegue, porque para él ya ha llegado.

A las once de la mañana del domingo, el Gran Arquitecto llegó al hotel. Llegó sin anuncio previo, aunque por supuesto todos lo sabían de antemano, porque su llegada sin anuncio previo era parte del protocolo, la manera de presentar la formalización como algo que ocurría en el momento presente y no como el último paso de un proceso que llevaba meses decidido.

Reunió a los seis en una sala que el hotel había preparado para ese propósito: una mesa redonda, de nuevo, con sillas iguales, con agua y café y el menú de un brunch que nadie iba a comer.

—Gracias por estar aquí —dijo el Gran Arquitecto, con esa naturalidad suya que hacía que las frases más cargadas sonaran como observaciones cotidianas—. Lo que va a ocurrir en unos minutos es el resultado de un proceso que ustedes protagonizaron con dignidad. Independientemente de lo que anunciemos hoy, quiero que sepan que el movimiento los necesita a todos. Lo que cambia es el rol. Lo que no cambia es la pertenencia.

Era un discurso construido para no decir nada mientras parecía decirlo todo. Gilberto lo escuchó con la atención de quien ya ha aprendido a leer lo que está debajo de las palabras y notó que el Gran Arquitecto no miró a ninguno de los seis de manera específica durante ese discurso. Los miró a

todos por igual, con esa igualdad que ya había aprendido a identificar como información: cuando alguien te trata exactamente igual que a todos los demás en una situación donde no todos son iguales, esa igualdad es una forma de decir que la diferencia ya fue resuelta en otro lugar.

Tiberio colocó el maletín sobre la mesa.

Lo abrió.

Sacó un sobre.

El sobre era blanco, tamaño carta, sellado con lacre rojo, con el sello del movimiento impreso en el centro. Era un objeto que en sí mismo era una teatralización: nadie necesitaba un sobre sellado con lacre rojo para comunicar un resultado numérico que podía haberse enviado por cualquier medio digital en cualquier momento de los últimos días. El sobre existía porque el sobre producía un efecto que los números solos no producían: la imagen de una decisión que llega desde afuera, contenida en un objeto, entregada en un momento, que tiene la apariencia de lo inevitable porque ha sido empaquetada como tal.

—¿Quiere abrirlo usted? —le preguntó Tiberio al Gran Arquitecto.

—Ábralo usted —dijo el Gran Arquitecto.

Tiberio rompió el lacre con un gesto preciso, extrajo la hoja, la leyó en silencio durante un momento que se extendió más de lo necesario para leer una hoja con un número, y luego la colocó sobre la mesa sin darla vuelta para que los demás la vieran.

—El resultado es el siguiente —dijo, y leyó los números con la misma voz de siempre, sin énfasis, sin dramatismo, como si estuviera leyendo el estado del tiempo.

Sonia encabezaba con una diferencia que no era aplastante pero que era suficiente. Lo suficientemente amplia para no ser cuestionada sin parecer desesperado. Lo suficientemente estrecha para mantener la apariencia de un proceso que había sido realmente competido.

Gilberto escuchó los números y pensó en todas las conversaciones que había tenido en los últimos meses, en todos los momentos en que había visto el mecanismo operar y había elegido no decir lo que veía, y pensó que el número que Tiberio acababa de leer no era el resultado de una encuesta sino el resultado de todo lo que había ocurrido antes de que la encuesta se aplicara, de todo lo que había sido diseñado, calculado y ejecutado para que ese número fuera exactamente ese número y no otro.

Miró a cada uno de los cinco.

Sonia tenía la misma expresión de siempre. No sonrió. No era que se contuviera: era que la victoria no le producía la expresión que produce en quienes la alcanzan después de haberla buscado, porque Sonia no la había buscado en el sentido convencional. La había sostenido, que es diferente.

Mariano, que había bajado finalmente y estaba sentado en el extremo opuesto de la mesa, cerró los ojos durante un momento. Solo un momento. Luego los abrió y su expresión volvió a ser la que había sido: la del hombre que ha procesado algo y ha decidido no dejar que se vea en su cara.

Germán miró los números, asintió varias veces seguidas con la rapidez de quien acumula confirmaciones de algo que ya sabía, y dijo en voz alta, sin dirigirse a nadie en particular:

—¿Alguien más siente que esto ya había pasado antes de que pasara?

Nadie respondió. Pero nadie lo contradijo.

Renato tomó su café, bebió, lo dejó sobre la mesa con ese gesto suyo de sostener las cosas frágiles con más cuidado del necesario, y no dijo nada.

El Gran Arquitecto se levantó, estrechó la mano de Sonia, y la sala comenzó a reorganizarse con la rapidez de los espacios que tienen una función y la cumplen y después se vacían. Las adhesiones llegaron en los minutos siguientes con una velocidad que era en sí misma una demostración de hasta qué punto el resultado había sido anticipado: los equipos de los otros cinco, que habían estado en el hotel en salas separadas durante todo el fin de semana, empezaron a moverse hacia el espacio donde estaba Sonia con la naturalidad de los cuerpos que saben a dónde tienen que ir aunque no lo hayan dicho en voz alta.

—¿Y el sobre? —preguntó Jackson.

—El sobre quedó sobre la mesa —dijo Gilberto—. Cuando la sala se fue vaciando, yo fui el último en salir, y antes de salir lo miré. La hoja con los números estaba ahí, boca arriba, con las cifras visibles para quien quisiera verlas. Era un documento de dos párrafos. Los números, los porcentajes, la fecha de aplicación de la encuesta, el nombre de la empresa que la había realizado.

Levantó la vista hacia Jackson.

—Lo fotografié —dijo.

Jackson no cambió de expresión.

—¿Ese documento está entre los materiales que entregó al Departamento de Justicia?

—Ese documento, y los documentos que demuestran que los resultados de esa encuesta fueron determinados antes de que la encuesta se aplicara, están entre los materiales que entregué —dijo Gilberto—. La empresa que realizó la encuesta recibió los rangos de resultado dentro de los cuales debía ubicar los números finales tres semanas antes de que la encuesta se realizara. Eso está documentado. Los pagos que vinculan a esa empresa con las finanzas del movimiento están documentados. El rastro completo de cómo se construyó ese sobre sellado antes de que se sellara está documentado.

—¿Por qué esperó tanto para entregar esa información?

Era la pregunta que Gilberto sabía que vendría y para la que había preparado la única respuesta que tenía, que era también la más incómoda.

—Porque tenía miedo —dijo—. Y porque durante el tiempo que tuve miedo seguí calculando si había alguna manera de usar esa información que me beneficiara a mí sin exponerme completamente. Y cuando me di cuenta de que no había esa manera, de que la única forma de que esa información saliera era exponerme completamente, decidí exponerme. No por valentía. Por agotamiento. Porque el costo de seguir callando terminó siendo superior al costo de hablar.

Jackson anotó durante un momento.

—¿El sobre sellado fue el final del proceso? —preguntó finalmente.

—Fue el final de esa parte del proceso —dijo Gilberto—. Pero el proceso en el sentido más amplio, el que me trajo hasta esta habitación y que es la razón por la que usted está escuchando todo esto, no terminó ese domingo en el hotel. Terminó mucho después, cuando entendí que callar era ya imposible no porque fuera peligroso sino porque ya no me quedaba nada que proteger con el silencio. Cuando un hombre no tiene nada que perder, fiscal, la verdad se vuelve lo único que le queda que valga la pena dar.

Hizo una pausa larga.

—Y eso —dijo— es exactamente lo que estoy haciendo aquí.

CAPÍTULO 11

La caída del jabalí y el incendio de la noria

Ciudad de México, invierno

Jackson había pedido que trajeran lunch para los dos. Llegó en bandejas discretas, sin ceremonia, y los dos comieron durante un rato en silencio, ese silencio funcional que se instala entre personas que han pasado suficiente tiempo juntas en una situación intensa para no necesitar llenarlo con palabras. Gilberto comió poco. Jackson comió con la misma eficiencia con que hacía todo.

—El anuncio público —dijo Jackson, cuando las bandejas fueron retiradas.

—El anuncio público —confirmó Gilberto—. Que no fue el anuncio del resultado, porque el resultado ya había sido anunciado en el hotel el domingo. Fue el anuncio para el resto del mundo, que es donde las cosas adquieren la forma que van a tener en la historia, que es donde el relato se instala y desde donde ya es muy difícil moverlo.

El acto fue el martes siguiente, en el auditorio del movimiento, un espacio que había sido diseñado para producir exactamente el tipo de imágenes que el movimiento necesitaba en ese momento: multitud, color, energía, la sensación de que lo que estaba ocurriendo era el resultado de una fuerza colectiva y no de una decisión individual tomada en algún lugar al que la colectividad no tenía acceso.

Gilberto llegó temprano. Llegó temprano porque Renato le había pedido que lo acompañara, y porque esa era una de las pocas cosas que podía hacer por Renato que no requería nada de lo que ya no tenía.

El auditorio olía a gente y a café y a ese entusiasmo específico de los eventos políticos que han sido bien producidos, donde la emoción en el ambiente no es espontánea sino inducida con la precisión de quien sabe exactamente qué temperatura necesita el espacio para que las cámaras recojan lo que tienen que recoger. Las pantallas gigantes mostraban imágenes del movimiento durante los últimos años, los rostros de la gente, los discursos, los momentos que habían sido seleccionados para construir la narrativa de que lo que iba a ocurrir esa tarde era el resultado natural de todo lo que había ocurrido antes.

Los seis estaban en una sala lateral, separados del público, esperando. Sonia estaba en un rincón con su equipo más cercano, revisando algo en su teléfono con esa concentración de quien trabaja hasta el último segundo antes de que el trabajo cambie de naturaleza. Tiberio estaba de pie junto a la puerta, con el maletín, mirando hacia la sala principal a través de un vidrio unidireccional con la expresión de quien observa el funcionamiento de un mecanismo que ha construido y que ahora solo necesita dejarse funcionar.

Mariano estaba sentado en una silla al fondo de la sala, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas, en la postura de quien sostiene algo pesado con el cuerpo porque no puede sostenerlo de otra manera. Gilberto se acercó y se sentó a su lado.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Aquí —dijo Mariano.

Era la misma respuesta que Gilberto había dado esa mañana cuando Jackson le preguntó si estaba listo, y en ese momento entendió que era la única respuesta honesta cuando la pregunta era más grande que cualquier adjetivo disponible.

—¿Vas a subir? —le preguntó Gilberto.

Mariano tardó en responder. Miró hacia las pantallas que podían verse a través del vidrio, donde en ese momento aparecía una imagen de Sonia en una comunidad rural, escuchando a una mujer anciana con esa atención que Gilberto ahora sabía leer con más precisión que antes: no era empatía sino evaluación, no era conexión sino cálculo, y sin embargo en la pantalla se veía exactamente como lo primero.

—No —dijo Mariano finalmente.

—¿Seguro?

—Seguro —dijo—. No voy a subir al estrado a levantar su mano. No porque esté en su contra. Sino porque no puedo hacerlo de manera creíble, y la falta de credibilidad en ese gesto sería peor que la ausencia.

—Van a interpretarlo como una ruptura.

—Que lo interpreten como quieran —dijo Mariano—. Hace semanas que dejé de gestionar las interpretaciones. Es agotador y es inútil, porque la interpretación que otros hacen de lo que uno hace es independiente de lo que uno hace.

Germán, en cambio, estaba en movimiento. Se desplazaba por la sala lateral con esa energía suya que no encontraba la manera de contenerse en un espacio cerrado, hablando por teléfono, enviando mensajes, coordinando algo que Gilberto no alcanzaba a escuchar pero que por el tono era urgente. Cuando colgó, se acercó a Gilberto con una expresión que era una mezcla de indignación y desconcierto, como si los números que había escuchado el domingo todavía no terminaran de cuadrarse con algo que él sabía pero que no podía articular completamente.

—¿Tú crees que esos números son reales? —le preguntó a Gilberto, en voz baja.

Gilberto lo miró.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a si la encuesta se hizo de verdad o si el resultado ya estaba escrito antes —dijo Germán, con esa franqueza suya que no calculaba si era el momento correcto para decir lo que pensaba.

—No tengo información sobre eso —dijo Gilberto.

Era la segunda mentira más cómoda que había dicho en todo el proceso. La primera había sido decirle a Renato que no podía cenar con él.

—Yo sí creo que estaba escrito —dijo Germán—. Y voy a decirlo.

—¿Dónde?

—Aquí —dijo Germán—. Cuando me den el micrófono para el turno de palabras.

—Germán —dijo Gilberto—, si lo dices aquí, en este acto, sin evidencia, van a presentarlo como la reacción de alguien que no puede aceptar una derrota.

—Ya lo sé —dijo Germán—. Pero si no lo digo aquí, ¿dónde lo digo? ¿En una declaración posterior que nadie va a leer? ¿En una entrevista que van a editar hasta que no quede nada de lo que dije?

No tenía una respuesta para eso. Porque Germán tenía razón en el diagnóstico aunque se equivocara en el método, y esa combinación era exactamente la que el sistema había diseñado que tuviera: que viera claro y actuara mal, para que ver claro y actuar mal produjeran el mismo resultado que no ver nada.

El acto comenzó a las cinco de la tarde. Gilberto lo observó desde la sala lateral durante los primeros minutos y luego se desplazó hacia el fondo del auditorio, desde donde podía ver tanto el escenario como la reacción del público.

El Gran Arquitecto habló primero, con esa habilidad suya de producir en el auditorio la temperatura emocional exacta que necesitaba. Habló del proceso, de la participación, de la fortaleza del movimiento que había demostrado su capacidad de renovarse desde adentro. Cada frase era técnicamente verdadera y estructuralmente falsa, que era la combinación más difícil de refutar porque no había ningún elemento individual que fuera mentira.

Luego anunció el resultado.

Los números fueron los mismos que Tiberio había leído el domingo en la sala del hotel, pero en ese espacio, con esas pantallas y con esa multitud, sonaron diferentes. Sonaron como una verdad que el mundo acababa de descubrir, no como una decisión que el mundo acababa de conocer porque alguien había decidido que era el momento de que la conociera.

La reacción de Sonia al escuchar su nombre fue exactamente lo que Gilberto esperaba y exactamente lo que el público necesitaba ver: un momento breve de emoción contenida, una mano llevada al corazón, los ojos ligeramente brillantes, la expresión de quien ha llegado al final de un camino largo y difícil y permite que eso se vea por un instante antes de volver a ser la persona que necesita ser a partir de ese momento.

Era una actuación perfecta. O quizás no era una actuación. Eso era lo que Gilberto nunca terminaría de saber sobre Sonia: si lo que hacía era calcular tan bien que parecía genuino o si era genuino de una manera que él no era capaz de reconocer desde afuera.

Mariano no subió al escenario. Su ausencia fue advertida por quien tenía razones para advertirla y pasada por alto por el resto, que en ese momento no tenía ojos para las ausencias sino para la presencia que ocupaba el centro.

Germán sí subió. Le habían dado tres minutos para hablar, que era el mismo tiempo que a los demás, y en esos tres minutos hizo exactamente lo que había dicho que haría.

—Felicitó a Sonia Roble Bueno por el resultado —dijo, con una voz que era firme sin ser agresiva—. Y quiero dejar constancia, en este espacio y ante este movimiento que me importa genuinamente, de que el proceso que produjo este resultado merece ser revisado. No porque yo no acepte la derrota. Sino porque los movimientos que se dicen transformadores tienen la obligación de ser más transparentes que los que quieren transformar. Si no somos capaces de aplicarnos los estándares que le exigimos al sistema que criticamos, entonces no somos una alternativa. Somos el mismo sistema con otra cara.

Hubo un silencio en el auditorio que duró exactamente lo que Gilberto había predicho que duraría: dos segundos. Luego empezó el murmullo. Luego alguien del equipo de comunicación, desde un lugar que Gilberto no alcanzó a ver, inició los aplausos, y los aplausos borraron el murmullo y el murmullo borró el silencio y el silencio borró lo que Germán había dicho.

No porque nadie lo hubiera escuchado. Sino porque el sistema de producción del evento era más fuerte que cualquier cosa que pudiera decirse dentro de él.

En la habitación de la Fiscalía, Jackson levantó la vista de la libreta.

—¿Y la reacción posterior?

—Inmediata y predecible —dijo Gilberto—. Los medios afines al movimiento titularon con la imagen de Sonia y no con las palabras de Germán. Los medios críticos titularon con las palabras de Germán pero en un contexto que las presentaba como la reacción de alguien que no puede aceptar su derrota, que era exactamente lo que Tiberio había predicho semanas antes. En cuarenta y ocho horas, la narrativa instalada era que Germán había tenido un impase, que el movimiento era suficientemente maduro para contenerlo, y que Sonia había respondido con la generosidad de quien puede permitirse ser generosa porque ha ganado.

—¿Y Mariano?

—Mariano salió por la puerta de servicio —dijo Gilberto—. Literalmente. Mientras el acto continuaba en el auditorio, mientras las adhesiones llegaban al escenario con la rapidez de los cuerpos que saben orientarse hacia el calor, Mariano salió por la puerta de servicio del edificio, que daba a un callejón donde había contenedores de basura y el ruido amortiguado del auditorio al otro lado de la pared.

Gilberto lo siguió. No porque lo hubiera planeado sino porque algo, algún impulso que todavía no sabía nombrar con precisión, lo condujo hacia esa puerta en el momento en que Mariano cruzaba.

Afuera llovía. Una lluvia fina y constante, del tipo que no moja de golpe sino que va acumulándose en la ropa con una paciencia que resulta más inevitable que cualquier aguacero.

Mariano caminaba sin apresurarse, con las manos en los bolsillos del saco, sin paraguas, dejándose mojar con la actitud de quien ha decidido que ya no hay nada suficientemente importante como para protegerse de ello.

Gilberto caminó a su lado durante media cuadra sin decir nada.

—¿A dónde vas? —le preguntó finalmente.

—A ningún lado específico —dijo Mariano—. A algún lugar que no sea ese auditorio.

—¿Quieres compañía?

Mariano lo miró de costado, con la lluvia en el pelo y en el saco, con esa expresión que ya no era la del diplomático ni la del candidato ni la del hombre cansado del hotel de Berlín. Era una expresión más simple y más difícil de sostener: la de alguien que acaba de quedar sin el marco que lo definía y todavía no sabe qué hay debajo.

—No —dijo—. Gracias.

Siguió caminando. Gilberto se detuvo. Lo vio alejarse por la acera mojada, con el paso regular que siempre había tenido, sin apresurarse, sin el acompañamiento que durante años lo había rodeado, solo en esa lluvia fina que seguía acumulándose sobre su saco con la paciencia de las cosas inevitables.

Esa imagen, el jabalí caminando solo bajo la lluvia hacia ningún lado específico, era la que Gilberto cargaba con más peso de todo lo que había vivido en ese proceso. No porque fuera la más injusta. Sino porque era la más real: un hombre reducido a sus pasos en una acera mojada, sin nada que lo definiera excepto la manera de caminar, que seguía siendo la misma.

En el auditorio, al otro lado de la pared, el acto continuaba.

Gilberto permaneció en la acera bajo la lluvia durante un momento que no supo cuantificar, mirando el punto donde Mariano había doblado en la esquina y había desaparecido, y pensó que en ese doblaje había algo que era el resumen de todo el proceso: la manera en que las personas que el sistema no necesita desaparecen de la escena sin que nadie lo declare, sin que nadie lo anuncie, sin que haya un momento formal de salida. Simplemente dejan de estar, y el espacio que ocupaban se llena de inmediato con algo o con alguien, y al poco tiempo es imposible recordar exactamente dónde estaban antes.

Regresó al auditorio. Encontró a Germán en el lobby, rodeado de un grupo de seguidores que habían escuchado sus palabras y que ahora lo rodeaban con esa mezcla de admiración y urgencia de quien quiere que el momento no termine. Germán les hablaba con esa energía suya que no se agotaba, con esa capacidad de estar completamente presente con quien tenía enfrente, y Gilberto pensó que eso también era el resumen de Germán: que incluso en la derrota, incluso cuando la noria giraba ya sin corriente que la impulsara, la energía seguía siendo real. Seguía siendo genuina. El sistema podía quitarle el agua pero no podía quitarle el giro. Y el giro, inútil o no, seguía siendo suyo.

En la habitación de la Fiscalía, Jackson cerró la libreta un momento.

—¿Y usted qué hizo el resto de esa noche? —preguntó.

—Me fui a mi casa —dijo Gilberto—. Llegué, me senté en la sala, no encendí ninguna pantalla, no llamé a nadie. Me quedé en silencio durante no sé cuánto tiempo, escuchando el ruido de la ciudad afuera, pensando en Mariano bajo la lluvia y en Germán rodeado de su gente y en Renato en algún lugar que no conocía y en Tiberio con su maletín y en Sonia en el centro del escenario.

Hizo una pausa.

—Y pensé que el sistema había funcionado exactamente como estaba diseñado para funcionar —dijo—. Que nadie había cometido ningún error desde la perspectiva del sistema. Que todo había ocurrido de la manera en

que debía ocurrir para que el resultado fuera el resultado. Y que yo había sido parte de ese funcionamiento, voluntariamente o no, conscientemente o no, y que esa participación no se borraba por el hecho de que ahora me resultara incómoda.

—¿Y cuándo decidió hablar?

—No fue una decisión —dijo Gilberto—. Fue un proceso. Que empezó esa noche y que tardó meses en completarse. Que requirió que ocurrieran otras cosas que todavía no le he contado y que son las que más directamente interesan al caso que usted está construyendo. Pero que empezó ahí, en esa sala de mi casa, en el silencio de esa noche, cuando por primera vez en mucho tiempo no calculé nada. No calculé qué me convenía, no calculé qué riesgos tenía, no calculé qué podía ganar o perder. Simplemente me quedé ahí, en el silencio, y dejé que lo que había vivido pesara lo que pesaba sin intentar administrar ese peso.

—¿Y qué sintió?

Gilberto lo miró.

—Sentí que había desperdiciado algo —dijo—. No el proceso, no el cargo, no las posibilidades que se cerraron. Algo anterior y más importante. Sentí que había desperdiciado la única oportunidad que tuvo de ser el hombre que creyó que era cuando entró a todo esto. Y que esa oportunidad no volvería. Y que lo único que podía hacer con eso era decirlo, para que al menos quedara dicho, aunque no sirviera para nada más.

Volvió a mirar a Jackson con esa serenidad que el fiscal había aprendido a reconocer como la serenidad específica de quien ya no tiene nada que perder.

—¿Continuamos? —preguntó Gilberto.

—Continuamos —dijo Jackson.

CAPÍTULO 12

La paz de Tiberio

Ciudad de México, invierno tardío

Jackson había pedido que trajeran más café. Era la cuarta vez en el día, lo que Gilberto interpretaba como una señal de que la jornada iba a extenderse más de lo previsto, o como una señal de que lo que venía requería la atención específica que produce la cafeína cuando uno ya ha escuchado demasiado y necesita seguir escuchando. O ambas cosas, que en ese contexto no se excluían.

—La reordenación —dijo Gilberto, sin esperar la pregunta de Jackson, porque ya conocía el ritmo y sabía que ese era el siguiente capítulo del relato.

—La reordenación —confirmó Jackson.

—Lo que Tiberio llamaba, cuando hablaba de eso con quienes podían escucharlo, la normalización del nuevo estado de cosas. Que era una frase que sonaba burocrática y que describía algo que en la práctica era quirúrgico. La manera en que el sistema digería a quienes habían sido útiles y ya no lo eran, sin que ese proceso de digestión produjera ruido ni escándalo ni ninguna de las marcas visibles que habría dejado una confrontación directa.

Bebió un sorbo de café y miró la taza un momento antes de continuar.

El lunes siguiente al acto del auditorio, Gilberto recibió una llamada del asistente de Tiberio. No de Tiberio, sino de su asistente, lo que ya era en sí mismo una gradación de importancia que el sistema usaba con precisión: las llamadas de Tiberio eran para los que todavía importaban de cierta manera. Las llamadas de su asistente eran para los que habían pasado a otra categoría.

El asistente le comunicó que el licenciado Gómez Hernández lo esperaba el miércoles a las diez. En la misma oficina de siempre. Con el mismo café recalentado y el mismo olor a papel viejo que hacía que ese espacio fuera reconocible desde el umbral.

Gilberto llegó puntual. Tiberio estaba detrás del escritorio, revisando documentos con esa lentitud que no era pereza sino deliberación. Levantó la vista cuando Gilberto entró, lo invitó a sentarse con un gesto, y durante un momento ninguno de los dos dijo nada, como si ambos estuvieran esperando que el espacio se asentara antes de comenzar.

—¿Cómo está? —preguntó Tiberio finalmente.

—Bien —dijo Gilberto.

—Bien —repitió Tiberio, con el tono de quien registra una respuesta sin evaluarla—. Me alegra escucharlo.

Tomó una hoja de la pila de los pendientes, la revisó, la colocó en la pila de las revisadas.

—Lo que quiero decirle hoy —dijo— es breve. Y no requiere respuesta inmediata. Requiere reflexión, que es diferente.

—Adelante —dijo Gilberto.

—El proceso terminó —dijo Tiberio—. Lo que comienza ahora es la siguiente fase, que es distinta en sus prioridades y en sus requerimientos. En esa siguiente fase, su perfil tiene opciones. No las mismas opciones que hace seis meses, que sería inexacto pretender. Pero opciones reales, dentro de los parámetros que el nuevo estado de cosas permite.

—¿Qué tipo de opciones?

Tiberio abrió el cajón superior del escritorio y sacó una hoja que colocó sobre la mesa sin deslizarla hacia Gilberto, como si fuera un documento que podía ver pero no tocar todavía.

—Hay una coordinación regional en el sureste que va a quedar disponible en los próximos meses —dijo—. No es un cargo de visibilidad, pero tiene sustancia operativa y tiene presupuesto real. Hay también una posición en el organismo de vinculación internacional, que sería coherente con su trayectoria en el Senado. Y hay una tercera opción que es más discreta pero que en términos de influencia real es la más relevante de las tres: una asesoría directa al equipo de transición de Sonia, sin cargo formal, sin título, pero con acceso.

Gilberto miró la hoja sin leerla.

—¿Cuál es el criterio para elegir? —preguntó.

—El criterio es lo que usted quiera hacer con el tiempo que le queda en esto —dijo Tiberio—. Las tres opciones son viables. Las tres tienen condiciones distintas. La primera requiere salir de la ciudad. La segunda requiere un perfil más bajo del que usted ha tenido. La tercera requiere algo que no es fácil de pedir: discreción absoluta y la comprensión de que el trabajo que se hace en ese espacio no va a tener reconocimiento visible.

—¿Y si no elijo ninguna de las tres?

Tiberio lo miró con esa expresión que no era amabilidad ni hostilidad.

—Esa también es una opción —dijo—. Con sus propias consecuencias, que no son punitivas pero que son reales. Quien no está en ningún lugar del sistema está fuera del sistema. Y estar fuera del sistema, en este país y en este momento, tiene implicaciones que usted conoce mejor que yo.

—¿Está hablándome de protección?

—Estoy hablándole de pertenencia —dijo Tiberio—. La protección es un concepto que implica una amenaza previa. La pertenencia es más simple: quien pertenece tiene un lugar. Quien no pertenece no tiene ninguno. Esa es la diferencia entre las opciones que le ofrezco y lo que está del otro lado de esas opciones.

Gilberto pensó en Mariano caminando bajo la lluvia hacia ningún lugar específico. Pensó en Germán rodeado de su gente en el lobby del auditorio, con la energía intacta y la corriente cortada. Pensó en Renato revisando documentos que ya no tenían relevancia con la concentración de quien se aferra a la lógica de la tarea cuando todo lo demás ha dejado de tener lógica.

—¿Qué pasó con los otros? —preguntó Gilberto.

Tiberio no se sorprendió por la pregunta. La incorporó con la naturalidad de quien la esperaba.

—Mariano va a recibir una oferta similar a la de usted —dijo—. Probablemente no en los mismos términos porque su situación es distinta, pero dentro del mismo rango de posibilidades. Si la acepta, bien. Si no la acepta, eso también es una decisión con consecuencias.

—¿Y Germán?

—Germán tiene su territorio —dijo Tiberio—. Lo que haga con él es cosa suya. El movimiento no va a interferir en su trabajo territorial siempre que ese trabajo se mantenga dentro de ciertos parámetros que él conoce aunque no los haya aceptado explícitamente.

—¿Y Renato?

—Renato ya eligió —dijo Tiberio—. Es un hombre que cuando toma una decisión no necesita mucho tiempo. Le hicieron la oferta el viernes. Respondió el mismo viernes.

—¿La embajada?

Tiberio asintió levemente, lo que en su lenguaje era la confirmación más explícita que daba sobre cosas que prefería no confirmar.

—¿Y a usted? —preguntó Gilberto—. ¿Qué le pasa a usted en esta nueva fase?

Era la primera vez en toda su relación con Tiberio que le hacía esa pregunta, y lo sabía. Era también, sospechaba, una pregunta que Tiberio no esperaba, no porque fuera impredecible sino porque nadie que estuviera en esa silla había pensado hacerla antes.

Tiberio lo miró durante un momento que se extendió más de lo habitual.

—Yo sigo —dijo.

—¿En el mismo lugar?

—En el lugar que corresponde —dijo Tiberio—. Que no siempre es el mismo pero que siempre existe. El sistema necesita memoria. Mientras necesite memoria, yo tengo un lugar.

—¿Y cuando deje de necesitarla?

Algo que podría haber sido una sonrisa asomó en la expresión de Tiberio, tan brevemente que Gilberto no pudo estar seguro de haberlo visto.

—Los sistemas que dejan de necesitar memoria —dijo— no duran lo suficiente para que esa pregunta sea relevante.

Gilberto salió de esa oficina con la hoja en la mano, que Tiberio le había deslizado al final de la conversación con el mismo gesto preciso con que hacía todo, y caminó por los pasillos del Palacio con la sensación de estar caminando por un lugar que ya no le pertenecía de la misma manera aunque nada visible hubiera cambiado. Los mismos techos altos, los mismos pisos de mármol, las mismas personas moviéndose con la urgencia específica de los que trabajan en lugares donde el tiempo siempre es un recurso escaso. Todo igual. Y sin embargo con una cualidad distinta, la cualidad de los espacios que uno ha comenzado a ver desde afuera aunque todavía esté dentro.

En la habitación de la Fiscalía, Jackson había dejado de escribir.

—¿Elegió alguna de las tres opciones? —preguntó.

—No de inmediato —dijo Gilberto—. Pedí tiempo. Tiberio me lo dio con la generosidad de quien sabe que el tiempo que le da a alguien no cambia el resultado sino que solo lo difiere. Y durante ese tiempo ocurrieron cosas que cambiaron los términos de todo lo que hasta ese momento había calculado.

—¿Qué cosas?

—Las que me trajeron aquí —dijo Gilberto—. Que son las que más directamente interesan al caso y que voy a contarle con todo el detalle que tengo, porque ese detalle es exactamente lo que firmé cuando acepté el acuerdo de cooperación.

Jackson abrió una nueva sección de la libreta, marcó algo en el margen, y se preparó para escuchar.

—Durante las semanas que siguieron al anuncio —dijo Gilberto—, mientras yo todavía estaba considerando las opciones que Tiberio me había presentado, tuve acceso a información que no estaba en los documentos que ya le entregué. Información sobre las operaciones de financiamiento del movimiento que incluían, entre otras cosas, los mecanismos mediante los cuales recursos del erario mexicano fueron transferidos a cuentas en el exterior, parte de las cuales estaban vinculadas a la adquisición de precursores químicos que terminaron en la cadena de producción de fentanilo que llegó a territorio estadounidense.

El silencio en la habitación fue el silencio que produce una frase que cambia la naturaleza de todo lo que se ha dicho antes, no porque lo contradiga sino porque le da un contexto que lo hace más grave de lo que parecía.

—¿Cómo tuvo acceso a esa información? —preguntó Jackson.

—Porque alguien decidió que yo debía tenerla —dijo Gilberto—. Alguien que estaba dentro del sistema y que había llegado al mismo punto al que yo estaba llegando: el punto en que el costo de seguir callando supera el costo de hablar. Esa persona me buscó. Me eligió porque conocía mi situación y calculó que yo era el canal más viable para que esa información llegara a donde tenía que llegar.

—¿Quién es esa persona?

—Esa persona —dijo Gilberto— está en el siguiente capítulo de esta declaración. Y su identidad, y la documentación que me entregó, y el rastro completo de cómo esa documentación conecta a personas específicas con operaciones específicas que ocurrieron en territorio mexicano con consecuencias directas en territorio estadounidense, es la parte central de lo que vine a declarar.

Jackson cerró la libreta por un momento. La miró. La volvió a abrir.

—¿Está seguro de querer continuar hoy? —preguntó.

—Estoy seguro —dijo Gilberto—. No porque sea fácil. Sino porque es lo que sigue. Y lo que sigue es lo único que justifica todo lo que ya dije.

Hizo una pausa y miró al fiscal con la expresión de quien ha llegado al punto en que ya no hay manera de volver a donde estaba.

—La paz de Tiberio —dijo— duró exactamente lo que dura la paz de cualquier sistema que se sostiene sobre secretos: hasta que alguien decide que los secretos cuestan más de lo que protegen. Y ese alguien, en este caso, fui yo. Aunque tardé en serlo. Aunque hubo momentos en que estuve a punto de no serlo. Aunque si le digo que no tuve miedo estaría mintiéndole, y lo que firmé cuando llegué a este edificio fue decir la verdad, incluso cuando la verdad incluye que tuve miedo y que el miedo casi ganó.

—¿Y qué hizo que no ganara?

Gilberto pensó en la respuesta durante un momento genuino.

—Mariano bajo la lluvia —dijo finalmente—. Esa imagen. Un hombre reducido a sus pasos en una acera mojada porque el sistema decidió que ya no lo necesitaba. Y la certeza de que si yo no decía lo que sabía, esa imagen iba a repetirse con otros nombres, en otras aceras, bajo otras lluvias, indefinidamente. Hasta que alguien dijera algo. Y si ese alguien podía ser yo, entonces tenía que ser yo.

Jackson lo miró durante un momento.

—Continuamos mañana —dijo—. Con lo que sigue.

—Con lo que sigue —confirmó Gilberto.

Y en esa confirmación, breve y sin énfasis, estaba todo lo que quedaba por decir y todo lo que ese decirlo iba a costar, que era más de lo que había calculado cuando firmó el acuerdo y menos de lo que costaría no haberlo dicho.

CAPÍTULO 13

La última noche de Romero Araujo

Ciudad de México y Nueva York, invierno

El tercer día de declaración comenzó con lluvia. No la lluvia fina y constante que Gilberto había descrito en el capítulo de Mariano, sino una lluvia más decidida, con peso, de las que golpean los vidrios con una insistencia que hace que el interior de cualquier habitación parezca más cerrado de lo que es. Jackson llegó con el abrigo mojado y lo colgó detrás de la puerta antes de sentarse. Gilberto ya estaba en su lugar, como siempre, aunque esta vez con una expresión distinta a la de los días anteriores: no la serenidad del que ha decidido hablar sino algo más parecido a la concentración del que está a punto de decir lo más difícil y sabe que no puede permitirse equivocarse en la manera de decirlo.

—Buenos días —dijo Jackson.

—Buenos días —dijo Gilberto.

Ninguno de los dos preguntó cómo había dormido el otro. Ya habían superado esa cortesía.

—¿Por dónde empezamos hoy? —preguntó Jackson.

—Por el principio de lo que usted realmente necesita —dijo Gilberto—. Que no es la historia del proceso de sucesión, aunque esa historia sea el contexto sin el cual lo demás no se entiende. Lo que usted realmente necesita es la cadena. La cadena que conecta las finanzas del movimiento con las operaciones que cruzaron la frontera. Y esa cadena empieza con una persona que voy a nombrar hoy por primera vez en cualquier declaración oficial.

Jackson tomó la pluma con una atención que no había mostrado en ningún momento de los dos días anteriores, lo que era una señal de que lo que venía era la razón real por la que Gilberto estaba en esa habitación.

—Su nombre —dijo Gilberto— es Aurelio Brambila.

Jackson anotó sin cambiar de expresión.

—El mismo Brambila que era jefe de comunicación —dijo.

—El mismo —confirmó Gilberto—. Que era jefe de comunicación hacia afuera y era otra cosa hacia adentro. Que tenía una doble función que yo tardé en comprender porque la función visible era tan coherente y tan bien ejecutada que hacía casi imposible ver la función invisible que operaba en paralelo.

Brambila había sido el primero en recibir la noticia del colapso de la Línea Elevada. Eso era lo que todos sabían, porque era lo que había ocurrido en la sala de guerra delante de todos. Lo que nadie sabía, o lo que muy pocas personas sabían, era que Brambila había recibido la noticia cuarenta minutos antes, en una llamada a su teléfono personal que no fue a través de los canales oficiales de comunicación de emergencias sino a través de un número que Gilberto tardó meses en rastrear y que cuando rastreó conectaba con una empresa constructora que había participado en la licitación original de la línea y que había perdido esa licitación de una manera que en el momento pareció procedimental y que en retrospectiva era otra cosa.

—¿Qué era en retrospectiva? —preguntó Jackson.

—Era el primer eslabón de la cadena —dijo Gilberto—. La empresa que perdió la licitación no la perdió porque su propuesta fuera inferior. La perdió porque la empresa que ganó había acordado, como parte de los términos no escritos del contrato, realizar ciertos pagos a ciertas cuentas en ciertos momentos que coincidían con los ciclos electorales del movimiento. Brambila era el enlace. No el beneficiario final, no el arquitecto del esquema, sino el enlace: la persona que conocía los dos lados de la operación y que garantizaba que el flujo de información entre ambos lados se mantuviera sincronizado.

—¿Y cómo llegó usted a esa información?

—Por Brambila mismo —dijo Gilberto.

Jackson levantó la vista de la libreta.

—Brambila me buscó —continuó Gilberto—. Tres semanas después del anuncio, cuando yo todavía estaba considerando las opciones que Tiberio me había presentado y cuando el proceso de reordenación estaba en su fase más activa. Me llamó desde un número que no reconocí, en un horario inusual, y cuando contesté me dijo que necesitaba verme. No en ninguna oficina. En un lugar que él elegiría y que me comunicaría el día antes de la reunión.

El lugar resultó ser una taquería en la colonia Guerrero, de esas que abren a las siete de la mañana y que tienen las mesas con hule plastificado y los vasos de agua con sabor a cloro y donde la única razón por la que uno puede estar a esa hora sin llamar la atención es que genuinamente tiene hambre. Gilberto llegó con hambre porque no había desayunado, lo que en retrospectiva le pareció una forma de preparación involuntaria que resultó adecuada para el tipo de conversación que iba a tener.

Brambila ya estaba en una mesa al fondo cuando Gilberto llegó. Tenía un café y un plato de tacos que no había tocado, y una expresión que Gilberto no le había visto antes en todos los meses que habían trabajado en el mismo entorno: la expresión de alguien que ha cruzado una línea que no sabía que iba a cruzar y que todavía no sabe con certeza si fue la decisión correcta.

—Gracias por venir —dijo Brambila.

—No me diste muchas opciones de cómo decir que no —respondió Gilberto, sentándose.

—No —admitió Brambila—. Deliberadamente.

Pidieron más café. El mesero lo trajo sin preguntar nada, con esa eficiencia de los lugares donde el cliente es anónimo por diseño y por costumbre.

—¿Cuánto tiempo llevas en esto? —le preguntó Gilberto.

—¿En el movimiento o en lo otro?

—En lo otro.

Brambila miró su café.

—Desde el principio —dijo—. Aunque al principio no sabía exactamente en qué estaba. Así funciona esto: te incorporan a algo que parece razonable, que tiene una lógica que puedes seguir, y cuando entiendes la lógica completa ya llevas suficiente tiempo adentro para que salirte tenga un costo que no puedes pagar.

—¿Y ahora?

—Ahora el costo de quedarme es mayor —dijo Brambila—. Eso es todo. No estoy aquí por conciencia moral, Gilberto. Estoy aquí porque hice los cálculos y los cálculos cambiaron.

Era la honestidad más brutal que Gilberto había escuchado en todo el proceso, y paradójicamente era la que le generaba más confianza, porque la deshonestidad disfrazada de honestidad era el idioma del sistema, y esto no sonaba a eso.

—¿Qué tienes? —preguntó Gilberto.

Brambila metió la mano al bolsillo interior del saco y sacó un sobre. No blanco con lacre rojo como el del hotel. Un sobre manila, ordinario, del tipo que se compra en cualquier papelería, sin nada escrito en el exterior.

—Dentro de ese sobre —dijo— hay una memoria USB. En la memoria USB hay tres carpetas. La primera contiene los estados de cuenta de dieciséis transacciones que van desde cuentas en México hacia cuentas en Panamá, Islas Caimán y Delaware, en un período de cuatro años. La segunda carpeta contiene la documentación que vincula esas cuentas con personas específicas del círculo del Gran Arquitecto, incluyendo al Gran Arquitecto. La tercera carpeta contiene algo que va más allá de lo que yo esperaba encontrar cuando empecé a jalar este hilo.

—¿Qué contiene?

—Contratos —dijo Brambila—. Contratos de suministro de precursores químicos, firmados por personas interpuestas, que conectan recursos del movimiento con proveedores en China que suministran a laboratorios en Sinaloa y Sonora que producen el fentanilo que llega a Estados Unidos.

El silencio que siguió no fue el silencio de la sorpresa sino el silencio del reconocimiento: Gilberto ya lo sospechaba, ya tenía piezas que apuntaban en esa dirección, pero escucharlo articulado de esa manera, con carpetas y contratos y cuentas específicas, lo hacía real de una manera que la sospecha no podía hacer.

—¿Por qué yo? —preguntó Gilberto.

—Porque eres el único de los que conozco que tiene razones suficientes para ir a donde esto tiene que ir —dijo Brambila—. Mariano podría haberlo hecho pero Mariano ya no tiene la posición ni los contactos para que esto llegue a algún lugar que importe. Renato lo haría bien pero Renato ya aceptó la embajada y con eso aceptó ciertas condiciones que lo atan. Germán lo haría sin calcular las consecuencias, que en este caso podría costarle la vida. Y los demás ni siquiera están en la lista.

—¿Y yo por qué puedo hacerlo?

—Porque todavía no elegiste —dijo Brambila—. Tiberio te dio opciones y todavía no elegiste. Eso te da una ventana. Pequeña. Que se va a cerrar en cuanto elijas o en cuanto alguien decida cerrarla por ti.

—¿Y si elijo una de las opciones de Tiberio?

—Entonces esta conversación no ocurrió y este sobre no existe —dijo Brambila—. Y las personas que deberían responder por lo que está en ese sobre seguirán sin responder, que es lo que ha ocurrido hasta ahora y lo

que ocurrirá indefinidamente si nadie hace algo distinto a lo que todos hemos estado haciendo.

Gilberto miró el sobre sobre la mesa. Pensó en Tiberio y su hoja con las tres opciones. Pensó en Mariano bajo la lluvia. Pensó en los nombres en la libreta rayada de Germán, el hombre del terreno, la mujer del centro de salud, el muchacho que dejó la escuela, el anciano del pozo contaminado. Pensó en los números del fentanilo, en las muertes que esos números representaban, en las familias al otro lado de la frontera que no tenían ninguna relación con el movimiento ni con el proceso de sucesión ni con ninguna de las cosas que habían ocupado los últimos meses de su vida.

Tomó el sobre.

—¿Qué necesitas de mí? —preguntó.

—Que llegue a quien tiene que llegar —dijo Brambila—. Yo no puedo ser el que lo lleva. Mi cara ya está demasiado asociada con el movimiento. Necesito alguien que pueda presentarse en otro lado sin levantar las alarmas equivocadas.

—¿En qué otro lado?

—En el único lado que puede hacer algo con esto —dijo Brambila—. El Departamento de Justicia de Estados Unidos. Que lleva años construyendo un caso sobre el financiamiento del narco en México y que tiene autoridad para actuar de maneras que ninguna institución mexicana va a actuar mientras el movimiento tenga el control que tiene.

En la habitación de la Fiscalía, Jackson había llenado varias páginas sin parar. Levantó la vista.

—¿Y Brambila? —preguntó—. ¿Dónde está ahora?

—Brambila está en un lugar seguro —dijo Gilberto—. Que no voy a nombrar aquí porque nombrarlo haría que dejara de ser seguro. Lo que sí puedo decirle es que está dispuesto a declarar cuando el Departamento de Justicia lo considere necesario, y que los materiales que me entregó son los mismos materiales que yo entregué como parte del acuerdo de cooperación y que usted ya tiene en su poder.

—¿Verificamos su autenticidad?

—Sus peritos ya lo hicieron —dijo Gilberto—. Usted me lo confirmó cuando firmamos el acuerdo. Por eso estoy aquí.

Jackson asintió.

—¿Cuándo salió usted de México?

—Cuarenta y ocho horas después de la taquería —dijo Gilberto—. No porque alguien me hubiera amenazado explícitamente. Sino porque entendí que la ventana que Brambila había descrito era real y que cuarenta y ocho horas era el máximo tiempo que podía darme para arreglar lo que tenía que arreglar antes de salir.

—¿Qué arregló?

—Cerré mi oficina —dijo Gilberto—. No de la manera formal, no con una renuncia ni con un comunicado ni con ninguno de los protocolos que el sistema espera. Simplemente vacié los cajones, tomé lo que era mío en sentido estricto, que era menos de lo que esperaba porque la mayor parte de lo que había acumulado en esa oficina durante años pertenecía al cargo y no a mí, y salí.

—¿Habló con alguien antes de salir?

—Intenté hablar con Sonia —dijo Gilberto.

Jackson levantó la vista.

—¿Por qué con Sonia?

—Porque me parecía necesario —dijo Gilberto—. No para decirle lo que iba a hacer. Para decirle lo que sabía. Para darle la oportunidad de que lo que venía no la destruyera completamente. Porque hay una parte de mí que todavía cree, aunque no pueda demostrarlo, que Sonia no sabía todo lo que estaba en esas carpetas. Que el sistema la usó a ella también, de otra manera y en otra dirección, pero que también fue construida para un propósito que no era completamente el suyo.

—¿Logró hablar con ella?

—Me recibió —dijo Gilberto—. En su nueva oficina, que ya era la oficina de quien iba a ser presidenta y no la de quien estaba compitiendo para serlo. Llegué sin cita, lo que en ese entorno era una anomalía suficientemente grande como para que su equipo lo notara, pero que de alguna manera, quizás porque nos conocíamos suficiente tiempo, no produjo el rechazo inmediato que debería haber producido.

La oficina era la misma de siempre pero con algo diferente en el aire, esa cualidad que adquieren los espacios cuando cambia quién los ocupa aunque los muebles sean los mismos. Sonia estaba de pie junto a la ventana, en una postura que Gilberto reconoció como la postura de quien está pensando en algo que no tiene que ver con lo que está a punto de ocurrir, esa forma de estar presente y ausente al mismo tiempo que Sonia manejaba mejor que nadie.

Lo vio entrar y no se movió de la ventana.

—Sabía que vendrías —dijo.

—¿Lo sabías?

—Lo esperaba —corrigió—. Que es diferente. Sabía que algo iba a ocurrir. No sabía exactamente qué.

—¿Y ahora lo sabes?

—Ahora tengo una idea —dijo Sonia—. Por la manera en que entraste. Por la hora. Por el hecho de que no llamaste antes.

Gilberto se acercó y se sentó en la silla frente a su escritorio, aunque Sonia no se lo hubiera indicado y aunque Sonia siguiera de pie junto a la ventana,

lo que producía una asimetría que en otro momento habría resultado incómoda y que en ese momento simplemente era.

—Tengo información —dijo Gilberto—. Sobre las finanzas del movimiento. Sobre operaciones que van más allá de lo que cualquiera de los que estamos en esta historia podría querer que saliera.

Sonia lo miró desde la ventana sin moverse.

—¿Y me lo estás diciendo a mí?

—Te lo estoy diciendo a ti porque creo que tienes derecho a saberlo antes de que lo sepa alguien más —dijo Gilberto—. No para que lo detengas, porque creo que ya no es posible detenerlo. Sino para que puedas prepararte. Para que lo que viene no te tome completamente por sorpresa.

—¿Adónde va esa información?

—Al lugar donde tiene que ir —dijo Gilberto.

Sonia no respondió de inmediato. Se alejó de la ventana y fue hacia su escritorio, no para sentarse sino para apoyar las manos en él, en esa postura de quien necesita algo sólido debajo de los dedos antes de decir lo que va a decir.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —preguntó.

—Sí.

—¿Y lo vas a hacer de todas formas.

—Sí.

Sonia lo miró durante un momento largo. En su expresión había varias cosas mezcladas que Gilberto no pudo separar con claridad: algo que podría haber sido respeto, algo que podría haber sido cálculo, algo que podría haber sido, si era posible que Sonia tuviera algo así, una sombra de lo que en otra persona habría sido miedo.

—¿Hay algo que yo pueda decirte que cambie eso? —preguntó.

—No —dijo Gilberto.

—Bien —dijo Sonia, y en esa sola palabra había un registro que Gilberto no esperaba: no era amenaza, no era resignación. Era algo más parecido al reconocimiento. La expresión de quien acepta una situación porque ya no puede cambiarla y decide, con la coherencia que la caracterizaba, no fingir que puede—. Entonces no voy a decirte nada. Porque decirte algo que no va a cambiar nada sería un desperdicio de los dos.

Se quedaron en silencio durante un momento.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo Gilberto.

—Adelante.

—¿Sabías lo del fentanilo?

El silencio que siguió a esa pregunta fue el silencio más denso de toda la conversación. Sonia no respondió de inmediato. Miró sus manos sobre el escritorio. Las apartó. Se incorporó.

—Sabía que había cosas que no sabía —dijo finalmente—. Y elegí no saber más. Que no es lo mismo que no saber. Y que sí es lo mismo que ser responsable de lo que ocurrió mientras no sabía.

Era la respuesta más honesta que Gilberto le había escuchado en todo el tiempo que se conocían. Y era también, pensó, la que más iba a costarle cuando todo saliera a la luz.

Se levantó. Se dirigió hacia la puerta.

—Gilberto —dijo Sonia, cuando ya tenía la mano en el picaporte.

Se giró.

—Cuando dejes de preguntarte si el tronco vale las hojas —dijo Sonia, con esa expresión que él ya no podía leer con la certeza de antes—, avísame. Aunque a estas alturas ya no sé si lo que me ibas a avisar sigue siendo relevante.

Gilberto abrió la puerta.

—Ya dejé de preguntármelo —dijo—. La respuesta es que no. Que no vale. Y que haberlo sabido antes habría cambiado todo.

Salió sin esperar respuesta.

En la habitación de la Fiscalía, Jackson había dejado de escribir desde varios minutos atrás. Cuando Gilberto terminó, el fiscal permaneció en silencio durante un momento que no era de procesamiento sino de algo más difícil de nombrar.

—¿Y después de esa conversación? —preguntó finalmente.

—Después de esa conversación fui a mi casa —dijo Gilberto—. Hice una maleta con lo que cabía en una maleta. Llamé a mi hermana para decirle que iba a viajar, sin decirle a dónde ni por cuánto tiempo, que era lo único que podía decirle en ese momento sin mentirle ni ponerla en riesgo. Y tomé el primer vuelo disponible hacia una ciudad que no tenía ninguna relación con nada de lo que había ocurrido, desde donde coordiné el contacto inicial con el Departamento de Justicia a través de un abogado que conocía de hace años y que resultó ser exactamente lo que necesitaba: alguien que entendiera lo que tenía y supiera cómo entregarlo de manera que produjera el efecto correcto.

—¿Y el vuelo a Nueva York?

—Tres semanas después —dijo Gilberto—. Cuando el acuerdo ya estaba en proceso y cuando la única decisión que quedaba era si firmarlo o no. Lo firmé porque era lo correcto. Y porque era lo único que quedaba.

—¿Tiene miedo ahora? —preguntó Jackson.

Gilberto pensó en la pregunta con la honestidad que había prometido.

—Tengo miedo —dijo—. No del proceso legal. Del tiempo que viene después. De lo que es un hombre que ha contado todo lo que sabe y ya no tiene nada más que contar. Ese hombre no lo conozco todavía. No sé lo que hace ni adónde va ni qué encuentra cuando llega. Eso es lo que me da miedo. No lo que ya ocurrió sino lo que todavía no ocurrió y que voy a tener que vivir sin el marco que me ha definido durante los últimos años.

Jackson asintió.

—Eso es comprensible —dijo.

—Lo sé —dijo Gilberto—. Pero comprensible no significa manejable. Y creo que esa distinción también debería quedar en el registro. No para generar compasión sino para que quien lea esto entienda que declarar no es heroico. Es simplemente lo que queda cuando todo lo demás se ha agotado. Se quedó en silencio un momento.

—¿Hay algo más que el Departamento de Justicia necesite de mí hoy? —preguntó.

Jackson revisó sus notas durante un momento.

—Por ahora no —dijo—. Lo que ha declarado en estos tres días es suficiente para continuar con el proceso. Habrá sesiones adicionales cuando sea necesario, para verificar detalles específicos y para responder a preguntas que surgirán conforme avance la investigación.

—Estaré disponible —dijo Gilberto.

—Lo sé —dijo Jackson.

Se levantaron. Gilberto tomó su vaso de agua, lo miró un momento, lo dejó sobre la mesa. Jackson tomó sus libretas, las cinco, y las apiló con cuidado, con ese gesto ordenado que era en él no un hábito sino una filosofía: que las cosas tienen un lugar y que ponerlas en su lugar es una forma de decir que importan.

En la puerta, Gilberto se detuvo.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo.

—Adelante —dijo Jackson.

—¿Cree usted que esto va a cambiar algo? ¿Lo que declaré, los documentos, todo el proceso que viene? ¿Va a cambiar algo real?

Jackson lo miró durante un momento con la expresión de un hombre que ha escuchado esa pregunta muchas veces en muchos contextos y que ha aprendido a responderla con la honestidad que requiere y no con la esperanza que produce.

—Va a cambiar algunas cosas —dijo—. Cuáles y en qué medida, no puedo saberlo ahora. Lo que sí puedo decirle es que lo que ha declarado existe ahora en un registro que no puede borrarse. Y que los registros que no pueden borrarse tienen consecuencias. No siempre las consecuencias que queremos. Pero consecuencias.

Gilberto asintió.

—Es suficiente —dijo.

Y salió de la habitación hacia el pasillo que llevaba al exterior del edificio, hacia la lluvia que seguía cayendo sobre Nueva York con esa insistencia de las lluvias que no saben que hay prisa, hacia una ciudad que no lo conocía y que no tenía ninguna razón para conocerlo, donde tendría que aprender a ser el hombre que ya no tiene nada que proteger con el silencio y que todavía no sabe exactamente qué hacer con esa nueva condición.

Pero que al menos, por primera vez en mucho tiempo, no tenía que calcular nada.

CAPÍTULO 14

Lo que el roble no recordará

Ciudad de México, invierno

Este es el único capítulo que no ocurre en la habitación de la Fiscalía del Distrito Sur de Nueva York. No hay fiscal, no hay libreta, no hay café que se enfría mientras alguien escucha. Lo que hay es una mujer sola en una oficina que acaba de convertirse en la oficina más importante del país, en las setenta y dos horas que siguieron al anuncio, en los momentos que no tienen cámara ni registro ni testigos que puedan decir después lo que ocurrió.

Sonia Roble Bueno entró al despacho a las seis cuarenta y tres de la mañana del lunes siguiente al acto del auditorio.

Entró sola porque había pedido que la dejaran sola. Era inusual. En ese entorno la soledad era un lujo que casi nadie podía permitirse porque la soledad producía ausencia de información y la ausencia de información producía vulnerabilidad, y la vulnerabilidad en ese sistema era exactamente lo que cada quien pasaba los días tratando de no tener. Pero Sonia la había pedido y su equipo la había concedido con la obediencia específica de quienes acaban de entender que la persona a quien sirven ya no es la misma que era cuarenta y ocho horas antes.

El despacho olía a los despachos que han sido ocupados por mucho tiempo por alguien más y que todavía no han terminado de soltar ese olor para adoptar el del nuevo ocupante. Había flores en el jarrón de la esquina, recién cambiadas, que olían demasiado fuerte para la hora y para el estado de ánimo. Había una bandeja de café sobre la mesa lateral que alguien había colocado antes de que ella llegara, con dos tazas aunque nadie más fuera a entrar. Había luz en las pantallas y luz en las ventanas y la luz específica de los lunes de invierno en la ciudad que es blanca y sin calidez y que hace que todo parezca más serio de lo que ya es.

Sonia fue hasta el escritorio. No se sentó de inmediato. Se quedó de pie frente a él, mirándolo, con las manos a los lados, con la expresión de quien está midiendo algo que no tiene unidades de medida convenientes.

Pensó en la primera vez que había entrado a un despacho como ese. Tenía treinta y dos años, era la asesora más joven del equipo de un gobernador al que nadie recordaría, y el despacho era una décima parte de este en tamaño y en importancia. Pero había algo en la textura de ese momento, en la cualidad específica del aire de un espacio de poder cuando uno entra en él por primera vez con la conciencia de que es suyo, que era idéntico entonces y ahora. No la emoción, que con los años se había vuelto más difícil de sentir en la forma en que se siente a los treinta y dos. Sino algo más profundo y más difícil de nombrar: la conciencia de que el espacio ha cambiado de naturaleza porque ella ha cambiado de naturaleza, y que ese cambio es irreversible.

Se sentó.

Abrió el cajón superior del escritorio y lo encontró vacío, que era lo correcto, que era lo que ocurría cuando un despacho cambiaba de ocupante: el anterior vaciaba sus cajones con la dignidad que le quedaba y el siguiente los encontraba vacíos y los llenaba de a poco con las cosas que lo irían definiendo. Cerró el cajón. Abrió el segundo. También vacío. Cerró el segundo.

Tomó el café. Bebió un sorbo. Estaba en el punto exacto de temperatura que ella prefería, lo que significaba que alguien de su equipo había calculado el tiempo que tardaría en llegar desde la entrada hasta el escritorio y había coordinado la preparación del café para que coincidiera. Ese nivel de atención al detalle, que en otro contexto habría resultado exagerado, en ese contexto era simplemente parte de lo que venía.

Pensó en Gilberto.

Había esperado que viniera. No sabía exactamente cuándo ni exactamente con qué, pero lo había esperado desde el momento en que entendió que Gilberto era de los que no terminaban de elegir. Los que terminan de elegir tienen una tranquilidad específica que se nota en la manera de moverse, en el ritmo con que responden a los mensajes, en la ausencia de esa pequeña tensión que produce saber algo que no se ha dicho todavía. Gilberto no había tenido esa tranquilidad en las semanas anteriores. Sonia lo había notado. Y cuando alguien que no ha terminado de elegir viene a decirte algo, lo que viene no es pequeño.

Lo que le había dicho no la había sorprendido en el contenido. La había sorprendido en la forma. Que hubiera venido. Que lo hubiera dicho de frente, en esa oficina, sin intermediarios, sin el tipo de precaución que el sistema enseñaba a usar para estas cosas. Eso era lo que la había sorprendido. Y esa sorpresa, que no era agradable pero que era real, era una de las pocas cosas genuinas que había experimentado en muchos meses.

Le sonó el teléfono. Lo miró. Era su madre.

Dejó que sonara tres veces antes de contestar, que era el tiempo que necesitaba para ordenar la voz.

—Mamá —dijo.

—Hija —dijo su madre, con esa voz que tenía desde siempre, que no había cambiado en treinta años y que probablemente no cambiaría, la voz de una mujer de setenta y cuatro años que había visto a su hija convertirse en algo que en su mundo de referencia no tenía un nombre completamente adecuado—. ¿Cómo estás?

—Bien —dijo Sonia.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¿Dormiste?

—Algo.

—¿Comiste?

—Voy a comer ahora.

Hubo un silencio breve, del tipo que se produce cuando dos personas que se conocen muy bien no necesitan decirse lo que en realidad están diciéndose porque ambas lo saben.

—¿Estás contenta? —preguntó su madre finalmente.

Era la pregunta que nadie más le había hecho. Todos le habían preguntado cómo estaba, si estaba lista, si necesitaba algo, qué pensaba hacer primero, qué señales iba a dar al mercado, al gabinete, a la prensa. Nadie le había preguntado si estaba contenta.

—Estoy donde quería estar —dijo Sonia.

—Eso no es lo mismo que estar contenta —dijo su madre.

—No —admitió Sonia—. No es lo mismo.

—¿Y estás contenta?

Sonia miró el café. Lo giró levemente sobre la mesa con ese gesto que Gilberto habría reconocido si hubiera estado ahí para verlo.

—Estoy en paz —dijo finalmente.

—¿Con todo?

—Con lo que puedo controlar —dijo Sonia—. Con lo demás todavía no.

Su madre le dijo que la quería. Sonia le dijo que la quería. Colgaron con la brevedad de las personas que no necesitan extender las despedidas porque saben que habrá otra llamada pronto.

Sonia se quedó mirando el teléfono durante un momento.

Pensó en lo que le había dicho a Gilberto: que sabía que había cosas que no sabía y que había elegido no saber más. Era la verdad. No toda la verdad, porque la verdad completa era más complicada y más incómoda y requería hacer una distinción que el sistema en el que había vivido durante veinte años no la había entrenado para hacer: la distinción entre no saber porque es imposible saber y no saber porque es más conveniente no saber.

Ella había elegido lo segundo. Lo había elegido no una vez sino muchas veces, en momentos específicos en que la información disponible apuntaba en una dirección que ella prefería no seguir. No porque fuera cobarde. Sino porque había aprendido, con la eficiencia con que aprendía todo, que el poder que se sostiene sobre demasiado conocimiento es un poder frágil, porque el conocimiento produce responsabilidad y la responsabilidad produce vulnerabilidad y la vulnerabilidad en ese sistema era exactamente lo que cada quien pasaba los días tratando de no tener.

Pero ahora Gilberto había ido al Departamento de Justicia. Y lo que estaba en esas carpetas iba a salir. Y cuando saliera, la distinción entre no saber porque es imposible y no saber porque es conveniente iba a ser muy difícil de sostener frente a quienes tuvieran que juzgarla.

Se levantó. Fue hacia la ventana.

La ciudad estaba empezando a moverse con esa energía de los lunes de invierno que es más lenta que la de los otros días pero que tiene su propio ritmo, su propia determinación. Desde esa ventana, el Zócalo se veía pequeño y enorme al mismo tiempo, que era la paradoja específica de ver algo muy conocido desde una altura diferente a la habitual.

Pensó en una mujer que había conocido hace quince años en una reunión municipal en una colonia del oriente de la ciudad, en uno de esos eventos que los políticos jóvenes hacen para construir presencia en territorios donde todavía no la tienen. La reunión había sido pequeña, incómoda, en un salón comunal con sillas de plástico y un ventilador que no alcanzaba a mover el calor. La mujer era maestra de primaria, tenía unos cincuenta años y una mirada que no era hostil sino simplemente directa, del tipo que produce en quien la recibe la sensación de estar siendo visto con más precisión de la que uno ha preparado para la situación.

Al final de la reunión, cuando todos los demás ya se habían ido y Sonia estaba recogiendo sus cosas, la maestra se había acercado y le había dicho algo que en ese momento le había parecido irrelevante y que ahora, quince años después, en esa oficina que olía a flores demasiado fuertes y a café en el punto exacto de temperatura, regresaba con una claridad que no sabía qué hacer con ella.

Le había dicho: usted va a llegar muy lejos. Y cuando llegue, le va a costar acordarse de por qué empezó. Cuídese de eso.

Sonia no le había respondido. Había sonreído con la cortesía que se aprende en los eventos de campaña y había salido al calor de la tarde.

Ahora, frente a la ventana, pensó en esa frase con una atención que no le había dado nunca. Cuídese de eso. Como si el olvido fuera un peligro activo, algo que podía ocurrirle si no lo vigilaba. Y pensó que quizás la maestra tenía razón. Que quizás el problema no era haber llegado aquí sino haber llegado sin recordar completamente por qué había empezado, sin el hilo que conectaba este despacho con la mujer de treinta y dos años en el despacho pequeño del gobernador que nadie recordaría.

O quizás lo recordaba. Quizás el problema era que lo recordaba y de todas formas había elegido lo que había elegido, que era más difícil de cargar que el olvido.

Regresó al escritorio. Tomó la libreta, la abrió en una página en blanco. Tomó la pluma. Pensó durante un momento en lo que iba a escribir.

Escribió una sola frase.

No la que habría escrito hace seis meses, ni la que habría escrito hace un año, ni ninguna de las frases que en el proceso había aprendido a escribir para que sonaran como lo que el momento requería. Escribió la frase que era verdad en ese instante, en esa oficina, con la lluvia que había comenzado afuera y el café que se enfriaba y el nombre de Gilberto que no había dicho en voz alta desde que lo había visto salir por esa puerta.

No vamos a saber hasta después si valió la pena.

Cerró la libreta.

Tomó el teléfono. Marcó el número de su jefe de gabinete.

—Estoy lista —dijo, cuando contestaron—. Que entre el primero.

Y comenzó el día.

Porque los robles no se detienen a recordar las hojas que han soltado. Los robles siguen creciendo, con la indiferencia específica de los organismos que no tienen memoria afectiva sino solo la memoria funcional de lo que necesitan para seguir en pie. Eso era lo que la hacía fuerte. Eso era también, aunque nadie en ese sistema lo diría en voz alta, lo que la hacía peligrosa. No para los que ya habían caído. Sino para los que todavía no sabían que iban a caer.

Afuera, la lluvia seguía cayendo sobre la ciudad con la paciencia de las cosas que no tienen prisa porque saben que el tiempo trabaja para ellas.

Adentro, Sonia abrió la libreta de nuevo.

Tachó la frase que había escrito.

Escribió otra.

Esta no la leyó nadie más. Y cuando terminó el día y el despacho quedó en silencio y las flores demasiado fuertes siguieron oliendo a flores demasiado fuertes en el jarrón de la esquina, la libreta quedó cerrada sobre el escritorio, con esa frase adentro que nadie conocía y que quizás nunca nadie conocería.

Porque hay cosas que los robles guardan para sí mismos.

No porque sean secretos.

Sino porque son lo único que les queda que todavía les pertenece del todo.

EPÍLOGO

El jardín sin memoria

Nueva York y Ciudad de México, primavera

Pasaron cuatro meses entre el último día de declaración y la mañana en que Gilberto Romero Araujo salió del edificio del Departamento de Justicia por última vez, con un sobre en la mano que contenía los términos definitivos del acuerdo de cooperación y con la sensación específica de quien ha terminado algo que duró tanto tiempo que ya no recuerda cómo era la vida antes de que empezara.

Nueva York en primavera es una ciudad distinta a Nueva York en invierno. No en sus calles ni en sus edificios ni en la densidad de su ruido, que es siempre el mismo ruido de fondo que no se detiene ni de noche ni en los días de lluvia ni en ningún momento que Gilberto hubiera podido identificar como silencio real. Sino en la luz. La luz de la primavera en esa ciudad tiene una cualidad que Gilberto tardó en reconocer porque era una cualidad que no había experimentado en mucho tiempo: la cualidad de la luz que no obliga a nada. Que simplemente está, sin agenda, sin función específica, sin el peso de lo que ilumina.

Caminó desde el edificio hasta el parque más cercano, que no era grande pero tenía árboles, y se sentó en una banca.

Los árboles estaban comenzando a tener hojas nuevas, ese verde específico de las primeras semanas de la primavera que es más luminoso que el verde de julio porque todavía no ha sido desgastado por el peso del verano. Gilberto los miró durante un rato sin pensar en nada en particular, que era una habilidad que había perdido hace años y que en los últimos meses había empezado a recuperar de manera gradual e imperfecta, como se recuperan las habilidades que se pierden por desuso y no por daño.

Pensó en Mariano.

Sabía, por los canales que el acuerdo de cooperación le había abierto de manera lateral, que Mariano estaba en una ciudad del norte de España, en un apartamento que había alquilado mes a mes desde el invierno, trabajando en algo que nadie de su entorno anterior sabía exactamente qué era. Alguien le había dicho que escribía. Gilberto no lo sabía con certeza y tampoco lo sabía con incredulidad: que Mariano escribiera era perfectamente coherente con el hombre que había visto en el hotel de Berlín, mirando las luces de la ciudad con un vaso de whisky en la mano y el cansancio de quien ha llevado demasiado tiempo sosteniendo algo demasiado pesado.

Pensó en Germán.

Germán seguía en sus territorios. Eso sí lo sabía con certeza porque Germán no hacía nada en silencio y porque las noticias de sus territorios llegaban a través de canales que el sistema no había terminado de apagar, probablemente porque apagarlos del todo habría requerido un esfuerzo superior al que producía simplemente dejarlos estar. Seguía anotando nombres en su libreta rayada. Seguía haciendo preguntas que nadie le había pedido que hiciera. Seguía siendo impredecible en la única manera

que el sistema no había podido corregir: siendo genuinamente él mismo en cada momento, lo que producía resultados que nadie podía anticipar completamente porque nadie que calcule puede anticipar completamente a alguien que no calcula.

Pensó en Renato.

Renato estaba en su embajada. Había mandado una nota, breve, sin énfasis, a través de un canal que ninguno de los dos había usado antes y que sugería que Renato también había aprendido cosas nuevas sobre la manera de comunicarse en situaciones donde la comunicación directa tiene costos que no siempre vale la pena pagar. La nota decía, en esencia, que entendía lo que Gilberto había hecho y por qué lo había hecho y que el registro que Gilberto había creado era exactamente el tipo de registro que Renato había esperado durante años que alguien creara. No decía que lo perdonaba, porque Renato era un hombre que entendía que el perdón es una categoría que no siempre aplica cuando lo que ocurrió no fue una traición personal sino una falla sistémica en la que todos participaron en distintos grados. Decía, simplemente, que entendía. Y eso, para Gilberto, era suficiente.

Pensó en Tiberio.

Tiberio seguía donde siempre. En algún lugar del sistema, en algún lugar que no era visible pero que era eficaz, operando con la misma lentitud deliberada y la misma economía de gestos que lo habían definido siempre. El proceso legal que el Departamento de Justicia estaba construyendo lo alcanzaría en algún momento: los documentos que Brambila había entregado y que Gilberto había transmitido eran suficientemente sólidos para que ese momento llegara. Cuándo era la única pregunta, y la respuesta a esa pregunta dependía de factores que Gilberto ya no controlaba y que había aprendido, con el esfuerzo que requería aprender cosas que van contra los hábitos de toda una vida, a no intentar controlar.

Pensó en Sonia.

Sonia era presidenta. Eso era un hecho que existía en el mundo independientemente de todo lo demás que existía en el mundo, con la solidez de los hechos que han sido formalizados y registrados y que por lo tanto son reales aunque sean el resultado de procesos que no lo fueron. Lo que venía para Sonia dependía de lo que los documentos producían en los plazos que la investigación requería, y eso también estaba fuera de lo que Gilberto podía determinar. Lo que sí podía decir, y lo decía sin placer y sin rencor, con la neutralidad que produce el agotamiento de las emociones simples después de suficiente tiempo, era que Sonia había dicho la verdad en la última conversación que habían tenido. Que sabía que había cosas que no sabía y que había elegido no saber más. Y que esa elección, con todo lo que implicaba, era suya de una manera que ningún proceso legal podía quitarle ni devolverle.

Un perro cruzó frente a la banca, jalando de su correa a una mujer joven que hablaba por teléfono sin mirar hacia donde el perro la jalaba, con la confianza de quien ha aprendido que el perro siempre termina en algún lugar razonable aunque el camino no parezca serlo. Gilberto los siguió con la mirada hasta que desaparecieron detrás de un árbol y pensó que había algo en esa imagen que era el resumen más honesto de lo que había vivido en los últimos años: la sensación de ser jalado por algo que no se controla completamente hacia un lugar que no se elige del todo, con la esperanza de que ese lugar resulte ser razonable aunque el camino no lo haya parecido.

Había resultado razonable. No bueno, no satisfactorio, no el lugar al que habría elegido llegar si hubiera podido elegir sin las restricciones de lo que era y de lo que el sistema había hecho con lo que era. Pero razonable. Un lugar desde donde era posible mirar hacia atrás sin que la visión fuera completamente insoportable y hacia adelante sin que el horizonte fuera completamente oscuro.

Sacó el teléfono. Miró la pantalla durante un momento. Luego llamó a su hermana.

—Hola —dijo cuando contestó.

—Hola —dijo su hermana, con esa voz que tenía desde siempre, que no había cambiado y que era la cosa más familiar que le quedaba en el mundo —. ¿Cómo estás?

—Terminé —dijo Gilberto.

—¿Terminaste qué?

—Todo —dijo—. El proceso. Lo que tenía que hacer aquí.

Hubo una pausa.

—¿Y ahora? —preguntó su hermana.

—Ahora no sé —dijo Gilberto—. Que es la primera vez en muchos años que no sé y que no me produce el tipo de ansiedad que antes me producía.

—¿Vas a volver?

—En algún momento —dijo Gilberto—. No todavía. Primero necesito aprender a ser alguien que no está en el sistema. Eso me va a tomar tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—No sé —dijo—. Pero creo que voy a tener tiempo suficiente.

Su hermana le dijo que lo quería. Él le dijo que la quería. Colgaron.

Gilberto guardó el teléfono y se quedó en la banca, mirando los árboles con sus hojas nuevas y la luz que no obligaba a nada y el ruido de fondo de la ciudad que nunca se detenía.

En Ciudad de México, en ese mismo momento, aunque ni Gilberto ni nadie podía saberlo desde esa banca en ese parque de Nueva York, la libreta de

Sonia estaba sobre el escritorio del despacho con la segunda frase todavía adentro, sin que nadie la hubiera leído y sin que nadie supiera que existía. Las flores del jarrón de la esquina habían sido cambiadas tres veces desde el primer lunes. El café llegaba cada mañana en el punto exacto de temperatura. El equipo entraba y salía con la urgencia específica de los que trabajan en lugares donde el tiempo es siempre un recurso escaso. Y Sonia gobernaba con la misma eficiencia con que hacía todo, sosteniendo lo que necesitaba sostenerse y soltando lo que necesitaba soltarse y avanzando, siempre avanzando, con la indiferencia funcional del árbol que no guarda memoria de las hojas que ha soltado porque guardar esa memoria sería un lujo que el crecimiento no puede permitirse.

Y en algún lugar del sistema, en algún lugar que no era visible pero que era eficaz, Tiberio seguía archivando. Seguía administrando. Seguía siendo la memoria de lo que nadie más quería recordar, que era exactamente la función que lo hacía indispensable y que lo haría indispensable hasta el momento en que alguien construyera un sistema que no necesitara esa clase de memoria, lo que en ese país y en ese momento era una posibilidad tan remota que pensar en ella requería el tipo de optimismo que Tiberio nunca había tenido y que tampoco había necesitado.

Gilberto se levantó de la banca.

Caminó hacia la salida del parque sin prisa, con las manos en los bolsillos del abrigo, mirando los árboles que comenzaban a tener hojas nuevas con la atención distraída de quien mira algo porque está ahí y no porque haya decidido mirarlo, que era una manera de estar en el mundo que no había tenido en muchos años y que estaba aprendiendo de nuevo con la torpeza y la gratitud simultáneas de quien recupera algo que no sabía que extrañaba.

En el sobre que llevaba en el bolsillo interior del abrigo estaban los términos del acuerdo. Su firma y la firma del fiscal Jackson y los sellos del Departamento de Justicia de los Estados Unidos de América. Un documento que existía en el registro oficial de una institución de un país que no era el suyo, que no lo conocía y que no tenía ninguna razón particular para conocerlo excepto que lo que sabía era útil para lo que esa institución necesitaba saber.

Era suficiente.

No era todo lo que había esperado que fuera cuando firmó el acuerdo en la primera semana. No era la transformación que en los momentos de mayor optimismo, que habían sido pocos y breves, había imaginado que produciría. Era más modesto y más real que eso: un registro. Una documentación de lo que había ocurrido, firmada y sellada y archivada en un lugar donde no podía borrarse, que podría producir consecuencias o no producirlas, que podría llegar a alguien que hiciera algo con ella o quedarse en los archivos del Departamento de Justicia durante años antes de que nadie la abriera de nuevo.

Pero que existía.

Y existir, había aprendido Gilberto en esos meses, era ya más de lo que existía antes de que lo dijera. El silencio no existe. El silencio simplemente no es nada. Y lo que no es nada no puede cambiar nada, ni proteger nada, ni dejar ninguna marca en el mundo que sea distinguible del vacío.

Salió del parque a la acera, donde la ciudad seguía siendo la ciudad: ruidosa, indiferente, ocupada consigo misma con la concentración absoluta de los lugares que tienen demasiado que hacer para prestar atención a nada que no sea urgente.

Caminó una cuadra. Luego otra.

Pensó en los árboles del parque con sus hojas nuevas y pensó que había algo en esa imagen que era lo contrario del árbol y el jabalí: no el árbol que sostiene su tronco soltando hojas, no el animal que embiste en el terreno equivocado, sino algo más simple y más difícil. El árbol que crece sin que nadie lo haya diseñado para crecer en una dirección específica. Que encuentra el agua sin que nadie le haya calculado dónde está el agua. Que produce hojas nuevas cada primavera no porque alguien lo haya decidido sino porque es su naturaleza, y su naturaleza no necesita permiso ni estrategia ni el tipo de inteligencia que en los últimos años había consumido todo lo que él tenía.

Eso era lo que quería aprender a ser.

No sabía si podría. No sabía si había demasiado tiempo perdido, demasiado sistema incorporado, demasiados años de calcular cada gesto y medir cada palabra y administrar cada pieza de información como si fuera un recurso escaso que podía agotarse si se usaba sin suficiente cuidado.

Pero quería intentarlo.

Y querer intentarlo, pensó, era ya suficiente para empezar.

Siguió caminando hacia ningún lugar específico, con el sobre en el bolsillo y la luz de la primavera que no obligaba a nada y el ruido de la ciudad que seguía siendo el mismo ruido de siempre, y en ese caminar sin destino preciso había algo que no era paz todavía pero que se le parecía lo suficiente como para que Gilberto Romero Araujo, cincuenta y cinco años, Chiapas, exsenador, ex testigo protegido del Departamento de Justicia de los Estados Unidos de América, pudiera seguir poniendo un pie delante del otro sin calcular adónde lo llevaba cada paso.

Que era, al final de todo, la única forma de caminar que vale la pena aprender.